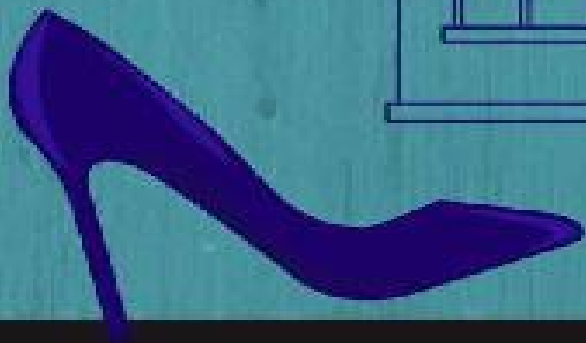
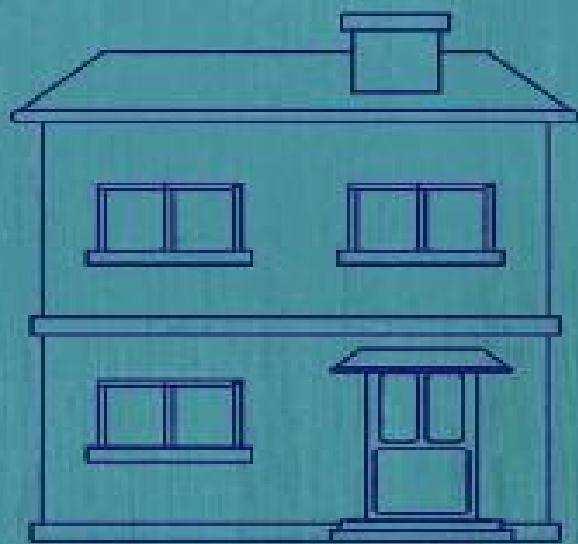


# EL MISTERIO

de

RAQUUEL

HARTMAN



ELLE SANC

*El misterio de Raquel Hartman*

Elle Sanc

Copyright © Elle Sanc.

Portada: Elle Sanc.

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente prohibidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler de la obra o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

## Índice

### Índice

Capítulo 1: ¿Todas las historias comienzan por el principio?

Capítulo 2: Encontrarse

Capítulo 3: Mudar la piel

Capítulo 4: La ola

Capítulo 5: El cuaderno

Capítulo 6: Esbozo de un desnudo

Capítulo 7: El retrato de la madre

Capítulo 8: Un inciso: ¿quién es ella?

Capítulo 9: Un lienzo y el diablo

Capítulo 10: Lluvia de deseos

Capítulo 11: La casa por el tejado

Capítulo 12: ¿Por qué lloramos?

Capítulo 13: Encuentros sobre azules

## Capítulo 1: ¿Todas las historias comienzan por el principio?

### En algún lugar de Italia...

La silueta de una mujer, la sombra de su pelo, se mueve bailando sobre un fondo de luz, como las manos que hacen figuras sobre la pared y cuentan historias; el ser humano, tan creador de todo y tan absolutamente aniquilador. Tan fácil hacer sombras en la luz como en el alma. Un paso más, otro... ¿cuántos miles de pasos dados pensando en ella? No podía deshacer lo hecho...

Era experta en las sombras, tenía tanto tiempo para observarlas... incluso aquellas que aparecían en las noches, sombras sobre oscuro. La negrura nunca es absoluta, siempre aparece algo que se superpone. Tras miles de pasos, estaba convencida de que la oscuridad absoluta y, aún menos, la infinita, no existía; allá donde fuera, en las entrañas de la Tierra, en la inmensidad de un agujero negro, ni en uno solo de sus sueños; por más que no pudiera recordarlos al despertar.

Hay imágenes que sí recuerda, sonidos, sensaciones... Está corriendo, escapando de algo o de alguien, y cuanto más se aleja de donde sea que se encuentra, más muda la piel, se transforma, incapaz de reconocerse y sin más remedio que rehacerse; una vida distinta muy lejos de la que un día fue.

Los años y los huesos duelen, tantos pasos dados se hacen notar; como los finos surcos en su piel o la flacidez en sus músculos; sus dedos, algo más curvados, siguen la misma rutina adquirida en la niñez: enredar un mechón de su pelo, aunque ahora su melena sea más corta, y teñida para ocultar el blanco.

¿Desandaría lo andado? Vender el alma al diablo para encontrar la paz, demasiada soledad... y todo ¿para qué? Hay sucesos en la vida que te marcan y van contigo a donde vayas, como una cicatriz más. No se ven, como las de la piel, pero te conforman, e incluso te transforman; los ojos ya solo parecen ver tal y como sientes...

Se acurruca la manta sobre los hombros... Empieza a anochecer. Había un farillo de luz en la entrada de la antigua casa, con esos jardines multicolores y verdes confundiéndose con el horizonte. ¿Quién cuidaría los abetos ahora? ¿Recogería alguien las hojas caídas y secas en forma de corazón de las enredaderas? ¿Seguirían resonando aún todas esas notas musicales por doquier, tal y como aún lo hacían en su cabeza una y otra vez?

## Capítulo 2: Encontrarse

Cerraba sus ojos para poder visualizar las distintas notas musicales generando conexiones neuronales en su cerebro; electricidad recorriendo trayectos entre axones y traspasando los centros neuronales y, a una velocidad imperceptible, integrándose e interpretando emociones. No podía imaginar sentimientos más absolutos que los que tenía cuando lograba concentrarse y hacer que sus pensamientos no fueran más que notas musicales. Seguía sus distintas formas, las desplazaba y recorría, se dejaba envolver hasta que de ella no quedaba más que música. Música y emociones.

El problema era cuando conseguía estos niveles de concentración sobre un andamio o encima de un tejado... menos mal que existía el arnés y que lo había convertido en una más de sus herramientas diarias o ya se habría partido el cráneo en alguna de sus muchas caídas. Su cuerpo se relajaba en sentido inverso a la actividad de su mente y solía perder muy fácilmente el equilibrio, quedando suspendida en el aire y activando todos sus sentidos para conectar con la realidad de manera inequívoca. La música desaparecía tras el sentido de alarma y el instinto de supervivencia.

No había sido el caso. Estaba dando una mano de pintura a la parte alta del caserón, una última puesta a punto para lo que se venía a partir del día siguiente... el hotel rural se convertiría en un ir y venir incesante de personas para la asistencia a los cursos que organizaban a principios de primavera y hasta bien entrado el otoño. Los grupos eran reducidos, no más de diez personas, y los cursos no duraban más de una semana. Aun así, los mismos alumnos solían repetir, si su economía y su disponibilidad se lo permitía.

Terminó su trabajo, había quedado perfecto. La sensación de lo terminado y bien hecho, tras una jornada agotadora, donde sentía todos y cada uno de sus músculos doloridos y el agotamiento no la dejaba pensar mucho más. Una cena, un poco de conversación amiga, algo de lectura y a la cama. Sin preguntarse qué sería de ella al día siguiente, aparte de tratar de esquivar, la mayor parte del tiempo, a los nuevos clientes que invadirían el hotel. Fernando sabía dónde podría encontrarla si la necesitaba: merodeando la casona, realizando las tareas precisas para el mantenimiento de los animales, la huerta y los jardines... El resto de los que allí se congregaran le traían sin cuidado. Un grupo semanal más, hombres y mujeres que buscaban ampliar y derivar sus conocimientos sobre las distintas formas de terapia musical en contacto con la naturaleza; músicos, artistas, psicólogos, médicos, terapeutas... Ella no tenía nada que ofrecerles, no directamente, solo estaba unida a ellos a través de Fernando, y de una forma indirecta, cuando se quedaba a escondidas, escuchando la música que creaban, la que surgía de sus voces, del roce de sus movimientos al bailar mientras interpretaban a Bach, Mozart...

Tiempo de desconectar. Aún sobre el andamio, desencajó el rodillo del mango y comenzó a girarlo, como si se tratara de un palo de lucha libre o una espada, adoptando formas de taichí, buscando el equilibrio y haciendo el saludo final a su reflejo en el cristal de la ventana. Lo que no esperaba era encontrarse a un Fernando indignado, observando tras el cristal de la misma. La impresión la hizo caer, quedando colgada del arnés, como otras muchas veces... Fernando abrió la ventana apresurado y preocupado.

—¡Terminarás partiéndote la crisma! ¡Haz el favor de bajar de ahí de una vez! —La situación le pareció tan cómica que la hizo reír a carcajadas, contagiando al chico, que no podía mantener su enfado con ella ni unos pocos segundos... Sus risas se podían oír a distancia.

—Buenas tardes... —carraspeando para tratar de elevar el tono de su voz—. ¡Buenas tardes! —Las risas cesaron casi al unísono, y las cabezas se giraron en dirección a aquella voz masculina, el chico parecía arrepentido de haber elevado el tono y algo cohibido por ser el centro de atención.

—¿Sí? —Eso le hacía falta a ella, que le viniera chillando una señoritingo de ciudad con ese aspecto de intelectual de tres al cuarto. Antes de que el recién llegado pudiera contestar, se balanceó con fuerza para alcanzar el andamio y volver a subirse a él.

—¡¡¡Bienvenido!!! —Fernando intervino para salvar la situación antes de que la vena salvaje de su amiga se mostrara en todo su esplendor frente al que seguramente sería un nuevo huésped y alumno de sus cursos—. Enseguida bajo. —Aún con medio cuerpo asomando por la ventana.

—Siento la intromisión... —Se dirigió con cautela hacia el andamio, al ver que aquella chica bajaba del mismo algo molesta—. Pero no había nadie en recepción y...

—Ya, ya imagino... no importa. —Ni siquiera le miraba, mientras se limpiaba las manos con un trapo—. Ahora sí que habrá alguien en recepción —dijo, señalando hacia donde había estado Fernando y tratando de cortar la conversación, mirándolo desafiante.

El recién llegado le mantuvo la mirada. Cuando le desafiaban, tendía a mantener el combate, una fuerza desconocida surgía directa desde su estómago y le hacía permanecer erguido ante el duelo hasta que salía indemne... pero no en esta ocasión. Tuvo que apartar sus ojos de aquellos ojos y darle la espalda. Había algo en aquella mirada que le doblegaba.

Al verse ignorado y desatendido recorrió el camino de vuelta a recepción, esperando que el chico al que había visto fuera algo más amable y educado que aquella salvaje con mono de obrera.

OOOOOO

—La palabra para hoy... —Abrió el diccionario por una página cualquiera y, con los ojos cerrados, marcó un punto de la misma con su dedo índice—. «Atrezo». —Bonita palabra. Copió su significado en un post-it de color azul y lo pegó en su libreta de tapa blanda y folios blancos, de la que nunca se separaba—. «Conjunto de elementos necesarios para una puesta en escena teatral o para el decorado de una escena televisiva o cinematográfica». —Si abría su cuaderno, encontraba folios repletos de post-its con las palabras y sus significados, que iba aprendiendo cada día; dibujos a lápiz y carboncillo de cualquier escena cotidiana, sillas, casas, rostros; alguna fotografía de algún lugar o de personas; sus poemas y muchas anotaciones para su libro.

Guardó su libreta en una pequeña mochila que acomodó en su espalda y, con crema de máxima protección solar y un sombrero de paja, se dispuso a afrontar su primer día en aquel hotel rural. Alberto salió del cuarto de baño y, al verlo tan dispuesto y con aquellas pintas campestres, no pudo dejar de soltar una carcajada, mientras agarraba sus cosas para salir con él de la habitación. Lo cogió por los hombros y le abrazó.

—Estás para comerte... —le susurró al oído.

—Eres un capullo... —Sonreía, mientras alzaba su rodilla directa a la entrepierna de Alberto, frenando en el último instante, haciendo que el chico le soltara, en un acto reflejo, para proteger sus partes más íntimas del impacto.

—Ejem... Mejor vamos saliendo, que llegaremos tarde... —Alberto sonreía, entre aliviado y divertido, dejándolo pasar mientras le abría, cómico, la puerta de la habitación—. ¿Ya tienes tu palabra para hoy?

—Atrezo.

—Uhm, interesante... —Al salir de su habitación, en dirección a las escaleras, un gran ventanal introducía en las maravillosas vistas de verdes, azules, blancos... todo un mundo de colores de flores se extendían como en un enorme lienzo—. Alberto alargó su mano en dirección a toda aquella belleza, en la que él aún ni había reparado, absorto en sus pensamientos rutinarios—. Bienvenido al atrezo que ha dispuesto para ti la vida... al menos, durante unos días.

—Falta el guion. —Estaba realmente impactado ante esas vistas, así que se quedó parado mientras Alberto comenzaba a bajar las escaleras.

—Lo tendrás que escribir tú. ¿No eres el escritor?

—No, soy historiador y bibliotecario, y me apasiona la historia de la vida cotidiana.

—Pero siempre estás escribiendo en tus libretas, debes de tener miles acumuladas en algún lugar de tu casa. —Alberto había continuado hablándole, mientras él no podía apartar sus ojos de aquella inmensa gama de colores, acostumbrado a los blancos, marrones, grises y negros de la biblioteca. Alzó la voz para llamarle—. ¿Vienes?

Apresuró el paso para alcanzarlo. La recepción estaba cerca; no era un hotel muy grande, pero lo exquisito se reflejaba en cada detalle. Por muy rústico que pretendiera ser, combinaba toques actuales en la decoración, los lienzos, los servicios.

—Y tú eres psicólogo, tendrás un montón de informes de tus clientes... Cada cual a lo suyo. — Cuando quería, sabía saldar un tema rápidamente. Podía llegar a ser muy cortante.

Alberto le pasó el brazo por los hombros y le acercó a él.

—Tranquilo, querido, sé perfectamente a lo que hemos venido. —Le guiñó un ojo mientras sonreía, pícaro, antes de que el rictus se le quedara completamente congelado, a la vez que detenía sus pasos. Miró en la dirección que le indicaban sus ojos y allí estaba, tras el mostrador de recepción, vestida con una falda ajustada azul a la altura de la rodilla y una camisa blanca



remangada, de manera desatendida, bajo los codos; su pelo largo, suelto, y su tez morena hacían resaltar sus hermosos ojos.

No pudo articular palabra, ni siquiera cuando la chica dirigió su mirada hacia ellos, antes de dar media vuelta y marcharse tras la puerta del mostrador. Sintió la misma inquietud, el mismo deseo de desafiarla y someter ese azul tan aparentemente indomable.

Alberto le devolvió al presente tras un sonoro silbido en dirección a las piernas y el trasero de la morena, antes de que su dueña desapareciera tras aquella puerta.

OOOOOO

*«El término ‘estuco’ proviene del italiano ‘stucco’, siendo una forma de terminación o decoración de paredes y techos, interiores o exteriores, basada en pinturas y diferentes tipos de morteros que permite la obtención de diversas texturas. Dada su versatilidad, se adapta a cualquier tipo de construcción o época. Además de la función decorativa, refuerza el muro y lo impermeabiliza, permitiendo la transpiración natural».*

Trataba de prestar atención a su lectura, un libro recién adquirido en su librería preferida. Solía hacerles encargos especiales y acercarse a la ciudad en cuanto los tenían disponible; después, tomaba un capuchino en una cafetería cercana, antes del volver al hotel. En esta ocasión, quería acercarse a la tienda de pinturas y encargar los materiales necesarios para hacer un estuco blanco en una de las paredes de la piscina climatizada que tenían en el hotel; pero Fernando había insistido en acompañarle, él necesitaba mucho más el contacto con la civilización.

*«El estuco se empleó ya en las antiguas Grecia y Roma como base para las pinturas al fresco, algunos de cuyos restos se conservan en Roma y Pompeya».*

—Necesito un instrumento de cuerda... ¡es condenadamente imprescindible que lo tenga para mañana! —le inquiría, nervioso—. ¿Sabes que es de muy mala educación leer cuando tienes compañía?

*«El estuco blanco se utilizó mucho en los muros de las iglesias, en ocasiones para pintar figuras de ángeles. Rafael y otros artistas de la época utilizaron frisos de estuco coloreado para decorar palacios y pabellones. Entre los más relevantes, destacan los relieves de Francesco Primaticcio (1533–1565) para el castillo de Fontainebleau, cerca de París».*

—Uhm... —Levantando la vista del libro—. Pues coge mi violonchelo, Fernando.

—En ese caso, también te necesito a ti.

—¿Otra vez? —Arqueó una de sus cejas, incrédula—. Sabes que no me gusta y, últimamente, me lo has pedido ya en varias ocasiones. ¿Qué pasa con tus colaboradores? ¿O es que lo haces a posta para que yo tenga que participar en tus cursos?

—Ya sabes que me vuelve loco verte con ese instrumento entre tus piernas y completamente poseída por su música, es... es... sublime, mágico. Justamente de lo que pretendo hablar, de cómo la música puede transformar a una salvaje en pura sensibilidad.

—Idiota... —Fernando soltó una escandalosa carcajada. Le encantaba picarla y hacerla reaccionar y adoraba la complicidad que había entre ellos; a veces, creía conocerla más que a sí mismo.

—En serio, la música nos conecta con nuestra esencia, dejándonos sin máscaras y en un espacio completamente atemporal... y tú eres la viva imagen de todo eso mientras tocas tu violonchelo. Quiero que mis alumnos y alumnas lo palpen.

—Vale, vale. Iré mañana a tu clase, pero, después, quiero que me dejes tranquila y que no me lo vuelvas a pedir jamás. Recuerda, no pienso decir nada, igual no doy ni los buenos días. ¡Llego, toco y me voy!

—Claro, claro... —Ambos rieron por la cantidad de veces que había incumplido la misma promesa—. ¿Vamos a por tus pinturas? Después quiero ir a la biblioteca a documentarme sobre

algo, allí podrás continuar con tu lectura.

OOOOOO

Era como estar en el cielo, un edificio se levantaba como una mole inmensa de líneas minimalistas, completamente blanco, haciendo destacar a los verdaderos protagonistas de aquel encierro, los libros, y sus tapas de colores, en estanterías en paralelo y en vertical, subiendo hacia el techo del edificio, abierto desde el centro, para poder divisar las distintas plantas y a sus flamantes inquilinos, ocupando la mayor parte del espacio. En cualquiera de las plantas, había zonas de lecturas, con cojines de colores sobre el suelo y lectores sentados por doquier, entre las estanterías. Nunca, en su vida, había visto una biblioteca como aquella, rompedora en cada una de sus líneas, por muy simples y neutrales que intentaran ser; tan aparentemente libre de normas y protocolos, haciendo resaltar lo único verdaderamente importante, entre aquellas paredes: los libros y sus lectores.

Imitando el comportamiento que observaba, se paseó por la sección de Bellas Artes y cogió un libro de dibujo donde aparecían esbozos sobre la vida en el campo; miró hacia ambos lados, algo inseguro, y se sentó en el suelo, apoyado sobre una estantería.

Los dibujos eran magníficos, representaban las costumbres campestres de la zona. Lo que no sabía era lo que buscaba. Pasaba las hojas, fijando su vista en cada trazo, en cada forma... Ese día, nada le calmaba. Había ido hasta la ciudad necesitando adentrarse en el mundo que le tranquilizaba y le hacía sentir seguro: la biblioteca, sus libros, su silencio y su estar sabiéndose acompañado, sin tener que responder preguntas, ni hacerlas, protegido como un caballero dentro de un castillo y sus muros de piedra.

Levantó la vista un instante, lo que dura un parpadeo, suficiente para captar su imagen, aunque procesarla le costara un segundo más; se acercaba por el pasillo, deteniéndose para mirar algún que otro libro, inclinando la cabeza y con su espalda perfectamente recta, dándole un aire tanto elegante como arrogante a su porte. Le dio tiempo a observarla, sin temor a ser reconocido, agazapado tras su libro.

El pelo recogido en una coleta alta, un jersey amplio y largo, *leggings* negros y unas botas estilo militar, marrones; el abrigo, doblado sobre un bolso grande que llevaba cruzado desde el otro hombro... Bajó la mirada cuando comenzó a estar lo suficientemente cerca como para reconocerlo. No quería encontrarse con su mirada y que pasara de largo, descarada y altiva.

Llevaban cuatro días ya en el hotel y apenas se había vuelto a cruzar con ella. Siempre de lejos, mientras la veían cuidar de los animales o haciendo otras tareas de mantenimiento y, en cuanto se sentía observada, parecía que la tierra se la tragara, desaparecía. Lo que hubiera dado Alberto por estar en su lugar y, en cambio, él solo deseaba ser absorbido por uno de aquellos libros o hacerse invisible para que de ninguna de las maneras advirtiera su presencia.

Notó cómo se paraba, justo antes de llegar a su estantería, unos segundos sin fin, en los que sus manos comenzaron a sudar y el calor ascendía por su cara; estaba convencido de que le miraba y le esperaba. Se aproximó y un libro cayó rozando su pierna; sobresaltado, levantó la cabeza, en un acto reflejo, a la vez que la chica se agachaba, a su altura, para recogerlo. Sonreía con picardía, antes de volver a levantarse; ya no podía disimular, ni dejar de mirarla.

—Lo siento... se me cayó *sin querer*. —Y continuó su camino, segura de sí misma—. Buenas tardes. —No pudo apartar la vista de ella hasta que giró para adentrarse por otra fila de estanterías.

¿Qué había sido eso? ¿Había tirado aquel libro a su lado a propósito? ¿Qué tipo de provocación había sido aquella? Seguramente una del tipo «me he dado perfectamente cuenta de que me estabas observando y no quieres saludarme y eso es de muy mala educación».

Era una descarada y había conseguido que se sintiera ridículo; le despojaba, por completo, de su tranquilidad y su calma. Se levantó y colocó el libro en la estantería. Iría a buscar a Alberto para regresar al hotel.

Lo encontró en cuanto salió a la sala de lectura, hablaba con Fernando. Ni que se hubieran puesto de acuerdo para ir todos a la biblioteca de la ciudad aquella tarde. Alberto le saludó con la mano para que se acercara a ellos, Fernando hizo un gesto y aquella chica se levantó de una de las mesas. Aun sabiendo que ella preferiría que no lo hiciera, no tuvo más remedio que presentarla. La cara de su amigo era un poema al tener enfrente a la morena; en cuanto a él... ¿cómo describirlo?

¿Era necesario poner etiquetas o post-its de colores también a cada una de sus reacciones físicas y emocionales, explicando sus significados? No tenía ni la menor idea de lo que era, ni intención de querer saberlo... Les tocó el turno.

—Mario Martín. —La miró, a la espera de su reacción.

—Raquel Hartmann. —Extendió su mano para saludarle. ¿Era ese un gesto de paz o una mera cortesía?

## Capítulo 3: Mudar la piel

No asistía a las clases, solo había ido para acompañar a Alberto. Le había parecido buena idea salir unos días de la rutina, pero en ningún momento pensó, ni remotamente, en participar en ninguno de aquellos talleres. Cada mañana, se sentaba en el jardín, en la misma mesa en la que compartía desayuno con su amigo, y se quedaba un buen rato allí, escuchando a lo lejos las improvisaciones vocales o con instrumentos de los integrantes del grupo. A veces era divertido, otras relajante... pero intentaba trabajar en su libro, sin prestar demasiada atención.

El hotel estaba compuesto por varios edificios o módulos. El central, el más grande, de dos plantas, donde se encontraban las habitaciones; dos alas lo hacían ensancharse hacia la derecha, para entrar al restaurante-cafetería, y hacia la izquierda, que albergaba la piscina climatizada y un pequeño gimnasio. Lo rodeaban unos enormes jardines, con césped y caminos de piedra por doquier. Una estrecha carretera asfaltada daba la bienvenida a los huéspedes hasta la puerta de entrada.

En la zona de atrás, había un pequeño cobertizo. De lejos, pudo ver un par de caballos negros, varias vacas, ovejas y gallinas y también un huerto; pensó en acercarse en varias ocasiones, pero la idea de encontrarse con aquella mujer le hacía desistir. La imaginaba allí trabajando durante horas, sucia, con su peto vaquero y sus botas de agua, o pintando alguna zona del hotel, tal y como la vio por primera vez; y enseguida aparecía también su imagen opuesta, la morena andando hacia él en la biblioteca o con lo que parecía un uniforme en la recepción del hotel.

¿Cuántos uniformes vestiría a lo largo del día? ¿No sería su forma de mudar la piel? Tan capaz de mostrarse huidiza como de estar al acecho para saltar sobre su presa, como la tarde anterior, en la biblioteca. Estaba convencido de que había dejado caer aquel libro para acorralarle. ¿Acaso era él la presa?

—¿Qué estoy haciendo? —Pensaba y susurraba, aferrándose aún más a su cuaderno—. Qué presa ni qué narices, ¡deja de decir tonterías!

Pero la morena de nuevo aparecía, en esta ocasión corría por uno de los caminos hacia donde se impartían los cursos, el módulo de la piscina climatizada, y cargaba a su espalda, en su funda, lo que evidentemente era un violonchelo. Llevaba puesto un vestido negro que parecía de danza clásica, estrecho en el torso y con falda larga y suelta; debajo, unas mallas del mismo color. De nuevo, cambiaba la piel. Mario no podía creerlo, jamás había conocido a alguien con tantas y distintas formas, tan capaz de transformarse, aparentemente, de la noche a la mañana. Entró en el edificio apresurada, sin advertir su presencia...

—Esto sí que no me lo pierdo... —Se acercó hacia el edificio para poder observar a través de sus grandes ventanales, que daban al otro lado del jardín. Los veía a todos, sentados en el suelo, formando un amplio círculo y, en su centro, una silla y Fernando presentando a Raquel. Mario se apoyó en el único ventanal que parecía abierto.

—Sé que la chica que va a sentarse aquí es muy guapa y que todos y todas acabaréis perdidamente enamorados de ella al verla y escuchar cómo interpreta la música. —El comentario fue acompañado de sonrisas y aplausos entusiastas—. Lo sé por experiencia... pero solo quiero que seáis conscientes del ahora y del después de escuchar su violonchelo. Tratad de concentraros

en su música. Raquel, por favor...

Raquel desenfundó su violonchelo y se sentó en aquella silla, con gestos precisos, y, como si fuera su amante, lo abrazó entre sus piernas, acariciando las cuerdas con las yemas de los dedos de sus dedos, antes de frotarlas con el arco que llevaba en la mano; lo estaba probando. Posó su mirada en todos y cada uno de los que la rodeaban e inclinó la cabeza, a modo de saludo; después, cerró sus ojos y todo empezó.

¿O tendría que decir que todo se desmoronó? Su largo pelo suelto, las curvas de sus brazos, la falda ondulando al compás de sus movimientos, y ella y su chelo en un baile sin igual. Lo amaba, amaba aquel instrumento. Más que tocarlo, parecía que lo acariciara, y que se perdiera en los sonidos con los que la correspondía. Daba y recibía. Un acto de amor.

Deseó que no terminara y quedarse allí, mirándola, escuchando, mientras la congoja y la emoción encogían nota a nota su corazón. ¿Quién era esa mujer que, poco a poco, iba desarmando todas y cada una de las ideas, prejuicios o intuiciones que pudiera tener sobre ella?

Y la música cesó. Raquel aún tardó unos segundos en abrir sus párpados. Nadie reaccionaba, tal había sido y aún persistía su poder, el impacto de su interpretación. Estaba acostumbrada a aquellos segundos dentro de un vacío denso a punto de bullir, las emociones a flor de piel, en sus puntos más extremos... para después escuchar el tronar de los aplausos demostrando admiración y mucho agradecimiento por hacer sentir, por hacer feliz. A ella le costaba salir unos segundos más de aquel estado de conjunción total con su chelo, se sentía más consciente que nunca, todos sus sentidos concentrados en ese momento, nada más existía.

Así que tenía que volver poco a poco a la inconsciencia de la realidad, de interactuar con otros y atenta al entorno... y allí estaba Mario Martín, mirándola de aquella manera, tal como pudieran estar haciéndolo en ese mismo momento otras personas de aquel grupo. Todos sus sentidos se dirigieron hacia él, pasaron de su chelo y la música que le devolvía, a aquel chico rubio, de piel tan blanca, y a sus ojos y la miel que los cubría... Quería adentrarse en ellos, descifrar aquella inquietud y sus dudas; pero Mario retrocedió sin dejar de mirarla, y se marchó apresurado...

OOOOOO

Los días parecían pasar a un ritmo acorde al que marcaran los engranajes del reloj, un tictac imperceptible, haciendo que no importaran los tiempos, ni futuros ni pasados, solo presentes; pasear, sentir el sol en la cara, adentrarse en un buen libro, una conversación amiga... Seguía con sus anotaciones, sus dibujos.

Las palabras del día daban color al interior de su libreta, tipo Moleskine, una de sus manías.

Y solo una inquietud... La buscaba, con la ansiedad de poder hallarla y sin querer encontrarla; pura contradicción para su mundo, que pretendía ordenado y analizado, página a página, dando significado a cada concepto que apareciera al azar, reflejando fielmente lo que encontraba o veía con sus ojos, como aquel arco y el violonchelo y sus brazos. Los había dibujado, tratando de plasmar y sacar de sí todo ese mundo de sensaciones, para así poder deshacerse de ellas y, a la vez, volver a recordarlas algún día futuro. Y sin ser consciente de que todo aquello también podría ser parte de un significado para otra de sus notas de colores.

Se sentaba en el jardín y se concentraba en esperarla. La pensaba y, antes o después, aparecía; era una especie de juego para consigo mismo, para aliviar esa dualidad de desear verla y no querer verla o, más bien, de poder mirarla sin ser descubierto; intentar conocerla o intuirlo a partir de sus movimientos, sus gestos, sus muchas vestimentas, su música, su forma de cuidar a los animales, las plantas; su semblante altivo o serio, sus sonrisas... No necesitaba mucho más. No, de momento.

En cambio, Alberto estaba obsesionado con esa chica y, por más que iba en su busca, ni se la cruzaba. Le parecía tan extraño que empezaba a preguntarse si no se escabulliría aposta, en cuanto lo veía, y no estaba muy equivocado, y no porque fuera Alberto; Raquel solo se dejaba ver por quien ella quería.

Se dirigió hacia el ala del restaurante, hora de comer. Al entrar, los vio hablando. Alberto, por fin, la tenía frente a él, y ella le sonreía ampliamente. Mientras miraba disimuladamente cómo Mario se acercaba, se iba achicando y ralentizando a cada paso... Hacía tiempo por Alberto y por él mismo, no quería interrumpirlos, y tampoco encontrarse tan cerca de ella. No sabría de qué hablarle, no solía ocurrirle algo así; era sociable y le gustaba la conversación, siempre que no se tratara de hablar de sí mismo. Podía pasar horas discutiendo y disfrutando en un debate sobre cualquier tema... Podía poner tanta pasión en aislarse en sus cuadernos como en defender sus ideas y sus conocimientos ante quien fuera. Pero, con Raquel, no sabría ni cómo comenzar una conversación. La altivez de la morena no ayudaba, ni los misterios que la rodeaban, por no hablar de cómo la cohibían sus ojos y su mirada.

No necesitó disimular mucho más tiempo. La morena se apartó de su amigo, sin dejar de sonreír ni de mirar hacia Mario, y se marchó en dirección contraria, entrando por la puerta que daba a la cocina. Alberto se volvió hacia él; parecía que Raquel lo había avisado de que lo estaba esperando, y casi corrió para alcanzarle.

—Me ha hablado, me ha mirado a los ojos, me ha sonreído... ¿Has visto que sonrisa tiene? — Alberto estaba claramente alterado y muy ilusionado. Le cogió por el brazo y se sentaron en una mesa junto a los grandes ventanales. Mario le escuchaba con una media sonrisa y tratando de alegrarse por su amigo.

—¿También es cocinera? —soltó irónicamente, haciendo un gesto hacia la puerta por la que Raquel había desaparecido. Alberto le miró extraño, sin saber de qué hablaba.

—Y yo qué sé...

—¿Y de qué habéis hablado? Si se puede saber... — sentía verdadera curiosidad por saber de



qué podía hablar aquella chica, tras aquella mirada y esa sonrisa.

—De ti... — casi se atraganta con el sorbo de agua que acababa de tomar, el rojo de sus mejillas se extendió hacia sus orejas, sin que lo pudiera evitar, una reacción fisiológica que le había atormentado desde niño y que, a cierta edad, empezó a aceptar como parte indesprendible de sí mismo; lo soportaba, no le quedaba otra. Alberto continuó, mirándolo extrañado—. Tranquilo, chico, no te pongas nervioso... También hablamos de Fernando. Hemos quedado en ir mañana a la ciudad; me dijo que ella vendría con la condición de que tú también fueras... — Alberto, lejos de arreglarlo, lo había complicado aún más. Mario no dejaba de ponerse más y más rojo. Su amigo empezó a preocuparse—. ¿Estás bien?

—Sí, sí... es que hace mucho calor aquí. —intentó excusar su reacción ante un psicólogo; menos mal que, además, era su amigo y se le convencía fácilmente—. ¿Y para qué quiere que vaya yo?

—Pues para ir en grupo... ¿Qué te pensabas?

—Ah... nada, es que no la conozco ni me conoce de nada, creo que yo no voy a ir... —Solo pensarlo se ponía tenso.

—Si no vienes... ¡te mato! ¿Me oyes? —Fue tan convincente que no tuvo más remedio.

Desatando un disimulado tormento para lo que quedaba de día y de noche, iba de un lado para otro. Estaba nervioso, qué demonios, a qué venía esto ahora, él no pintaba nada de nada. Mierda, no quería ir y sí quería ir; se escondía de Alberto y de todos, qué podía hacer...

Alberto era su amigo y estaba interesado por esa chica y, a él, esa misma chica la ponía nervioso. Había pasado de parecerle una maleducada a sentir admiración por ella. Igual, si la conociera un poco, todo cambiaría, e igual hasta podrían tener conversaciones interesantes. Respiraba, tratando de relajarse. Su comportamiento le parecía absurdo, fuera de lugar.

Le daría una oportunidad a Raquel y quizá podría explicar todo aquello que le movía por dentro, y volver a colocarlo en su lugar para poder dedicarse a su libro y no a dibujar sus brazos, sus ojos, su pelo...

OOOOOO

Siempre se sintió atraída por personas con la capacidad, al menos aparente, de permanecer en calma; quizá tuviera que ver con el ritmo que marcaban sus movimientos, los tiempos, en armonía casi perfecta; las pausas, al hablar, parpadear, e incluso suspirar.

Mario Martín era una de esas personas. Su dicción era casi perfecta y, al expresarse, trataba siempre de hallar las palabras más precisas y adecuadas para que su discurso fuera perfectamente entendido; nada parecía poder perturbar esa tranquilidad que acompañaba cada uno de sus gestos; solo el sonrosado de sus mejillas asomaba, de cuando en cuando, para delatar lo que sucedía tras lo aparente.

Ese cuaderno, en el que siempre estaba sumergido, despertaba su curiosidad. Lo llevaba con él a todas partes. Incluso esa noche, mientras cenaban, lo había sacado un breve instante del bolsillo de su chaqueta, como si necesitara recordar algún detalle, imprescindible para continuar con el hilo de su conversación, dejando a todos los comensales algo sorprendidos, mientras se miraban unos a otros con cierta extrañeza. Alberto, advirtiendo la situación, había mediado inmediatamente, enmascarando con cierta ironía la pura verdad.

— Mario guarda su cordura en esas libretas... ¡tiene decenas de ellas!

— ¡Alberto! — Su amigo trataba de llamarle la atención, no le gustaba hablar de sí mismo, ni que una conversación girara en torno a su persona.

Raquel le observaba, sin intervenir, desde el momento en el que se habían encontrado para ir a la ciudad, ellos cuatro y dos chicos más del grupo. La morena apenas le había dirigido la palabra, pero no paraba de mirarle y prestar atención a todo lo que decía o hacía. Le parecía el más interesante de todos ellos; en cambio, creía que Mario solo la miraba para no excluirla de la conversación, por pura cortesía y educación, girando inmediatamente la cabeza en dirección a cualquiera de los chicos. Imposible tratar de descifrar los motivos que escondía aquella mirada; aparentemente, lo único que despertaba en el rubio era puro desinterés. Decidió llevar la conversación a donde ella deseara para forzar que la mirara y tratar de descubrir qué la movía a intentar provocarle en cada encuentro.

— Alberto, para Mario... — la primera vez que decía su nombre, él la miró de una forma extraña — ese cuaderno debe de ser como mi violonchelo para mí.

— Una comparación muy exacta... — Alberto estaba encantado de que la morena lo nombrara, aunque no fuera a él a quien mirara. Mario lo interrumpió para contestar por sí mismo.

— No sé cómo es tu violonchelo para ti... — Ahora sí le mantenía la mirada, a la defensiva, pero ahí estaba, suficiente para tratar de comenzar a entender lo que pasaba con él.

— ¿No me viste tocarlo el otro día? — Mario comenzó a sonrojarse levemente.

— ¡Wow! Claro que te vio, quedó alucinado... como yo. — Alberto intentó volver a llamar su atención.

— Alberto, puedo hablar por mí mismo — El babeo de su amigo por Raquel le empezaba a molestar. Fernando y los otros dos chicos se mantenían en silencio, como aguardando, la tensión se palpaba en el aire entre esas dos personas—. Raquel, sí, te escuché tocar tu chelo y creo que tienes un talento increíble... pero tú no sabes lo que apunto o escribo en mis libretas, así que no sé en qué pueden ser comparables.

— No hablaba de la música que sale de mi chelo, ni de lo que sea que escribas en tu cuaderno; me refiero a la forma en que nos sirven de apoyo y de medio para expresarnos... — Mario, sin quererlo, se dejaba llevar por el mar embravecido de su mirada—. ¿Te han dicho alguna vez la imagen que proyectas con ese cuaderno entre tus manos?

—No... —No sabía dónde la mar quería llevarle, esperó que aquella ola le arrojara sobre alguna orilla.

—Me viste abrazar mi violonchelo... —Se detuvo, intentando un imposible, entender el porqué de aquella resistencia—. ¿Qué pensaste?

—Que erais uno, amoldados, sincronizados... que había pasión.

—Lo mismo que pienso yo al verte con tu cuaderno.... —Mario le sonrió brevemente; era un halago que Raquel le dijera que transmitía todo aquello—. Solo que... falta algo de lo que has nombrado: la pasión. —La sonrisa se le heló, ¿cómo debía tomarse aquello?

—¿Me estás diciendo que no pongo pasión en lo que hago?

—No, solo te digo que yo no la veo. Nada más.

Fernando intervino en el debate. Ya era suficiente; su amiga podía dar donde más dolía y no entendía adónde quería llegar en esa especie de enfrentamiento con Mario Martin. Era innecesario decir lo que le había dicho, cuando apenas se habían dirigido la palabra desde que se conocieran. Y muy inadecuado...

—Querida amiga, hay tantas cosas que no vemos y, sin embargo, están ahí, en tus propias narices, a veces, ¿verdad, Mario? —Todos rieron por la forma en que Fernando lo había dicho—. Como, por ejemplo, el bar de la esquina donde nos podemos tomar una copa antes de volver al hotel, ¿qué os parece?

Mario quería marcharse inmediatamente, pero no le sirvió de nada protestar; estaba muy molesto, y también dolido por lo que Raquel le había dicho, y no tenía ganas de seguir teniéndola cerca. Mucho menos a su lado, que fue donde se sentó cuando llegaron al pub, no por voluntad propia. Tal y como les habían rodeado sus compañeros nocturnos, no les más remedio: un sofá para dos y el resto en sillas alrededor de la mesa.

Raquel en ningún momento evitó el roce. Mario tenía tensos cada uno de sus músculos; la situación le incomodaba, no podía permitirse dejarse llevar y sentirse a gusto allí sentado, junto a Raquel. No entendía por qué le había importado tanto lo que ella le había dicho sobre su falta de pasión en lo que hacía, si apenas la conocía; quizá porque él sí que había visto en la morena aquella pasión y en cierta forma la admiraba.

Decididamente, no tenían nada en común... eso haría mucho más fácil poder deshacerse de aquella extraña coctelera de sensaciones que le acompañaban cada vez que la tenía cerca o pensaba en ella.

OOOOOO

Y, ahora, apoyaba la cabeza en su hombro y más se acurrucaba, buscando una postura cómoda, rozando la piel de su cuello con su aliento cálido. Mario solo tendría que girar e inclinar un poco la cabeza para llegar a sus labios y hacer que ese calor quemara su boca... La morena buscó su mano y entrelazó sus dedos. ¿Era consciente Raquel de lo que hacía, o simplemente se movía en sueños mezclados con alcohol? No iba a poder aguantar mucho tiempo más, el deseo de fundirse con ella estaba aniquilando la poca razón que le quedaba, la que le repetía una y otra vez que no estaban solos en el coche y que Alberto, sentado a su derecha, no dejaba de mirar a Raquel. Vio los ojos de deseo de su amigo y se preguntó si los suyos mostrarían la misma evidencia.

—Lo que daría por ser tú en este momento... —le susurró Alberto al oído; no lo miró. «Pues yo no me cambiaría por nadie», pensó, sin atreverse a contárselo a su amigo.

Fernando conducía. Junto con Mario, era el que menos había bebido. Raquel se había encontrado en aquel pub con unos amigos y amigas de la ciudad y había cambiado de sitio para ir a la mesa de ellos y terminar bailando en medio del local con unos y con otras; ni siquiera los había presentado. Fernando también los conocía, así que iba y venía, intentando convencerlos de que salieran a bailar también. Alberto la empujó, agarrándola de una mano para que lo siguiera, y la colocó junto a Mario. La morena, provocadora, se apoyó en los hombros de Alberto, dándole la espalda; parecía dispuesta a ignorarle cuando, con movimientos sugerentes, se giró hacia él y le agarró por la cintura. Acercó su boca al oído del chico, haciendo que una ola de calor le envolviera al sentir su proximidad.

—¿Hacemos las paces? —Después, se apartó, y comenzó a sonreír a carcajadas al ver la cara de pasmado que se le había quedado a Mario. Lo que acababa de sentir al tenerla tan cerca y verla sonreír, por primera vez, de aquella manera, hacían nula su capacidad de respuesta; solo se movía de forma automática al compás de la música y sin poder dejar de mirarla. En ese momento, todas sus murallas de protección habían sido derribadas, deseaba devolverle la sonrisa y dejarse llevar a donde sus movimientos le condujeran.

Raquel no dejaba de beber y de perseguirle a donde fuera, el alcohol la hacía cariñosa y empalagosa en exceso, y Maria se contagiaba cada vez más. La morena estaba muy graciosa y no podía dejar de reír con sus ocurrencias. Si era así con la gente a la que quería y tenía cerca, sería muy fácil quererla... como amiga, como hija, como pareja.

—Mario, me gustas —le decía—, ¿quieres ser mi amigo? —Y le miraba con una carita inocente a la espera de su respuesta. Parecía una cría.

—Mañana me lo vuelves a preguntar, cuando el alcohol no te haga hablar más de lo que deseas. De momento, creo que es hora de que nos marchemos y dejes de beber —le dijo, quitándole un vaso de tubo a medio llenar de la mano—. Vamos a buscar a los chicos y nos volvemos al hotel.

—Nooooo, no quiero, estoy muy a gusto contigo y tú te irás a dormir con tu amigo y yo me tendré que ir sola.

—Raquel, si vas a dormir sola será porque quieres. Si se lo pides a Fernando, seguro que te acompaña... o a cualquiera que se lo pidieras —le contestó, tratando de levantarse de la mesa donde se encontraban desde el momento en que Mario notó que Raquel no se mantenía en pie sin tambalearse.

—¿Tu vendrías a dormir conmigo? —Ahora su mirada no tenía nada de inocente.

—Raquel... — se rio, tratando de quitarle importancia, tanto a la pregunta como a la forma en que la morena le miraba.

—Me encantaría... —Acercó la cara a la suya, segura de lo que hacía. Mario quiso huir, la agarró por el brazo, apartándose, y fue en busca de los chicos para marcharse al hotel.

Y ahí estaba, no se atrevía a mover ni un solo músculo de su cuerpo, con Raquel abrazada a él y Alberto al otro lado. Pedía para sí mismo que el coche no llegara a su destino, no quería dejar de sentir el calor de su cuerpo, ni la caricia de su respiración, ni aquellos dedos entre los suyos. Si pudiera quitarle una de sus muchas vestimentas para ver el color y el tacto de su verdadera piel, quizá aprendería a conocerla, arrancarle la máscara tras la que se ocultaba, para acercarla a ella un paso más; no le importaba el tiempo que tuviera que pasar, por él como si aquel coche no llegaba jamás, que su destino final se alargara, para poder tenerla acurrucada y respirarla. Su aroma le hacía querer apresarla y, a la vez, hacerse presa; deseaba capturarla y dejarse capturar.

Pero el coche llegó al hotel y Fernando la arrancó de sus brazos, tal cual. Raquel no quería soltarse y con más fuerza le abrazaba y, aunque Mario trataba de disimular, le encantaba que le apretara más y más fuerte, mientras le sonreía. Había aparcado el coche en la parte de atrás de los jardines, frente a una casa no muy grande de una planta, lo suficientemente alejada del hotel como para que pareciera independiente del mismo, pero dentro de su mismo terreno.

—Bueno... la dejaré durmiendo en su cama y vuelvo.

Fernando entró en esa casa con ella en brazos; seguía profundamente dormida... Cuando desapareció de su vista, sintió como si le hubiera dejado el alma en carne viva, arrancándole la piel y llevándosela con ella.

## Capítulo 4: La ola

No la había visto en toda la mañana; la esperó, giraba su cabeza en todas direcciones ampliando su ángulo visual para poder abarcar todo el espacio que le rodeaba. Entró en el hotel mirando en los salones y todos los sitios comunes; en la piscina, nada. Caminó hasta el cobertizo, el huerto; pudo preguntar al hombre que normalmente la acompañaba en esos trabajos, un señor cincuentón con un sombrero de paja, pero no lo hizo, no se atrevió, como si al interesarse frente a un tercero por ella mostrara su debilidad: que, de pronto, una mañana despertaba y, si no la veía, se inquietaba y le faltaba. Absurdo, el azar se había aliado con la sinrazón para desarticular todas las piezas dentro de un mismo escenario.

Recordó su primera palabra al llegar: atrezo. ¿Qué extraña obra se estaba interpretando en aquel espacio? ¿Era él uno de las protagonistas? Se reconocía tanto como se desconocía; pero era evidente que la función ya había empezado. No estaba acostumbrado a sentir que no era dueño de sus actos e impulsos, intentar hacer desaparecer un pensamiento recurrente sin conseguirlo, que el deseo a la imposibilidad anulara su capacidad de razonar... Una extraña fuerza le atraía hacia lo inalcanzable del tacto de su piel y lo desconocido tras el inmenso azul de su mirada.

Caminaba por la parte trasera del hotel, en dirección a la casa frente a la que Fernando la dejó la noche anterior; de pronto, se sentó en el césped, sacando de su bolsillo la libreta. Necesitaba escribir, tratar de plasmar en papel todas aquellas palabras desorganizadas que se habían acumulado en su cabeza con el simple recuerdo de sus ojos...

*«Pareciera como si mi consciencia  
se hubiera diluido  
y nadara sumergida en un mar profundo  
de aguas cálidas y calmas,  
y todo sucediera ante mí a un ritmo más lento,  
dejándome llevar por corrientes imperceptibles,  
escuchando el sonido de lo más hondo;  
como si se tratara de una nota musical elástica,  
y todo un mundo, pintado de inmensos azules,  
sucediera ante mis ojos».*

Un ruido le sacó de su ensimismamiento; acababan de subir con cierta brusquedad una persiana. Enfocó su vista. La única que veía alzada desde ese ángulo era la de un gran ventanal, en un lateral de la casa, con salida a los jardines. El corazón le latía acelerado por el sobresalto del ruido, todos los sentidos enfocados en su dirección en un acto reflejo. Solo que, segundos después, la alerta permanecía... esperaba, había una posibilidad entre tantas otras de que ella saliera por ese ventanal hacia el jardín y le viera allí sentado y con cara de bobo mientras escribía poemas sobre mares profundos y aguas cálidas y calmas. Sintió un escalofrío. ¿Y si Raquel le estaba observando tras ese ventanal? En un breve instante, cambió el miedo y el sentido de alerta por la bravura y la valentía, se levantó y caminó decidido hacia aquella ventana. Ya no iba a

pararle nada ni nadie... o eso creía él.

Cuanto más se acercaba a su destino, más disminuía el ritmo de sus pasos, como si fuera un ladrón o un espía al acecho de su víctima; al llegar, tuvo que inclinarse para poder ver tras el cristal, ya que la persiana solo estaba levantada a media altura. Fue más que suficiente para poder verla. Lo primero que captaron sus ojos, la gran cama en medio de la habitación y Raquel tumbada en ella, boca abajo, su larga melena hacia un lado. No veía su cara, pero no podría confundirla con nadie. Llevaba puesto un pantalón de pijama de seda amplio, de color blanco, y una camiseta de tirantes del mismo color. Podía intuir las líneas de su cuerpo y lo hacía, mientras detenía su mirada en cada curva... *¿Qué estás haciendo? Invadiendo su intimidad*, se preguntaba y se respondía.

Raquel intentó levantarse, pero, sosteniendo su cabeza entre sus manos, volvió a acostarse. Le pareció escuchar un quejido... no era de extrañar que la borrachera de la noche anterior le hubiera dejado un tremendo dolor de cabeza. Sonrió al recordar cómo le perseguía cariñosa por todo el bar para terminar durmiéndose en sus brazos. Un nuevo intento de la morena por incorporarse, y se quedó sentada en la cama, pero aún soportando el peso de su cabeza entre sus manos. Mario sentía su malestar tanto como le divertían sus gestos. No podía dejar de mirarla, por más que se decía a sí mismo que las formas no eran las adecuadas. Le despertaba una gran ternura verla de aquella manera y lo que fuera que presionaba entre su corazón y su estómago, o en ambos a la vez, crecía y crecía con cada nueva sensación que experimentaba y que Raquel, y todo lo que la rodeaba, le provocaba.

Un paso adelante, otro atrás... un baile a descompás o a compás de una resaca. Apartaba las manos de su cara lentamente, abriendo los párpados despacio para adaptar sus pupilas a aquel torrente de luz que dejaba pasar la persiana levantada... En cuanto pudiera apartar del todo sus manos de la cara, las usaría para rodear el cuello de quien hubiera osado despertarla de aquella manera y apretarlo hasta que sintiera la misma agonía que le hacía sentir a ella en ese momento, torturándola con toda aquella luz. ¿Dónde estaba? Giró la cabeza con un gran esfuerzo, tratando de encontrarlo.

—¿Quién coño...? —comenzó a decir... sin poder continuar. No supo decir nada más. La puerta del baño se abrió, salió medio desnudo, musculoso y con la piel a medio secar de la ducha. Solo una toalla pequeña rodeaba su cintura; sonreía satisfecho consigo mismo mientras se interponía entre la luz y ella para abrazarla e intentar llevarla de nuevo hasta la cama. Raquel no salía de su asombro, no lograba ubicar lo que estaba sucediendo, ¿de nuevo había ocurrido? Consiguió pararlo.

—Me duele mucho la cabeza, por favor... —Se sentó en la cama, visiblemente afectada y agobiada por la situación; él se sentó junto a ella...—. ¿Qué pasó anoche? —La miró, preocupado, y después comenzó a reír a carcajadas.

—¿Vas a decirme que no recuerdas lo que pasó? ¿Nada de lo que sucedió? —Incrédulo ante la negativa de Raquel, no supo cómo reaccionar. Se levantó algo ofendido y comenzó a vestirse—. Ya empezará a acordarte conforme te encuentres mejor, me imagino... —Raquel no dejaba de mirarlo, quería que la hiciera recordar, que rellenara aquel hueco de su espacio y su tiempo.

—Lo último que recuerdo es que me dormí en el coche abrazada a Mario... Martín —le costó pronunciar su nombre, le dolió tener que incluirlo en aquella conversación.

No pudo continuar, se acercó hasta ella y la besó con fuerza, o casi con rabia, en los labios. El orgullo masculino... Y, sin decir ni una palabra más, salió de la habitación por el ventanal que daba al jardín.

OOOOOO

No sabía lo que pasaba con ella, pero sí que la esquivaba; allá donde parecía que fueran a encontrarse, desviaba su camino o deshacía sus pasos para no coincidir ni por un breve instante, sin disimulo, dando a entender claramente el rechazo que sentía ante su presencia. Se preguntaba continuamente cuál sería el motivo de aquel vacío tan evidente, qué habría hecho que le molestara hasta el punto de mostrarle esa indiferencia. Trataba de encontrar el momento adecuado para intentar acercarse a él, sin que desapareciera, e indagar; preguntarle abiertamente no sería correcto por su parte, no se conocían lo suficiente... Sería más acertado decir que apenas se conocían. Y, entonces, ¿cómo era posible que dos personas que casi se desconocían se comportaran de aquella forma la una con la otra?

La clave estaba en la noche que salieron a cenar a la ciudad, hacía ya dos días de aquello, y en sus copas de más. Nunca le había sentado bien beber y, de hecho, no solía hacerlo, ni tan siquiera le gustaba el sabor de aquellas bebidas alcohólicas; pero lo hacía alguna que otra vez, cuando necesitaba dejar de ser tan reservada e introvertida, dejar de estar a la defensiva... Algo diría o haría esa noche que le molestó hasta el punto de mantenerla alejada de aquella forma.

Cierto era que antes de esa noche tampoco se dirigían la palabra; pero era distinto y lo sabía, algo había cambiado entre ellos. Se había sentido cerca de Mario, coincidentes a pesar de sus aparentes diferencias y se dormía tan a gusto entre sus brazos... tanto que, cuando Fernando la había dejado en su cama a dormir la borrachera, se levantó y salió de su casa, sin notar que su amigo le había cambiado la ropa por un pijama y que iba en tirantes en plena noche de primavera. Iba cruzando el jardín para llegar al hotel, quería buscarlo y preguntarle si quería dormir con ella; pero, antes de que pudiera atravesar todo el jardín, vio que Alberto corría hacia ella, quitándose su chaqueta y colocándosela sobre los hombros en cuanto la alcanzó. De alguna manera, la convenció para regresar a su casa, la acompañó y la trató con mucho respeto, hasta que la dejó sobre la cama. Le pidió que durmiera con ella, se acostó a su lado, la abrazó por la espalda y vinieron los besos y las caricias. Después, cayó un telón negro. ¿No se quedaría simplemente dormida?

No lograba recordar nada más de aquella noche... igual se había dejado llevar. Alberto era atractivo, y ella se había pasado la noche en busca y captura de algo de cariño, por llamar de alguna forma a lo que había estado solicitando de Mario durante toda la noche. Se inquietaba al pensar que se había levantado en medio de la noche y en pijama para ir a buscarle, no le habría importado nada cruzarse con otras personas, nunca le importó lo que pudieran hablar o pensar de ella los demás, pero ¿y a Mario? ¿Tampoco le habría importado su reacción al verla aparecer en su habitación para llevárselo a su cama?

Y, en lugar de eso, terminó a medio camino y acostándose con Alberto, aquel con el que Mario compartía habitación y amistad.

—Oh, basta ya, ¡¡maldita sea!!! —se gritó a sí misma, en medio del jardín, en el que llevaba toda la mañana tratando de podar unos arbustos y sin dejar de mirar hacia donde Mario solía quedarse sentado por las mañanas, por si aparecía—. Ve ahora mismo a buscarlo y aclara todo este enredo o te volverás loca. —Tiró las tijeras de podar, se quitó los guantes haciendo aspavientos y el sombrero de paja para cubrirse del sol, y comenzó su baile particular, una especie de tic en los movimientos al caminar, unos pasos hacia adelante, los mismos hacia atrás, que no hacían más que mostrar su gran inseguridad en la decisión que acababa de tomar; era gracioso verla, pero, sobre todo, algo sorprendente, teniendo en cuenta que la impresión que se solía tener de Raquel era de



total seguridad en sí misma, rayando en ocasiones la altanería y el engreimiento. Se volvió a parar —. ¿Y qué le digo? —Estaba a punto de volverse para seguir trabajando; no sabía cómo afrontar todo aquel cúmulo de sensaciones, sentimientos confusos y situaciones por aclarar. Pero, entonces, le vio a lo lejos.

Iba caminando solo hacia las afueras del hotel por un sendero donde se solían hacer paseos y rutas a pie, en bicicleta y a caballo. Llevaba unos pantalones beige y una camisa del mismo color, las zapatillas de tela azules como la chaqueta deportiva que colgaba de la cintura y su bolso-mochila cruzado al hombro; de lo más informal dentro de toda su formalidad. Le imaginaba cogiendo cualquier cosa que encontrase en un armario previamente ordenado con las prendas seleccionadas de antemano para después no tener que pensar qué ponerse.

No como ella, que se pasaba el tiempo decidiendo lo que llevar puesto. Menos mal que desde que había llegado al hotel estaba mucho menos pendiente de su imagen, pero en ocasiones se encontraba hasta dudando sobre la ropa de trabajo que se pondría al día siguiente; no tenía remedio.

Iba pensando todo esto mientras se apresuraba para alcanzar a Mario justo a tiempo de que saliera del recinto del hotel, y se sacudía. Se había puesto el peto hecho un asco y seguro que estaba despeinada y manchada de tierra por doquier. Los pensamientos tienen eso, pasan rápidos de unos a otros, unas veces los piensas a propósito y, otras, surgen sin llamarlos. En ocasiones dan la cara unos, tratando de enmascarar a otros... Todo un inmenso caos dentro de un orden aparente. ¿O sería al contrario?

No pudo continuar con esa especie de monólogo a medias entre la lucidez y lo neurótico; al igual que sus pensamientos se sucedían rápidamente, lo que sucedió justo antes de que pudiera alcanzar al chico, pareció transcurrir a cámara lenta.

La imagen del coche de Fernando entrando en el jardín del hotel por aquel camino de tierra y sin advertir que ellos justo bordeaban un trozo de camino enfangado, cómo el chico aceleraba el coche sonriendo para saludarles y lo frenaba demasiado tarde... Una enorme ola de agua sucia y barro les envolvió. Bastó para dejarles plantados como si parecieran un par de montañitas de estiércol.

Al conductor le cambió la cara, no era para menos... y más al escuchar cómo su amiga gritaba su nombre.

—¡¡¡Fernando!!! —Mario se acababa de dar cuenta de que tenía a Raquel detrás de ella. Se volvió asustado por aquel chillido, y ambos se quedaron mirando sin saber cómo reaccionar. Fue Fernando el que destensó la situación, comenzó a reír sin poder parar, contagiándolos, que, sin hablar, estuvieron de acuerdo en ir a por él, sacarlo del coche y tumbarlo en el barro.

Raquel miraba a Mario. Tenía una sonrisa preciosa, incluso todo cubierta de barro... Fernando había llegado en el momento preciso, como un caballero a lomos de su caballo, para poder conseguir a la dama y llevarla en brazos del otro caballero. Algo chirrió en su cabeza... Pero ¿qué estaba pensando ahora? ¡¡Dios!!

Decidieron ir a los baños de la piscina climatizada, para ducharse y quitarse todo aquel barro de encima. El servicio de habitaciones les trajo unos albornoces y bañadores por indicación de Raquel; por primera vez, Mario pensó que la morena era algo más que una trabajadora de aquel hotel. Después de la ducha, Fernando se zambulló en la piscina y Raquel lo imitó. Comenzaron a nadar unos largos; parecían tener la costumbre de hacer ese deporte y retarse mientras lo practicaban.

Los miraba sentado en el borde de la piscina, mientras se debatía entre meterse en el agua o a seguir viéndolos nadar. Llevaba días negándose el impulso que le nacía de desear mirarla y

observar cada gesto o lo que hiciera la morena; estaba enfadado consigo mismo, por tonto, por la situación y por creer lo que en ningún momento habría podido ser.

Se recordaba mirando embobado a Raquel, y a Alberto salir desnudo para abrazarla y llevarla a la cama; y corriendo lejos de allí sobresaltado, para encerrarse en su habitación, viendo como todas las piezas iban desencajando una a una bajo sus pies mientras trataba de mantenerse en pie. Quería marcharse, volver a su vida tal y como estaba antes de llegar a ese hotel, no seguir formando parte de aquel escenario ni volver a compartir con aquella mujer ninguna escena... que lo ocurrido no afectara a su amistad con Alberto. Olvidaría la amalgama de contradicciones que sentía, incluso que en ese momento lo estamparía contra la puerta si osaba entrar en la habitación. Sí, a su amigo del alma...

Un par de días y un baño de barro y ahí estaba... mirándola de nuevo.

—Me vais a disculpar, pero tengo que organizar mi última clase... —Fernando salió de la piscina, cogiendo una toalla para secarse—. Mario, es una lástima que no hayas querido asistir a los cursos, ¿por qué no te animas y vienes los dos últimos días? Quiero ver si vuelvo a convencer a Raquel para que nos toque su chelo —le dijo, guiñándole un ojo, ante la mirada amenazante de su amiga, a la que hizo caso omiso—. Bueno, voy a vestirme... —Y salió, envuelto en su albornoz y dejándolos solos, uno a cada extremo de aquella larga piscina. Mario, aún sentado en el borde y moviendo sus piernas en el agua; Raquel, sumergida casi por completo, solo asomando su cabeza. Ambos se esperaban y ninguno daba el paso que les acercara.

Sabía que le estaba mirando, sin poder ver sus ojos a esa distancia, y no le importó; quizás la lejanía le dio la fuerza necesaria para mantener la mirada que no veía, la valentía para meterse lentamente en el agua y nadar para aproximarse hacia donde ella se encontraba, la entereza para no salir huyendo al ver que Raquel también nadaba hacia él. Tendría que encontrar la forma de no dejarse arrastrar por aquella mar enmascarada en aguas calmas. Sintió frío, quizá algo parecido al miedo le dejó helado al ver cómo se le acercaba. Decidió adentrarse en el agua; Raquel le imitó. Era tan hermosa, azul rodeado de azules, y entonces recordó su poema, el que escribió justo antes de verlos juntos, y la imagen de Alberto abrazándola le devolvió a la cruda realidad. Sacó su cabeza del agua para respirar y comenzó a nadar en dirección contraria a Raquel. La rabia le llevaba; aun así, era imposible que la morena no le alcanzara. Incluso llegó a su meta antes que él y le esperaba respirando algo alterada.

—Paula, ¿estás bien? Ni que hubieras visto una aparición...

— ¿También eres nadadora olímpica? He recordado que había quedado con... —Se quedó callado. Iba a decir «Alberto», como excusa para alejarse de ella, pero recordó que Alberto era el motivo que ya le mantenía lejos de ella y que decir su nombre podría dar lugar a una situación embarazosa que no quería recordar. Comenzó a nadar hacia la escalerilla de la piscina para salir cuanto antes de aquel enredo, pero Raquel se interpuso diciendo el nombre que había quedado en el aire.

— ¿Alberto? —Su mirada era tan franca al pronunciar su nombre que era imposible apartar sus ojos de ella; le demandaba claridad, pero Mario no podía ser honesto con ella sin descubrirse. Les envolvió el silencio, las gotas de agua parecían girar para bordear los lunares en un lado del cuello de Mario. Estaba junto a Raquel, pero de perfil a ella. La morena había cruzado el brazo, haciendo una barrera en las barandillas de la escalera, y no podía subir sin tratar de hacer fuerza para apartarla o acercarse demasiado a ella; los ojos de Raquel parecían querer retener cada detalle: el color tan blanco de su piel, cada lunar, sobre todo el de su boca... Mario sabía que si movía un solo músculo o se volvía a mirarla estaba perdido, no le quedaban fuerzas. ¿Qué era todo aquello? ¿Por qué le hacía sentir tan débil? Quería quedarse con ella tanto como marcharse.

Giró un poco su cabeza, lo justo para ver cómo Raquel miraba sus labios y desear que la morena se acercara.

—¡Chicos! Olvidé... —La voz de Fernando les hizo separarse automáticamente, visiblemente cohibidos por la situación, lo cual no pasó desapercibido para él, que se quedó asombrado por lo que creía que acababa de interrumpir. Imaginaba que algo tan interesante como sorprendente. Los dos le miraban. Mario había salido de la piscina y Raquel hacía como que nadaba de espaldas, sin quitarle ojo—. Vaya... creo que... he olvidado lo que... olvidé. —Y los tres comenzaron a reír de nuevo.

OOOOOO

La desazón se abría paso, arrasando con ideas, sensaciones y creencias anteriores; hubo un antes de ella y había un ahora, un espacio en el que no sabía desenvolverse ni a dónde se dirigía. ¿Habría un después de ella? En cuanto se marchara de allí y volviera a su casa y a su vida ordenada, entonces vendría el después, esa zona en la que se imaginaba a sí mismo sin ella, pero con su vida controlada.

Todo aquello era absurdo, y seguro que venía a cuento de algo, aunque en ese instante no era capaz de adivinarlo... El tiempo pondría las cosas y a cada cual en su sitio; necesitaba respirar, relajarse y dejar que pasaran esos dos días que les quedaban en ese hotel... Seguramente se sentía tan atraído, o lo que fuera que sintiera por ella, porque la admiraba, porque veía proyectadas en Raquel algunas de las cosas que desearía: su aparente libertad, la capacidad de desenvolverse en distintas tareas, cierto halo de misterio.

Era una mujer con una gran carga sexual y la llevaba encima hasta con el mono de trabajo y toda llena de barro. Sin darse cuenta, se volvió a quedar embobado con solo imaginarla, recreándose en la forma en que miraba sus labios antes de que Fernando les interrumpiera. ¿Qué habría podido suceder? Notó cómo el calor subía hasta sus mejillas.

Necesitaba una ducha fría y salir a cenar; llevaba toda la tarde encerrado en su habitación. Aprovechando que Alberto se había marchado a la ciudad con unos compañeros del curso, quiso quedarse tranquilo para tratar de poner un poquito de orden en su cabeza, sin resultado; lo único que había hecho durante toda la tarde había sido obligarse a no pensar en Raquel y tener que doblarse una y otra vez ante la evidencia del deseo de quedarse en ella.

En cuanto salió del baño, notó que Alberto había vuelto, porque había dejado el abrigo sobre la cama y, encima, una nota: le esperaba en el restaurante para cenar. Se apresuró a vestirse y, frente al armario, se sorprendió a sí mismo al desear ponerse algo distinto con lo que sentirse algo más atractivo e interesante. ¿Por qué no? Sonrió y se dedicó a escoger prendas de distintas perchas, se atrevió a romper el orden establecido dentro de su ropero. En un solo instante, cambió su rutina a la hora de vestirse por la aventura de lo diferente. Algo estaba cambiando... Pero ni una pregunta más. Quería salir fuera, hablar con la gente, le encantaba expresarse y escuchar, reír, ir a las aldeas y los pueblos de alrededor para observar los estilos de vida y las costumbres de la zona, pasear de noche bajo un cielo lleno de estrellas, y poder verlas era un lujo que no quería desaprovechar. Quería disfrutar y no vivir asustado y esquivando, los dos días que le quedaban, en ese lugar.

Escogió unos vaqueros, una camisa azul y una chaqueta oscura de corte algo más clásico. Se puso su perfume favorito y único, puesto que no usaba ningún otro, se agarró su melena corta en una pequeña coleta y ¡listo! Abrió la puerta de la habitación y, justo antes de salir, recordó su libreta. La buscó con la mirada, directa hacia donde sabía la había dejado, sobre la mesita de noche. Salir a la calle sin ella era impensable, antes olvidaba el móvil que su pequeño cuaderno de tapa blanda y negra. Volvió a recogerla y la guardó en un bolsillo... ahora sí.

Salió dispuesto a no encogerse ante nada ni nadie; cuando la vio hablando con Fernando al final de las escaleras, se quedó parado y, sin bajar la mirada, se dispuso a librar un combate más con ella. A fin de cuentas, sus encuentros se podrían describir como tales, sin contacto cuerpo a cuerpo, ni cuerpo a tierra, sin golpes físicos ni mañas que te tumben en el suelo y sin vencedor ni vencida.

Raquel llevaba un jersey largo que se adaptaba a cada curva de su cuerpo, el pelo suelto sin terminar de secar y la mirada seria y felina. Al ver a Mario, dejó a Fernando con la palabra en la

boca y comenzó a subir las escaleras en su dirección; poco le duró al rubio la convicción con la que había salido de su habitación. Las piernas le flaqueaban, pero se agarró a la barandilla de la escalera y la esperó sin apartar su mirada de ella. Cuando creía que Raquel se detendría al llegar a su lado, la morena continuó su camino, pasando de largo y esbozando una de sus sonrisas llenas de ironía. De nuevo le retaba. Mario miró cómo se alejaba pasillo adentro, el movimiento de sus caderas al andar, sus piernas largas y fibrosas y cómo el pelo parecía acariciar su espalda. Se quedó algo aturdido, tratando de asimilar todo lo que acababa de suceder, mientras Raquel se marchaba, llevándose toda su seguridad con ella.

—Es una engreída —escuchó que le decía Fernando desde el rellano, mientras esperaba a que llegara hasta él. Al ver que no le contestaba, y que parecía algo molesto, se acercó a su oído y le soltó—. Estoy deseando que encuentre a alguien que le baje esos aires de reina que tiene... —¿Eso iba por él?, se quedó pensando, mientras veía cómo el chico también se iba tras su amiga. ¿Por qué todo el mundo pasaba de largo?

Menos mal que Alberto estaba sentado, esperándolo, en la mesa donde solían cenar cada noche; qué ganas le entraron de abrazar a lo conocido, a lo que entendía y le correspondía... Antes de sentarse a su lado, lo agarró por el cuello y le dio un beso sonoro, como si se tratara de un niño.

—Ja, ja, ja... ¿Qué te pasa, que estás tan cariñoso, rubio? —Le guiñó un ojo bromeando.

—¿Estoy? No... *Soy cariñoso y lo sabes.*

—Cierto... Eres cariñoso, pero llevas unos días un tanto rarito... —Alberto se quedó callado al ver entrar en el salón-restaurante a Raquel; evidentemente, la morena le quitaba el habla y la sonrisa de la boca.

—¿Te has acostado con ella? —Mario no lo dudó ni un segundo más; quería que Alberto le contara lo que había sucedido entre ellos dos y lo que su amigo sentía. No entendía por qué se callaba lo sucedido. Alberto se frotaba las manos, a la defensiva.

—¿A qué viene esa pregunta?... —Entonces, Alberto bajó su mirada al notar que Raquel no dejaba de mirar hacia su mesa—. Mírala, trata de disimular, pero no para de mirar hacia aquí y, cuando yo intento volver a acercarme a ella, no se queda ni dos segundos a mi lado. —Ahora era Mario el que se apretaba las manos sobre la mesa—. Sí, me acosté con ella... —Tuvo que suspirar profundamente, porque había sentido un latigazo en el pecho—. Nos besamos, nos abrazamos... —«No hace falta que sigas, por favor». A Mario las palabras no le salían—. Y... se quedó dormida.

—¿Cómo? —No lo pudo evitar, ese *cómo* iba acompañado de cierta sonrisa, entre incrédula y aliviada...

—Sí, riéte, nunca antes me había sucedido algo así.

—Alberto, ella había bebido.

—Ya... y, lo peor, a la mañana siguiente no se acordaba de nada, solo de que se había quedado dormida en tus brazos en el coche, ¿qué te parece? —El corazón de Mario comenzó a trotar dentro de su pecho. Alberto continuó hablando sin que ya su amigo lo escuchara al cien por cien. Sus ojos se dirigían una y otra vez hacia la puerta de la cocina, por la que Raquel entraba y salía. Parecía estar controlando los platos y, en cuanto sus miradas se encontraban, las apartaban; entre todas aquellas personas era muy difícil poder librar una batalla en condiciones sin quedar en evidencia; bajaban armas, tanteándose, pero sin atacar, aguardando el momento adecuado... La una a la espera de cualquier signo o señal que pudiera emitir el otro y que confirmara sus sensaciones, sus impulsos o sus deseos más escondidos y profundos.

—¿Te gusta mucho? —Ni siquiera él esperaba hacer esa pregunta en voz alta.

—Joder. ¡Está buenísima! No tienes más que mirarla. Ni un segundo dudaba en llevármela a la cama de nuevo y, esta vez, no para dormir...

—¿Solo sexo?

—No estaría nada mal para empezar... —Mario movía la cabeza, resignada—. Tendrías que probarlo de esta manera alguna vez... primero sexo, y luego intimar.

Ambos miraban a la morena, mientras esta caminaba hacia su mesa.

—Puede que lo haga... —respondió el rubio, haciendo que Alberto dejara de centrarse en sus instintos para comenzar a observar extrañado la forma en que su amigo se comportaba.

OOOOOO

Miras hacia lo lejos y el horizonte se aproxima hacia ti; mar y cielo se funden y se confunden en una enorme ola, ondulando, azotada y azorada por el viento, y sientes paz. No te importa ser abrazado, arropado y dejarte arrastrar por esa ola que vuelve a retroceder.

En su libreta, había apuntado una frase de un libro de Virginia Woolf, *Las olas*. «¿Cómo era?».

*«La ola se detenía, y después volvía a retirarse, arrastrándose, con un suspiro como el del durmiente, cuyo aliento va y viene en la inconsciencia».*

Lo pensaba, y el símil le parecía impactante; en cada acto, en cada mirada, en cada suspiro, Raquel avanzaba hacia él para luego retroceder; ¿lo hacía inconscientemente o con premeditación? El mar te atrae y te capta sin proponérselo y, en otras ocasiones, pareciera aliarse con el viento, el cielo y las aves para no dejarte escapar.

Y de nuevo es ese vacío entre estómago y pecho y esas ganas de estar cerca de ella tornándose en ansias, y la negación enmascarándolas de inquietud y dudas, y la coraza alzándose, silencio tras silencio... Pero no era del todo cierto, era solo a Raquel a quien no se lo decía, ni al resto que pudiera escucharlo, pero con su cuaderno sí que se confesaba; cualquiera que pudiera ver lo que había escrito o dibujado se daría cuenta que el hilo conductor o argumental no tenía que ver con lo anterior, notaría una clara diferencia en lo que necesitaba plasmar el autor en los últimos días... pero como solo él veía y revisaba sus libretas, no le importaba; solo le faltaba tener que esconderse, también, frente a sus pequeñas aliadas...

Pero a ella... Cómo contarle y, sobre todo, qué contarle... Le diría que su corazón latía apresurado con solo pensar en ella, y que daría lo que fuera por tenerla entre sus brazos, aunque fuera bebida y dormida. Qué suerte tuvo Alberto, poder dormir con ella toda una noche y cada una de sus horas... ¿De dónde surgía esa atracción que no le dejaba tranquilo? No podía ser nada más que algo físico, era impensable poder estar enamorándose de alguien con quien no había compartido ni una conversación en condiciones y con quien cada mirada era un ataque y un derribo. No le importaría para nada dejarse vencer una y otra vez por esa fuerza; que su cuerpo temblara ante lo no conocido era muy significativo. No podía imaginar qué tendría que hacer para contenerlo si la piel deseada llegaba a rozarle.

Raquel avanzaba de nuevo hacia él para luego retroceder y volvía con más fuerza, más llena de azules, imponente caía antes de poder alcanzarla... Algo le decía que le llamaba, que le esperaba en algún punto entre la calma del que abandona y la valentía del que recobra sus fuerzas para volver a atacar; y lo deseaba, encontrar ese lugar y quedarse allí con ella, sin preguntas, ni respuesta, sin juicios de valor, ni proyectos. Primero, estar y ser con ella, y, después... «Terminaré completamente loco a este paso, ni hay ahora ni habrá después». En silencio, volvió a enfadarse consigo mismo por enésima vez. «Maldita sea, Mario, contrólate».

Se levantó bruscamente de la mesa donde estaba a punto de cenar con Alberto, dejando a su amigo tan asombrado como a Raquel, que se había acercado para invitarlos, como al resto de comensales, a una fiesta que se había organizado, de manera espontánea, con el resto del grupo, para esa misma noche. No le dio tiempo a comunicarles nada; antes de poder hablar, Mario se levantó y se marchó apresurado, borrándole la sonrisa depredadora de la cara. Alberto le siguió enseguida, preocupado y dejando a la morena con la palabra en la boca. A punto estaba de dar la vuelta a la espera de un momento más adecuado, cuando un pequeño objeto, en el suelo junto a la mesa, llamó su atención: la libreta de Mario. La cogió para ir en su busca y entregársela enseguida, pero, con solo rozar sus tapas negras, el corazón se le disparó acelerado; tomó la servilleta blanca que Mario ni siquiera había usado y la colocó sobre su antebrazo y su mano,

como un camarero, procurando que el cuaderno no se viera.

*«...y después volvía a retirarse, arrastrándose, con un suspiro como el del durmiente cuyo aliento va y viene en la inconsciencia».*

Sentía el corazón en un puño y trataba de no apresurarse en su huida, pasar desapercibida, pero era prácticamente imposible para Raquel. Siempre, desde niña, se sabía observada, por su físico o su talento para la música; era una de estas personas cuya sola presencia llamaba la atención. Por más que intentara acumular silencios y ponerse la pose de seguridad, de nada le había servido. Con el tiempo había aprendido a vivir con ello, hasta cierto punto, logrando que le resultara indiferente o tratando de mantenerse aislada, cual loba solitaria, siempre que podía.

Salió del restaurante; se dirigía hacia el despacho que compartía con Fernando, tras la recepción. Allí tenía su bolso, guardaría la libreta de Mario y... «¿Y qué?», pensó. En ese momento, no iba a decidir lo que haría, solo la movía el impulso de saber y de poseer algo de él.

Encontró a Fernando en el despacho, haciendo una llamada a sus padres, y, aunque su amigo estaba distraído, trató de esconder el cuaderno para que no lo viera mientras lo guardaba en su bolso. Decididamente, se sentía casi como una ladrona, pero aún sin ningún sentimiento de culpabilidad; cuántos comportamientos atípicos en ella desde que el chico llegó al hotel: emborracharse, buscarle en medio de la noche para dormir en sus brazos y acabar en los de su amigo, estar a punto de besarle en la piscina y, ahora, quedarse con su cuaderno. ¿Qué más sería capaz de hacer? Si tenía que arrasar con todo, poco a poco, hasta conseguir doblegarle, lo haría, sin preguntarse si los medios justificaban el fin. A fin de cuentas, era su táctica, desestabilizar para ir debilitando y conseguir que tuviera que apoyarse en ella; soportaría el peso de su cuerpo; es más, le encantaría poder soportarlo.

¿Y cuándo le llegó tanta decisión y estuvo tan segura? En el momento preciso en el que estuvo a un segundo de rozar su boca. Tenía dos días para conseguirlo, para tenerlo, sin querer pensar en lo que podría llegar o perder después. Fernando le estaba hablando...

—¿Has invitado a todo el mundo a la fiesta de esta noche?

—Sí... Bueno, me ha faltado comentárselo a Alberto y a Mario, se han marchado del restaurante antes de cenar. Me imagino que volverán a bajar enseguida, no sé... Encárgate tú de ellos, voy un momento a mi casa. He olvidado las pinturas para retocarme un poco después...

—Presumida... Sabes que estás guapa igual. —Escuchó que le decía, mientras cogía el bolso dispuesta a salir del despacho—. Por cierto, Raquel, ¿hay alguien especial por quien quieras ponerte más guapa? —Al ver que la chica abría la puerta sin hacerle caso, continuó—. Alguien que quizá se llame Mario... —Su amiga cerró la puerta de golpe, tratando de digerir el golpe que acababa de dirigirle Fernando, directo a su estómago, y disfrazándolo tras una de sus sonrisas de «voy a matarte en cuanto llegue a tu altura».

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir? —Se colocó frente a él con los brazos en jarras.

—Exactamente lo que he dicho. ¿Qué estaba pasando entre vosotros esta mañana en la piscina? —Fernando le mantuvo la mirada; a él no lo iba a engañar, la conocía desde que era una pequeñaja nerviosa y divertida que daba clases de canto y violonchelo en la Escuela de Música de Ratisbona; él estudiaba canto y piano.

—No lo sé... Fernando, no sé lo que me está pasando con Mario Martin. —De pronto, toda su seguridad cayó a sus pies, como si se desvistiera y se quedara desnuda ante él. Algo que, por cierto, nunca le había importado, pero sentirse abierta y vulnerable de aquella manera por algo que ni ella misma lograba entender... Sabía lo que era sentir atracción por otras personas antes, pero aquello era distinto, era una fuerza que crecía y crecía sin poder contenerse, y como tal la reconocía. Sabía que la única forma de pararla, de ponerle puertas al mar, sería saciarla, darle al



mar lo que quiere para que el agua se torne mansa—. Me siento atraída por él.

—¿Desde cuándo te gustan los chicos buenos? —Sonreía satisfecho de haber ido directo al grano; con ella, mejor no andarse por las ramas o no se llegaba a ningún puerto.

—¿Y eso que más da? Esto no hay por dónde cogerlo, es completamente impulsivo e irreflexivo. —Raquel parecía algo desorientada.

—Sí, como tú. ¿Estás bien? —Al ver cómo su amiga frotaba su frente con la mano, en un gesto de preocupación, Fernando se acercó para abrazarla—. Hey, cariño...

—Estoy bien, en serio... —Le devolvió el abrazo y, después, se apartó, alejándose hacia la puerta—. Solo necesito tranquilizarme un poco y saber qué es lo que está pasando. Voy a mi casa a descansar algo antes de la fiesta. —Le lanzó un beso con la mano desde la puerta antes de cerrarla, dejando a su amigo algo preocupado. La quería con locura, y Mario Martín parecía un hombre encantador, pero ¿sentiría lo mismo por su amiga?

No sabía cómo, pero había llegado a su casa. Espacio y tiempo se unieron para dejarla en la misma puerta. ¿Dónde tenía la cabeza? Como si no lo supiera...

Se tumbó sobre su cama, sin quitarse la chaqueta ni el bolso, sacó la libreta y la apoyó sobre la almohada, a la altura de sus ojos y sin dejar de mirarla. «¿Te abro o no te abro? ¿Te leo o no te leo?». Mentalmente deshojaba la margarita. La cogió e inspiró su aroma, la rozó con las yemas de sus dedos; todo un ritual mientras se debatía entre invadir su intimidad o continuar como hasta ahora, sin atreverse a preguntarle lo que escribía en sus cuadernos o si le gustaría dormir con ella y, entre ambas cuestiones, tratar de mantener una conversación sobre cualquier cosa que le importase.

La noche era muy larga y había una fiesta y bebida. El alcohol se convertiría en su excusa para avanzar, y la libreta, sonreía satisfecha, en el anzuelo que le llevaría hasta su cama.

## Capítulo 5: El cuaderno

No vio a Raquel en el salón donde se reunirían todos los participantes del curso. Era una especie de fiesta de despedida y, aparte de la morena, Alberto y él eran los últimos en llegar. Habían vuelto a la mesa para cenar algo tarde, y Mario se había dado cuenta de que su cuaderno no estaba en su bolsillo, así que volvió a la habitación, sin poder encontrarlo. No le dio demasiada importancia; seguro que estaría en alguna parte de la habitación o del restaurante. Lo buscaría después. No creyó que lo que allí escribía fuera del interés de nadie, y mucho menos que alguien quisiera apropiárselo. No pensó que estuviera en manos de Raquel, la única persona de quien le importaría que pudiera reconocerse en los trazos de sus dibujos. Cómo iba a imaginar que algo tan poderoso como desconocido para ambos la estaba atrayendo y empujando irremediadamente la una hacia el otro, haciendo que actuaran por y para acercarse, apartando y barriendo todo a su paso, quedándose poco a poco solo con lo imprescindible y a la espera del momento propicio para poder mostrarse.

En el salón había un piano. Fernando tocaba notas sueltas, y se detenía para explicar algo al grupito que se había formado en torno a él. Mostraba su pasión por la docencia y por la música allí donde estuviera. Alberto se dirigió al resto del grupo, sentados en los dos sofás del salón, que reían divertidos los comentarios de uno de ellos. Mario se quedó unos segundos en la entrada del salón, mirando a unos y a otros, indeciso; creía que Raquel estaría allí y, si así fuera, sabría perfectamente a qué grupo dirigirse. Al contrario, ya era suficiente por ese día, no le quedaban fuerzas para seguir reprimiendo cada una de las sensaciones que tenía al estar cerca de ella y, por primera vez en su vida, temía no poder controlar sus actos, dejar de saber hacia dónde iba y no reconocerse. Lo único que tendría que hacer para que todo siguiera igual sería evitarla en la medida de lo posible los dos días que faltaban para marcharse, pero, en cuanto creía haber tomado la decisión de hacerlo, se encontraba pensando dónde estaría o buscándola con la mirada, como en ese momento, allí parado en la puerta de ese salón, lleno de personas con las que perfectamente podría debatir sobre cualquier tema interesante o pasar un rato agradable y pensando en la única persona que no se encontraba en esa habitación y con la que apenas le salían las palabras para poder mantener una conversación. Qué complicado se le hacía lo que estaba sintiendo...

Fernando agitó el brazo para que se acercara a su grupo. Mario se sintió aliviado, mejor que le reclamaran a tener que decidir nada esa noche; en cuanto llegó hasta el piano, el maestro le resumió el tema del que hablaban: «apoyaturas».

—En una investigación reciente se ha llegado a la conclusión de que determinados elementos constitutivos de las piezas musicales, y entre ellos especialmente la apoyatura, generan la producción de dopamina en quien escucha. Esa sustancia que hace que nos sintamos bien, y que también generan la comida, el sexo o las drogas, y que provoca que queramos repetir la experiencia que la ha generado. —Los ojos de Fernando transmitían tal pasión al hablar, y el tema le resultó tan interesante, que quedó fascinado y se olvidó enseguida de sí mismo, para escucharlo —. Generalizando y resumiéndolo mucho, se puede decir que cualquier melodía, por simple que sea, contiene notas consonantes y disonantes. La aparición de esas notas disonantes se puede

clasificar de diferentes maneras y una de ellas es la apoyatura. La apoyatura se produce cuando una nota se *apoya* justo al lado de otra nota del acorde, para luego dejarse caer sobre ella, lo cual, obviamente, aumenta su presencia e intensidad. El efecto es similar a lo que ocurriría si estiráramos una goma para luego soltarla y dejarla en reposo. Escucha... —Y trataba de demostrar lo que explicaba tocando al piano—. Decíme canciones que os han emocionado especialmente en vuestra vida y veremos si tienen o no muchas apoyaturas.

—Así que una nota que se *apoya* al lado de otra para luego *dejarse caer* sobre ella... — Raquel interrumpió a su amigo, sentándose junto a él en la banqueta frente al piano—. Ummm... Suena interesante —dijo, apoyándose en Fernando, pero mirando provocadora a Mario y haciendo que todos rieran su comentario.

—Así es, graciosa, y tú lo sabes muy bien... —Después, acarició las teclas del piano mientras comenzaba a cantar *Someone Like You*, de Adele, un tema lleno de apoyaturas que le serviría como demostración; empezó en tono bajo, con una voz muy dulce, que hizo que pensarán que no podría llegar a los agudos que la canción requería, para quedarse asombrados cuando su voz alzó el vuelo y se quedó en lo más alto. Después, miró a Mario, como esperándolo, y le guiñó un ojo. La morena comenzó a cantar, acompañando a su amigo, en un tono por encima de él...

Mario no podía creer lo que estaba viendo y escuchando... «Pero ¿cómo era posible? ¿También cantaba?». Tenía que salir de allí lo antes posible o caería irremediadamente, haciendo que su corazón se golpeará y se rompiera en tantos trozos como sensaciones le transmitía. Todas y cada una de ellas, por sí mismas, eran únicas, pero unidas le daban un latido y otro más, bombeando todo ese mar por dentro de su cuerpo... En ese momento, solo sentía, escuchaba y sentía, sin poder dejar de mirarlos, sobre todo a ella... No fue la única que se emocionó, era cierta la teoría de las apoyaturas, a fin de cuentas, te sentías tan bien... pero sí que fue el único que no aplaudió cuando la canción terminó.

El otro grupo también los había rodeado para escucharlos, y estaban entusiasmados. Raquel parecía algo cohibida, Fernando la abrazaba; él también estaba emocionado, le encantaba cantar con su amiga. Lo hacían desde que eran niños y asistían juntos a clase de canto; pero en el último año la morena se había distanciado en cierta forma de todo lo que tuviera que ver con la música, aunque bien sabía él que solo era algo aparente, y que ella no dejaba de sentirla y crearla en su cabeza. Por mucho que lo callara, no podía disimular sus muchos momentos de evasión, en los cuales se encerraba en sí misma y no atendía a ningún estímulo externo. Y, aunque tratara de esconderlos, sabía que en su estudio, en su casa, tenía una caja llena de pentagramas, completamente desorganizados, pero llenos de sus creaciones... Algún día se sentaría para abrazar su chelo y se los mostraría, nota a nota... Mientras tanto, acababa de darse cuenta de la forma en que Mario miraba a Raquel, y supo que algo muy fuerte estaba sucediendo, o a punto de ocurrir, entre esas dos personas.

Raquel se sentía algo desilusionada, esperaba que a Mario le hubiera gustado escucharla cantar; pero ni siquiera estaba aplaudiendo como el resto. Parecía algo triste y desorientado entre el resto del grupo, así que, cuando le vio escabullirse entre la gente para marcharse, se levantó de la banqueta, agradeciendo los aplausos, pero tratando de darlos por terminados. El grupo se dispersó por el salón y pudo verle; estaba sentado en uno de los sofás, poniéndose hielo en una copa y agarrando la botella de... ¿tequila blue? Empezaba fuerte la noche. La morena sonrió y fue hacia él, acentuando sus andares.

—¿Esa copa es para mí? —le inquirió, cuando el chico acababa de dar un sorbo a su copa. Antes de que pudiera contestar, se sentó junto a él, quitándose la de la mano y llevándola a su boca. «Menudo atrevimiento, de nuevo al ataque. ¿En qué estará pensando para hacer estas cosas?

¿En qué va a ser, Mario? No, no puede ser...». Intentaba no darle importancia y, sobre todo, que la morena no advirtiera que estaba a punto de bajar la guardia. Se preparó otra copa igual a la que acababan de arrebatarse tan descaradamente, con movimientos lentos y pausados, tratando de que sus manos no temblaran y le delataran.

—Cantas muy bien... —soltó, apoyando de nuevo su espalda en el respaldo del sofá, tomando un sorbo de su nueva copa, mientras miraba a Raquel de soslayo. La morena parecía haberle dado una tregua, miraba la profundidad de su copa, mientras su cuerpo estaba algo inclinado hacia el de Mario—. Tocas el chelo, pintas fachadas, cuidas de los animales, estás en recepción... ¿Me dejas algo?

—Pues... —Se acercó algo más a él, para apoyar y dar énfasis a sus palabras— algo más sabré hacer. —Ahora le miraba entre pícara y divertida, se lo había puesto en bandeja—. E incluso puede que lo haga muy bien. —Eso no era un doble sentido, eso era pisar el acelerador a tope para estrellarse directamente contra la poca voluntad que le quedaba.

Mario no pudo contener una sonrisa, ¿por qué reprimir la complicidad y la alegría? Quería compartirla abiertamente con ella y giró su cabeza para mostrársela. Raquel también sonreía, nunca antes se había sentido tan correspondido como cuando sus ojos recorrieron de nuevo sus labios para después clavarse en su mirada, tanto azul dolía... Lo intentó, pero el vértigo a lo inmenso le hacía inclinarse hacia ella. La morena decía algo o, al menos, sus labios se movían.

—¿Qué te parece si nos ponemos otro tequila y me dices qué te gustaría hacer después?

OOOOOO

—Tus deseos son órdenes. —Fue la respuesta de Raquel. Se levantó del sofá y le cogió de la mano para que la siguiera.

Ahora paseaban, abrigados con gorro y bufanda, en una noche llena de estrellas; una sin poder apartar la vista de las luces del cielo, y el otro sin poder dejar de pensar en cómo acercarse un poco más, lo suficiente para poder notar su calor y que la proximidad pudiera propiciar el roce de sus manos... y de lo que tuviera que venir.

El silencio contrastaba con la atropellada sucesión de cada uno de sus pensamientos. Se estaba poniendo nerviosa y, aún más, cuando advertía que Mario estaba absorto mirando hacia lo negro. ¿Cómo dar el paso para que solo viera azul? Siempre que la situación se le escapaba de las manos y se inquietaba, cerraba los ojos y comenzaba a crear música.

—¿Estás bien? Raquel... —escuchó su voz entre las notas, la zarandeaba levemente, agarrándola por los hombros, la música se silenció, pero la voz de Mario, no—. Hey. —Abrió los ojos, la miraba algo preocupada.

—Oh, perdona... estaba imaginando algo. —Qué maravillosa vuelta a la realidad, con sus ojos tan cerca y tan abiertos a entender cualquier cosa que pudiera mostrarle. Hizo que se volviera de nuevo hacia el cielo—. Imaginaba que, con mi dedo —lo alzó—, pudiera acariciar cada una de esas estrellas y arrastrar su luz para dibujar notas blancas en ese enorme pentagrama negro. —Se volvió a mirarle—. Y que tú las vieras... —Esperó una eternidad a que Mario girara la cabeza hacia ella.

—Yo... yo... no sé música... no sabría interpretarlas... —Lo que la morena acababa de decirle le había llegado al alma, pero su timidez y su miedo hacían que se protegiera de cada gesto y de cada palabra.

—Seguro que las apuntarías en tu libreta y correrías a buscar la forma de entender cada nota... —De nuevo aparecía la altanería, era su forma de provocarlo y tratar de obtener lo que quería.

—¿Y por qué haría eso? —Sonrió con el corazón en un puño. La ola no retrocedía, sentía como si estuviera a punto de cubrirlo por completo.

—Porque sería mi regalo para ti... —Los ojos de Raquel brillaban, el reflejo de la luna sobre el mar se acercaba lentamente a los suyos—. ¿Dejarías mi regalo sin abrir?

La formulación de esa pregunta le llegó envuelta en una voz algo más ronca y sugerente. Mario la sintió como la antesala a una caricia; su cuerpo comenzaba a temblar y su respiración alterada la delataba. De una forma inconsciente humedeció sus labios con la punta de la lengua. Ver tanto mar le hacía estar sediento. Sabía que probar esa agua solo le daría más y más sed, más y más deseos de beber... Se apartó. Algo en su cabeza le hizo reaccionar en sentido opuesto. Un último aliento le aferraba al «antes de»: antes de conocerla, antes de sentir, antes de saber lo que estaba a punto de suceder... Se agarraba a quien aún creía que era. El miedo a lo que estaba por venir, a lo que podía llegar a su lado, le paralizaba.

—¿Volvemos? Tengo algo de frío. —Comenzó a caminar de vuelta al hotel, dejando a Raquel con la sensación del que está a punto de rozar lo inalcanzable y se esfuma ante sus ojos en el último momento... y dudas. ¿Seguir intentándolo o aceptar la derrota?

La vuelta hasta el hotel mostraba la inquietud que ambos respiraban. Mario caminaba ligeramente adelantado, nervioso e impaciente por llegar. A Raquel parecían pesarle más las piernas a cada paso, algo abatida, ni palabras, ni miradas, ni dibujos en el cielo que las calmara.

Antes de llegar, la morena se detuvo mientras le veía alejarse. Pensaba en qué decir para despedirse. Mario dejó de sentir sus pisadas y se volvió para esperarla. Tenerla a cierta distancia

era más fácil; no ver su ojos ni sus labios, ni oler su aroma le dejaba pensar con más claridad y creerse fuerte para afrontarla. ¡Qué quimera! Para Raquel, era el momento de tomar una decisión.

—¿Has perdido hoy algo? —lanzó la pregunta al aire, esperando que Mario la recogiera. Silencio. El receptor pensaba.

—Sí... —contestó algo sorprendido, y como si intuyera cuál sería la respuesta—. Mi libreta. —Y vio cómo Raquel comenzaba a andar, cruzando el jardín y alejándose de él.

—Si la quieres recuperar... —una última mirada lejana, había tomado una decisión— ...la tengo en mi casa. —Le dio la espalda, dejando a Mario con la boca abierta, sin saber qué hacer ni qué responder y lanzando a sus manos la pelota que contenía todas las dudas.

OOOOOO

Y ni una sola duda con respecto a lo que había estado a punto de suceder. Lo había visto en sus ojos, aun en la oscuridad de la noche; en ese destello en la mirada que distingue el deseo de la locura; en el calor de su aliento, que traía promesas de sensaciones abrumadoras; en cómo el tiempo y todo lo que lo rodeaba se detenía sin que le importara. Es más, habría vivido por y para siempre pensando que esa mujer que le cautivaba era la bruja que había atrapado a la protagonista del cuento con su magia. ¿Era esa una de las escenas por escribir durante esos días? ¿En qué parte del guion encajaba, principio o fin?

Recordó las palabras de Alberto... «Bienvenido al atrezo que ha dispuesto para ti la vida durante estos días. El guion lo tendrás que escribir tú». Hasta ese momento, no estaba seguro de haber escrito, de una forma consciente, ni una sola de las escenas vividas con ella; más bien, parecía una marioneta en manos de algún otro escritor o escritora. Eso tenía que cambiar, uno de los personajes principales se iba a revelar... él misma escribiría cada letra, palabra, entonación que conformara la siguiente escena.

No sabía el tiempo que llevaba allí parado, mirando el lugar por donde había desaparecido la morena. Veía su casa a lo lejos, las luces encendidas; sintió que no solo los pensamientos le tenían paralizado, también el frío le había calado hasta los huesos. Se imaginó con una enorme taza de leche caliente en sus manos y sentado frente a la chimenea, que, por el humo, veía que Raquel acababa de encender y... con ella a su lado. No quiso continuar imaginando y comenzó a caminar en dirección a su casa.

Los pasos eran suyos, de eso estaba seguro... Recordó su libreta y cómo Raquel lo había retado para que fuera a buscarla; le sorprendió que en ningún momento hubiera pensado en ese cuaderno mientras tomaba la decisión de ir hasta su puerta. ¿Por qué Raquel lo tenía en su casa y no se lo había devuelto en el hotel? ¿Dónde lo encontró? Seguro que habría una explicación, pero si así era... ¿por qué volvía a tener la sensación de que unos hilos le llevaban y le empujaban hacia esa casa?

Golpeó suavemente en la puerta principal... Raquel abrió, no parecía sorprendida de verle allí, sonreía satisfecha. Lo invitó a entrar con un gesto de su mano, mientras cerraba la puerta tras de sí, y Mario sentía que ya no habría marcha atrás. En ese preciso instante, tuvo la certeza de haber sido atrapado en su trampa.

—¿Vienes a por tu libreta? —Aún no se había dado la vuelta para mirarlo y ya intentaba preparar a su presa. Mario se colocó frente a la chimenea.

—No... —Comenzó a quitarse la bufanda, el gorro, el abrigo, mientras la morena no dejaba de mirarlo, esperando su respuesta; por fin terminó y le entregó las prendas mientras sonreía—. Vengo a por un vaso de leche calentita. —Parecía una niño que suplicara, haciendo que a Raquel se le cayeran a los pies todas sus armas.

—Ehm... claro. Siéntate. —Se alejó, desconcertada, para colocar el abrigo de Mario en el perchero de pie de la entrada. De todas las posibilidades, nunca imaginó que se presentaría en su casa con aquel pretexto, porque no podía creer que solo quisiera un vaso de leche; demasiado simple para ser cierto.

Mario se acomodó en el sofá, mientras la seguía en cada uno de sus movimientos; la cocina era una parte más de la habitación, delimitada por una especie de barra o isla, mientras que la habitación apenas estaba separada del resto por un biombo de madera pintado de azul. Ese color siempre le recordaría a ella. Todos los muebles eran de madera pintada de distintos colores, las paredes mantenían tonos neutrales, blancos rotos; parecía buscado a propósito para que los

lienzos que colgaban de las paredes hicieran mayor contraste; solo había tres puertas: la principal, otra que suponía daba al cuarto de baño y una tercera.

Lo agradable del lugar, el calor del fuego y la comodidad del sofá le hacían sentirse a gusto y tranquilo, a pesar de saber con quién estaba y de todo lo que le provocaba. No quería pelear, ni seguir levantando más capas entre ellos con disimulos, malentendidos, palabras no dichas, deseos ocultos... no la oyó acercarse; miraba hacia el fuego cuando sintió que se sentaba a su lado y le ofrecía el vaso de leche con un sobre de azúcar.

—¿Tú no tomas? —le preguntó, dando un primer sorbo, mientras agarraba el vaso con ambas manos, dejando levemente mojado de blanco su labio superior.

—Leche... solo con el café de la mañana. —Raquel lo miraba de reajo, mientras se descalzaba y encogía sus piernas, acomodándose sobre el sofá, tratando de no molestarlo. Disfrutaba viéndole tan relajada y quería conseguir que se quedara con ella el mayor tiempo posible. Quizá la forma de conseguirlo fuera no diciendo nada; no sería difícil, qué decir en un momento tan inesperado, tan íntimo y hogareño. Olor a leña quemada, a leche caliente y a Mario —. Tienes... —Le señaló el labio para indicarle que lo tenía manchado. El chico sonrió, y se limpió con los dedos de la mano. Parecía hipnotizado por las llamas del fuego, así que cogió un cojín para apoyar la cabeza sobre el respaldo del sofá y se dedicó a observar su perfil: la suave caída de sus párpados; sus labios, con esa capacidad de llamar a los suyos, sin que Mario quisiera advertirlo; la curva de su mandíbula, desde donde poder desprenderse para caer hacia su cuello... Sus mejillas comenzaban a tornarse rojas, no sabía si por efecto del calor del fuego o porque intuía su mirada y le avergonzaba.

—Mario... —Esa voz sugerente, ronca, ya la había escuchado esa misma noche, pensó, poniendo en guardia las defensas que le quedaban— ¿Tienes calor? —Raquel le miraba de una forma... ¿cómo tenía esa capacidad de transmitir sus emociones y no temer quedar expuesta y derrotada? Seguramente porque estaba acostumbrada a vencer, a coger lo que quería y llevárselo consigo.

—Un poco... —Sonrió incómodo—. Creo que me voy a quitar la camisa y quedarme en camiseta interior, si no te importa...

—Para nada... —Se estaba divirtiendo de lo lindo—. Yo haría lo mismo si no fuera porque... —imprimió cierto suspense a sus palabras, lo que hizo que Mario no tuviera más remedio que mirarla aguardando la respuesta— no llevo camiseta interior. —Notó la dificultad del chico para tragar, como si se le hubiera secado la garganta; pensó en lo fácil que sería ayudarlo, poner remedio a esa carencia, tan solo tendría que acercarse un poco y tomar su boca para dejar que se llenara y se saciara.

OOOOOO



Pero no lo hizo. Aún tenía cierto autocontrol sobre sus instintos y algo le decía que, si rozaba la boca de Mario, podría perderlo. Quería jugar y jugar a retarlo de todas las formas que surgieran hasta verle rendido, que acercarse a su boca fuera tan necesario para él como estaba comenzando a serlo para ella; el plan era no dejarle marchar esa noche, que las paredes de aquella casa no fueran más que el cobijo previo a lo que encontraría entre sus brazos; encerrado entre muros de piedra y madera, amarrado a sus labios y a su piel.

Verle quitándose el jersey, tan de andar por casa, con una camiseta gris clara de manga corta algo ceñida, y sin atreverse a mantenerle la mirada le parecía el mejor de los comienzos. Y empezó por perseguir con la mirada las líneas curvas y ramificadas que formaban sus venas y que su piel tan blanca le permitía ver, desde sus manos hasta esconderse tras la camiseta para continuar asomando cerca de su cuello; detuvo el recorrido, absorta en lo ajustado de la camiseta sobre sus músculos y en la combinación con su piel y sus lunares; de lo sensual pasó a lo hipnótico de sus labios. En ese momento, Mario volvió su cabeza para mirarla y la ola rozó la orilla, acariciándola, en calma; aunque la presión, la fuerza y el eco en sus entrañas rugieran y bramaran por hacerla crecer y arrasar todo cuando encontrara.

Dolía. Contener tanta mar se le hacía cada vez más difícil de conseguir. Sentía que comenzaba a resquebrajarse y, por más que intentara poner remiendos a las grietas, el agua salía a chorros; absurdo enmascarar el deseo frente a quien lo provoca. Mario lo vio, tan claro, tan avasallador, tan fascinante que le era imposible no dejarse atraer; anularse, dejar de ser... para ser de ella. Tan poderoso que detenía el tiempo, apagaba las dudas y esfumaba el miedo.

Un breve gesto de Mario le indicó que quería acercarse a su boca, suficiente para olvidar que pretendía jugar a estirar el deseo. Ahora solo pensaba en satisfacerlo; probarlo y saborearlo hasta que supiera lo que era perder el control sobre su cuerpo y que voluntariamente le pidiera perderlo. Lentamente, inclinó su cabeza, mientras su mirada pasaba de sus ojos a su boca, de su boca a sus ojos, se aproximaba y le esperaba. Cerraron los ojos, aturdidos por cuanto sentían, concentrando todo en sus bocas, para darlo y tomarlo.

Rozar sus labios y respirar de nuevo, con sus pulmones y el aire de Raquel; retener ese olor que le eriza el vello de la piel, volviendo su mundo del revés, confundiendo su aliento con el de ella. Permanecer en la suavidad de sus labios, en su calor, en su sabor... Todo un mundo por descubrir tan solo con su boca. Cuántos firmamentos podría traer el resto de su cuerpo. Estaba dispuesto a la aventura y el descubrimiento de cualquier estrella o planeta dentro de aquel hermoso universo. La saliva de su boca le hacía creer más que nunca en su fuerza para adentrarse en lo desconocido, pero, en cuanto Raquel le acarició con su lengua, Mario pasó de querer ser conquistador a desear dejarse conquistar; como si la morena estuviera absorbiendo toda su fuerza con aquel beso, buscando su propia lengua para debilitarlo aún más, con su roce, su movimiento y su firmeza. Gimió, el placer que sentía con el beso lo estaba doblegando, lo que hizo que la excitación de Raquel aumentara. Ni podía ni quería parar. Puso la mano en su cabeza; quería que ese beso nunca terminara, dejar su lengua enredada a la suya y profundizar... Los jadeos de ambos eran signos de aquello que salía de sus entrañas buscando ensamblarse como dos hermosas piezas dentro de un juego tan excitante como inesperado.

Necesitaba respirar por sí misma. Detuvo su avance lo suficiente y necesario para que sus ojos se encontraran de nuevo. Ya no se miraban como antes; ahora se reconocían como parte de un mismo deseo. En ese momento, se permitían mostrarlo y afirmarlo a cada paso, y el siguiente no fue otro que volver a su boca, combatiendo su fuerza a mordiscos, mezclados con besos, y

arribando en su cuello.

Le tenía, ya le tenía... encaramado a su cuello y abatido a besos; le dejó hacer mientras dirigía sus manos hacia el vientre de Mario y a los botones de su pantalón. Los desabrochó despacio y bajó la cremallera. El profundo suspiro del rubio en su oído le indicó el camino. Se inclinó lentamente sobre él, haciendo que tuviera que echarse hacia atrás en el sofá hasta terminar tumbados, colocando una de sus piernas entre las de Mario, que se había desprendido de su cuello, y la observaba. Ahora, el sonrosado de sus mejillas era una muestra inequívoca del mar de sensaciones que le invadía, y el indescifrable brillo de sus ojos una mezcla quizá de deseo y algo de miedo, pensó Raquel, convencida de que, si era el caso, le haría olvidarlo a besos y sin entender aún que un deseo tan intenso puede hacer huir.

Mario se estremecía y temblaba, no obedecía más ley que la del cuerpo que lo arropaba y que con movimientos acompasados se acoplaba al suyo, mientras mordía su clavícula, introduciendo sus manos en su camiseta y arrastrándola a su paso hasta la altura del pecho; su respiración agitada se fundió con un quejido interminable cuando su lengua se clavó en uno de sus pezones, arrastrando su dureza y la suavidad mientras lo presionaba levemente con su mano; después, subió de nuevo hasta su cuello a bocados, exasperada por la molestia de la ropa, y quitándole la prenda.

Mario no pudo contenerse más y se alzó sobre ella para tirar de su vestido y dejarla en ropa interior y medias. Nunca había deseado tanto a una mujer y, de pronto, todo el deseo se concentraba en ella; tanto que le asustaba. Temió dejarse arrastrar por esa fuerza que le nacía de lo más primitivo y emocional; abandonarse, temiendo no poder volver a encontrarse, sin saber a qué puerto la llevaría aquella mar y temiendo no saber satisfacerla. Se encogió sobre sí mismo ante la mirada atónita de Raquel. No sabía qué había hecho mal, Mario parecía querer lo mismo que ella y de pronto...

—Raquel... —Agarró una de sus manos entre las suyas, tratando de detenerla—. Perdona, yo no... no... —No sabía cómo decirle que nunca había sentido un deseo tan intenso y que le asustaba, pero no quería ofenderla ni hacerle daño con palabras torpes. La morena parecía tranquila, solo sus pupilas dilatadas y el movimiento acelerado de su respiración la delataban; por un momento, percibió cierta decepción o desilusión, mientras se incorporaba de entre sus piernas para apartarse de él. Se colocó al otro extremo del sofá, no sin antes recoger la camiseta y devolvérsela. Tocaba desavanzar. Guardó silencio, esperando una explicación que no llegaba. Mario parecía aturdido, sin saber qué decir ni qué hacer.

—Tranquilo... —Trató de quitar tensión al momento—. ¿Quieres otro vaso de leche caliente? —Y levantó su ceja a la vez que sonreía—. Te sienta genial... Creo que hasta yo me tomaré otro. —Al ver que el chico le devolvía la sonrisa, Raquel se levantó y se fue hacia su habitación, tras el biombo, dejándole con todas sus dudas acompañándolo en el sofá. No podía moverse de ahí, y sabía que lo mejor sería marcharse. Si de veras quería huir de lo que había estado a punto de suceder... La imaginó terminando de desnudarse para cambiarse; deseó correr tras ella a su habitación, llevarla hasta su cama, perdiendo la cordura en su boca, sin más razón que la locura de su aroma, con solo pensarlo le faltaba el aliento... Cierta presión en el pecho, de nuevo el miedo, ahora daba paso al pánico.

Raquel escuchó un portazo y lo supo. Cerró los ojos queriendo negar lo que estaba a punto de ver como cierto. Mario ya no estaba en el sofá ni en el resto del salón. Se había marchado. Fue hacia la puerta apresuradamente y, al abrirla, pudo verle atravesando el jardín en dirección al hotel, corriendo como si le fuera la vida en ello.

Volvió a su habitación y se tumbó en la cama. No sabía cómo se sentía, nunca antes nadie la había rechazado o se había apartado de sus besos; aún tenía su sabor en la boca y su olor marcado

en su propia piel... Impotencia por no haber podido hacerle comprender tantas cosas, en nombre del placer, de la piel, de un suspiro. ¿Cómo era posible que Mario hubiera huido de lo nunca vivido? Quería comprenderlo, pero no había querido explicarle. Solo tenía su libreta y él se lo había buscado; si para conocerle y poder entrar en su mundo era necesario traspasar los límites de su intimidad, no podría impedirselo. Él no estaba, pero tenía su cuaderno. Lo sacó del cajón de su mesita de noche y lo abrió como el que consigue traspasar las enormes puertas de un castillo encantado.

OOOOOO

Y encantada estaba dentro de aquel reino de suelos enletrados y casas dibujadas sobre fondos blancos, a caballo de leyendas, historias y poemas... Aquella libreta era puro arte: la forma de escribir, los dibujos. Habría podido sentir admiración por la persona a quien perteneciera aun sin conocerla, pero sabía quién era el autor de tanta magia y, además, se sentía atraída por él. ¿Cuál solía ser el resultado de unir admiración y atracción hacia una persona? Mejor no preguntarse tanto, ni responderse. Mario acababa de salir corriendo de su casa.

Siguió pasando hoja tras hoja; primero una vista rápida para después detenerse en lo que más llamaba su atención; esbozos que iban formando el dibujo definitivo, las manos curtidas de un hombre de campo, la rueda de un viejo molino, casas de pueblo con sus tejados, la biblioteca y sus líneas minimalistas. Todo parecía estar plasmado en aquellos pequeños folios blancos... hasta ella y su violonchelo. Se reconoció a la primera; imposible no hacerlo, sus brazos, sus ojos. Cuánta emoción contenida en aquellos trazos, pareciera estar aguardándola para desbordarse y que la absorbiera. Se estaba viendo a través de sus ojos, pensar que la había estado observando para poder dibujar las líneas de sus brazos o el iris de sus ojos... Tantas sensaciones le oprimían el pecho, necesitaba respirar.

Miró el reloj. Las doce y media. Era pronto, y seguro que la fiesta continuaba en el salón del hotel. Quería salir de su habitación y de aquella libreta embrujada que le hacía pensar aún más en su autor. No podría dormir a menos que agotara su cuerpo a base de brazadas en la piscina. Se puso un bañador y ropa deportiva. Trataría de no cruzarse con nadie, no tenía ganas de aguantar a gente con alguna copa de más, ni siquiera a Fernando. Cruzó el parque mirando hacia la ventana de la habitación donde sabía que Mario podría estar; la luz estaba encendida y, por un breve instante, le pareció que alguien la observaba desde allí. Estaba segura, estaría encerrado en su torre, tratando de protegerse de la bruja malvada que pretendía llevarlo a lugares oscuros para despojarle de ropas y hasta de su piel. Y cuánta razón tenía; si no hubiera salido corriendo de su casa, se habría pasado la noche intentando apoderarse de cada parte de su cuerpo.

El comportamiento del chico le parecía muy inmaduro y le indignaba. Huir de esa manera, después de haberle devuelto los besos. ¿Hacia qué dirección tendría que dar el siguiente paso? ¿Atacar de nuevo, esperar en la retaguardia o simplemente dejarlo estar? ¿Tener paciencia con él o perderle por completo?

Acababa de llegar a la piscina y se estaba desvistiendo, cuando el teléfono que colgaba en la pared cercana a los vestuarios sonó. Le resultó muy extraño, nadie sabía que estuviera allí, a no ser... Descolgó.

—Hola. —Su voz—. He visto que ibas en dirección a la piscina y... bueno, yo... —Silencio. Qué dulce e inseguro. Si le tuviera delante, no lo dejaría terminar de hablar. Le agarraría y le callaría con su boca. Tenía que intentar controlarse o Mario correría aún más rápido, lejos de ella —. Quería disculparme contigo.

—¿Por qué? —No podía evitarlo, le nacía provocarle.

—Bueno... es evidente... yo no tendría que haberme marchado de tu casa de esa manera...

—Sales corriendo... y ahora te disculpas por teléfono—. Había elegido ser una cobarde, no le quedaba otra que tratar de tirar y tirar de la goma elástica hasta que uno de las dos soltara o se quebrara, haciendo que ambos besaran el suelo.

—Es que... yo... ehm... —Le costaba encontrar una justificación a su forma de comportarse. No entendía por qué iba hacia adelante y hacia atrás, no sabía si avanzar era lo correcto y retroceder lo equivocado; si cumplir sus deseos le traería calma o aún más locura. No era fácil

poder percibir un poco de luz tras la bruma que le atraía hacia su abismo.

—Ven a la piscina, te espero. Ah... y ponte bañador. —Y, sin esperar respuesta, colgó el auricular. Se quedó dudando un momento. Había sido algo brusca y podía causar el efecto contrario al que deseaba, tener a Mario otra vez frente a ella. Se tiró de cabeza al agua y comenzó a nadar con todas sus fuerzas. Necesita desfogar tanta tensión contenida antes de que el rubio bajara... si es que lo hacía.

Apenas si había hecho unos largos cuando se sintió observada; Fernando, Alberto y otros dos chicos del grupo se estaban quitando la ropa con gestos algo torpes para quedarse en calzoncillos. Entre risas y desequilibrios, llegaron al bordillo y se tiraron sin dudarlo. Raquel los observaba desde el extremo opuesto; en cuanto tuviera oportunidad, ahogaría lentamente a su amigo. Quería estar a solas con Mario y no con dos pares de borrachos más a su alrededor. Pero no podía hacer nada, solo intentar seguir nadando sin que la interrumpieran. Se dio cuenta de que uno de ellos ya había comenzado a bucear hacia donde ella se encontraba. Era Alberto. Comenzó a nadar a crol para pasar rápido por su lado; apenas si se habían dirigido la palabra desde aquella noche en que durmieron juntos como resultado de la borrachera de Raquel, así que quería evitar malentendidos a costa de las copas de más que le tocaba a él llevar encima; pero Alberto no parecía pensar lo mismo. La agarró por la cintura cuando llegó a su altura, haciéndola parar de golpe. Sonreía orgulloso de haberla atrapado, tenía ganas de jugar. La pegó todo lo que pudo a su cuerpo mientras Raquel trataba de zafarse de forma suave y sin dar un espectáculo. Le seguía la corriente, pensando que dejaría enseguida su juego y la soltaría para continuar nadando, pero Alberto no parecía estar dispuesto a dejarla ir; quería su recompensa.

Estaba a punto de darle un empujón o de apretarle con todas sus fuerzas lo que le colgaba de la entrepierna, cuando vio que Mario entraba en la piscina; deseó que fuera el que quisiera estar entre sus brazos y, en lugar de eso, se había pasado el día alejándose de ella y de sus besos. Quiso demostrarle todo y nada, devolverle el rechazo, que viera lo que se perdía y que podía tener otros labios. Acercó su boca a la de Alberto, pero, de alguna forma, se arrepintió y desvió su cara para abrazarlo; sabía que, si lo hacía por despecho, de nada valdría, y todos podrían salir perdiendo. En otras circunstancias y con otras personas, no le habría importado jugar, pero lo que fuera que sintiera por Mario no se lo permitía. Se las arregló para escabullirse del chico, por el momento...

—Alberto, mira... Mario está ahí, ve a por él, que nade con nosotros. —Alberto comenzó a llamar a su amigo a gritos, mientras que el resto del grupo lo imitaba. Todos coreaban su nombre, mientras el chico reía moviendo la cabeza, resignado; se quitó el albornoz y se tiró a la piscina entre aplausos y aullidos. Raquel observaba la escena sonriendo; no podía dejar de mirarle y esperarle.

Pero Mario no parecía estar dispuesto a acercarse a la morena. Eso sí, no dejaba de mirarla disimuladamente mientras atendía a los reclamos de su amigo; Alberto la llevaba en sus hombros o agarrada a su cuello, mientras le sumergía la cabeza en el agua una y otra vez, entre bromas y arrumacos. Al principio, a Mario le parecieron escenas muy tiernas, pero, poco a poco, la sonrisa se le fue desdibujando. Costaba mirarlos sin sentir esa punzada en su pecho, viéndola tan cariñosa y entregada a otros brazos. Comenzó a nadar y nadar hasta agotarse para no pensar.

Cuando ya parecía haber perdido la noción del tiempo y casi la fuerza de su cuerpo, alguien le paró. Era Fernando. La respiración agitada y el corazón a trote en su pecho; estaba agotado, era lo que quería. Alzó lo suficiente la cabeza como para darse cuenta de que todos le miraban. Raquel había dejado los juegos con su compañero y parecía esperar fuera de la piscina con una toalla. ¿Era para él? Fernando le soltó para que subiera las escalerillas y se dejara envolver por aquella toalla y por su mirada preocupada; el azul de sus ojos pareciera espesarse para volverse más

oscuro, como si los cubriera un imperceptible velo para enturbiarlos. Se dejó llevar hasta una tumbona, se tendió aliviado, mientras Raquel se sentaba en la tumbona de al lado, sin dejar de mirarle.

—¿Estás bien? —La inquietud se reflejaba también en su voz.

—Sí, solo algo cansado, gracias... Puedes volver a la piscina con Alberto. —No quería mostrarse de una forma tan evidente. ¿O sí? Desde luego, había resultado obvio cierto tono de reproche en esa última frase.

—Prefiero quedarme aquí. —El velo en los ojos de Raquel iba desapareciendo—. Si no te importa... —Se atrevió a sonreír levemente, lo suficiente para que sintiera que se volvía a descontrolar el ritmo de su respiración; los párpados le pesaban, sí que había llevado su cuerpo al agotamiento forzándolo de aquella manera, después de las copas y el cúmulo de emociones vividas esa noche. No quería dormirse, ahora que la tenía a su lado y pendiente de él, pero su naturaleza era desobediente. Sintió que agarraba su mano y le susurraba—. Duerme. —Y soñó que sus labios traían calor a los suyos en el último eslabón de consciencia justo antes de entrar o penetrar en ese otro mundo donde perdemos de vista la cadena, sin saber a dónde nos llevará su continuidad ni en qué parte del lienzo de Dalí aparecerá de vuelta a la realidad.

Y la realidad tiraba para traerle de vuelta. Unas manos acariciaban su pelo mientras el calor de un cuerpo abrigaba su espalda y sus piernas. Abrió los ojos lentamente, asomando a su habitación, a su cama, a unas caricias y a la calidez. Intentó adivinar de quién se trataba, sin verla y se dejó hacer. Siguió haciéndose el dormido y colocó un brazo lentamente sobre la cadera que se acoplaba a la suya. No tocaba piel, solo ropa; de esa manera, no podría adivinar y no quería descubrirse. Que le supiera despierto sin haber decidido qué hacer con su acompañante. «Ya lo tengo», pensó, mientras las caricias a su pelo se hacían intensas y las piernas se enredaban con más fuerza a las suyas. Empujó hacia atrás con su espalda, buscando el contacto con su torso y sintiendo sus pechos apretándose mientras se acoplaba y agarraba la mano que había dejado caer en su cadera. Sin duda, tenía que ser ella...

—Raquel... —susurró, mientras se volvía lentamente para confirmar sus premisas.

## Capítulo 6: Esbozo de un desnudo

Era más fácil verla a media luz. La habitación apenas iluminada por una pequeña lámpara en la mesita de noche; no era cuestión de ver con nitidez, sino de poner a prueba cada uno de los sentidos, de sentir con claridad... La penumbra ayudaba a mitigar la timidez y su olor le embriagaba, la química del dolor y el placer navegando por su cuerpo e impulsada por la ola que se le venía encima. La mar le envolvía y le llevaba. ¿Para qué luchar contra lo inevitable?

Habría sido el momento perfecto para aprenderse cada línea de su cuerpo y guardarlo en su memoria, para poder evocarla una y otra vez y tratar de dibujarla... Un desnudo a carboncillo en su libreta, para después plasmarla sobre un lienzo y tratar de encontrar el color exacto de su piel, tal y como lo estaba viendo. Ardua tarea en la que no le importaría pasar las horas y los días; el acto creativo tenía mucho de obsesión y de pasión, por algo o por alguien, y él lo sabía.

Esperaba no volver a estropear el momento; desde luego, no pensaba salir corriendo, entre otras cosas porque la morena, tumbada a su lado y en penumbra, no parecía ser una amenaza. No contaba con esa forma en que su cuerpo la llamaba, aún en completa calma, y cómo la atraía a su proximidad, a su roce, a aspirar su olor.

No sabía muy bien qué hacer. Desde que la había conocido no podía decidirse por nada, todo eran contradicciones e inseguridades. ¡Estaba hecho un lío y hartó!. Sentía su cuerpo en tensión por la lucha entre lo que creía que tenía que hacer y lo que realmente deseaba... como acercarse y acariciar su pelo aún húmedo. Se preocupó; tendría que habérselo dejado envuelto en una toalla, podría tener frío. Se acercó para arroparla bien, mientras se cubría a sí mismo, y ahí estaban su aroma y el calor que desprendía su cuerpo. No podía evitarlo... o no quería. Ya daba igual. Se fue pegando a ella con cada impulso de su corazón, la mano a su pelo, las piernas enredadas a las suyas. Raquel comenzó a moverse para acoplarse a su cuerpo; la mano en su cadera, su espalda acercándose a su pecho. Mario acompañó sus movimientos, mano sobre mano, atrapó sus dedos. Notó cómo la morena se daba poco a poco la vuelta para encontrarle y cerró los ojos. ¿Un último vestigio de timidez o de miedo? Duró apenas segundos, los que necesitó Raquel para decidirse a acercar su cara a la suya y quedarse allí, notando su respiración acelerada, su aliento cálido y su boca tan cerca... Entornó los ojos y lo supo, estaba total e irremediabilmente atrapado por sus instintos y su razón no era otra que la de aquella boca que la esperaba. Se atrevió a mirar sus ojos y, de nuevo, ese inmenso dolor placentero abarcando todo su cuerpo. Dejó escapar un breve suspiro al notar cómo la morena se apretaba más y más contra él, sin dejar de mirarla.

—¿No estás cansado? —le preguntó, sin saber de dónde había salido su voz ni para qué hablaba, si lo único que tenía en mente era perderse en su cuerpo.

—Sí... Cansado de huir —Rozó con los dedos sus labios, la línea de su mandíbula, bajando por su cuello, dibujando su clavícula y llegando hasta la obertura de su pecho. Sus ojos seguían el recorrido de sus dedos—. Cansado de que salir corriendo. —Volvió a mirarla, buscando el permiso para lo que estaba a punto de hacer: desabrochar lentamente cada uno de los botones que encontraba a su paso, rozando la piel que encontraba en el camino. Raquel había vuelto a cerrar los ojos como si su cuerpo, en ese momento, pidiera concentrar todos los sentidos en el tacto. Temblaba, le faltaba la respiración, necesitaba de su boca para poder recobrar su aliento o

perderlo por completo—. Cansado de... —dudó un momento si continuar con lo que estaba a punto de decir—. ...de desearte y no poder tenerte. —Apartó la tela del pijama de Raquel lo suficiente para entrever sus pechos y sentir una punzada entre sus piernas.

—Raquel... —Mario no podía más. Agarró el pijama de Raquel y lo subió con rapidez, forzando que la morena tuviera que quitárselo como si fuera un jersey y quedando con su torso desnudo—. Cállate. —Tapó su boca con la suya. Ya conocía su sabor, pero quería descubrirlo de nuevo, degustarlo; el deseo, contenido durante días, desbordado en ese preciso momento y durante todos los minutos que le quedaran a la noche, porque no iba a dejar de colmarlo una y otra vez. Quería amarla como nunca antes la hubieran amado, conquistar lugares de su cuerpo aún sin descubrir, pero mucho más fácil sería para Raquel, capaz de derrotarle con un beso que nunca terminaba. Cuando parecía que iba a ponerle fin, volvía a comenzar, mientras le arrebatava el pantalón del pijama y empujaba el suyo hacia abajo para colocarse sobre su cuerpo y hacerlo gemir solo con su roce. Raquel le miraba, quería saber si sus caricias causaban el efecto deseado, haría lo que hiciera falta para saciar su sed; en sus ojos había entrega, pasión, delirio y algo más que no alcanzaba a descifrar... Y, sin embargo, estaba convencida que ese algo era lo que la diferenciaba del resto. Mario le sonrió. La vergüenza había desaparecido, dando paso a la complicidad de querer quedarse en su mirada; pero su piel la llamaba; su pierna, colocada firme entre las del chico, notaba el calor y la excitación y, sin dejar de mirarla, apartó un poco la tela de sus bragas para acariciar con sus dedos y, de nuevo, besarla entre los jadeos de ambos. Quería que durara para siempre y, a la vez, terminar, llegar al máximo, para volver a empezar esa espiral de placer en la que quería quedarse con ella.

—Raquel... —le susurró, pegado a sus labios mientras su mano se movía con vigor entre sus bragas—. Me encanta. —sabía que estaba a punto de llegar al clímax. Despacio, muy despacio, la penetró y volvió a poner todo el peso de su cuerpo sobre ella, acelerando el ritmo, mientras mordía su cuello y notaba que ella también llegaba, compenetrada a su cuerpo, a sus gemidos, a su sabor y a sus besos.

Se quedó sobre ella, sus pechos parecían batirse en duelo de respiraciones, sintiendo el ritmo de sus corazones. En el aire, un olor diferente, con la esencia de cada uno de ellos, combinada con sexo, sudor, saliva, deseo y calma... pero no una calma que trajera quietud, sino la calma tras la tormenta o la que precede a la tempestad. Esa que trae los vientos que alzan las olas grandes, imponentes y hermosas... como Raquel.

Y no podía dejar de acariciar su pelo, que ahora cubría y rozaba parte de su mejilla, mientras con la otra mano tocaba su espalda bajando hacia sus nalgas, fuertes y tersas, apretándola contra su pelvis y sintiendo de nuevo ese calor que le llevaba directo hacia el cielo, o el paraíso o lo que fuera. Nunca lo había sentido tan cerca como esa noche y jamás pensó que lo fuera a encontrar en una cama y en brazos de una mujer tan increíble... que de nuevo le volvía loco con su lengua y sus movimientos sobre él.

OOOOOO

La buscó entre sueños, pero no la encontraba.

Le costaba horrores abrir los párpados; palpó con su mano las sábanas por el lado donde tendría que estar ella. Nada, no le quedaba otra que intentar abrir los ojos... La luz entraba por el amplio ventanal desde el que hace unos días espiaba a Raquel y la veía durmiendo en la cama



donde él ahora despertaba.

Qué cosas tenía la vida; o puede que estuviera todo preparado en algún lugar del universo para que sus energías confluyeran en ese mismo tiempo y espacio. ¿Desde cuándo creía él en esas teorías? Aunque, bien pensando, muchos de sus esquemas se estaban derrumbando a causa de una morena. «¡Dios!». Se tapó la cara con ambas manos. Comenzaba a recordar detalles de lo que había sucedido durante la noche, y el calor subió a sus mejillas mientras una sonrisa aparecía en sus labios pretendiendo quedarse. Su olor estaba en sus manos. Se mordió el labio recordando su vientre, sus piernas, la locura de sus labios... Alzó la cabeza y apoyó los codos en el colchón para incorporarse. Estaba desnudo bajo el edredón de plumas.

Miró en derredor y trató de concentrarse, para ver si escuchaba algún ruido dentro de la casa que le indicara si ella estaba cerca. Silencio. Miró el reloj que había sobre la mesita de noche: casi media mañana.

—¿Y ahora qué hago? —se preguntó en voz alta. Salió de la cama buscando la ropa que llevaba puesta antes de que Raquel se lo quitara de aquella manera tan... De nuevo, la sonrisa. Mejor no intentar encontrar las palabras, tendría que acudir a los recuerdos y desmenuzarlos, algo que le resultaba imposible sin que su cuerpo reaccionara. Y la morena no estaba para poder calmar ese deseo que le nacía de las entrañas—. ¿Dónde estará? —seguía hablando en voz alta mientras salía hacia el salón con los brazos en jarras. De pronto, sintió un agujonazo en el estómago al pensar si no se habría arrepentido de lo sucedido y por eso no había querido despertar junto a él, para no tener que verlo ni hablarle. De nuevo, la inseguridad.

Si Raquel aparecía, no sabría qué decirle ni cómo comportarse, lo que le recordó que apenas la conocía y que, si no volviera a verla, tendría más detalles de su cuerpo y de su piel que de quién era. Sintió inquietud. Tenía que pensar y llegar a un acuerdo consigo mismo antes de volver a verla. Al día siguiente se marchaba de aquel hotel y de su vida... mejor no seguir con ese juego o lo que estuvieran haciendo. Empezaba a sentir cierta adicción a las sensaciones y emociones que le despertaba y no le importaba abusar de esa droga durante un día y una noche más, que corriera por su cuerpo hasta perderse, aunque después de marcharse tendría que volver a encontrarse y eso sí lo asustaba.

Algo le decía que ya nada sería igual.

De nuevo, el pánico. Se vistió deprisa, temiendo que la morena apareciera en cualquier momento; se dirigió hacia el ventanal de la habitación. Ni siquiera iba a salir por la puerta, no quería que le vieran. Justo antes de volver a correr, miró hacia la cama. Aún no se había marchado y ya el anhelo se le clavaba en el alma.

Conforme se acercaba al hotel, mirando con disimulo en todas direcciones, comenzó a escuchar esa forma de hacer música inconfundible de su chelo y recordó que Fernando le había pedido que volviera a tocarlo en su última clase y a él que asistiera. Lo había olvidado. Eso decía algo de Raquel. Cumplía con su palabra, a pesar de que se habría despertado agotada. Ahí estaba, tocando en la clase de su amigo; quizá esa fuera la única razón por la que no estaba a su lado al despertar.

Se acercó hacia su música y se quedó a verla tocar tras la cristalera.

Qué hermosa era, incluso con las ojeras marcadas por el cansancio y qué capacidad de abstraerse de lo que la rodeaba y fundirse con su instrumento. Podría estar todo el día mirándola completamente ensimismado. Fue a apoyarse en el cristal y ¡plaffff! No había cristal, justo ese ventanal estaba abierto.

Mario dio de bruces contra el suelo, acompañando la caída con un enorme grito.

La música cesó y, sin atreverse a levantar la mirada del suelo, se dio cuenta que alguien

llegaba a su lado y le preguntaba si se encontraba bien. Él solo pensaba «por favor, que nadie me mire». Se levantó como si nada, con las orejas completamente rojas, sacudiéndose la ropa, y, levantando la mano a modo de disculpa, se dio media vuelta para escapar de todas aquellas miradas entre sorprendidas y divertidas... no sin antes darse cuenta de que Raquel se cubría la boca con la palma de su mano, tratando de contener su risa, y le miraba con esa picardía que le derretía.

No paraba de resoplar, pensando en el ridículo que acababa de hacer, cuando vio que Alberto iba tras él. Se dio la vuelta para esperarlo, porque lo único que quería era esconderse tras él mientras escuchaba las carcajadas de su amigo.

Al tenerlo tan cerca, recordó que lo había engañado. Había pasado la noche con la mujer que le traía loco desde que llegaron a ese hotel y ni tan siquiera le había podido confesar que a él también le atraía. Le cogió por los hombros, no sin antes darle un beso en la frente. Lo quería con locura, y había llegado el momento de sincerarse con él, contarle lo sucedido y atenerse a las consecuencias. Primero era su amigo... aunque la noche anterior, mientras Raquel le abrazaba, ni lo recordara. Otro de los motivos por los que tenía tanto miedo a lo que la morena le hacía sentir. Todo parecía dejar de existir cuando estaba con ella, pero ¿cómo contarle algo que ni él mismo entendía?

Hacía un sol espléndido esa mañana; se había colocado unas gafas de sol que tenía en el despacho. Aparte de lo molesto de la luz en los ojos, no quería perder detalle de todos y cada uno de los pasos de Mario; llevaba un buen rato hablando con Alberto. Lo vio besarle en la frente y abrazarlo; después, pasearon por el jardín y acabaron sentándose en su mesa favorita.

Raquel había vuelto a su casa, cargada con su violonchelo, y sin dejar de mirar a los dos amigos en la distancia; hubiera deseado que Mario aún estuviera en su cama para volver a enredarse en sus brazos y, en cambio, estaba sentado con Alberto manteniendo la que parecía una seria conversación. ¿Qué estaba pasando?

Se sentó en su porche, mientras tomaba un buen tazón de leche con café. La falta de sueño y el agotamiento de la noche anterior comenzaban a hacer mella en su cuerpo, aparte de la energía que perdía cada vez que tocaba su instrumento. Lo entregaba y daba todo en esos momentos, se vaciaba. Ahora tocaba volver a llenarse. Acompañó la leche con unas galletas, eso ayudaría.

Vio cómo Alberto abrazaba a su amigo mientras le daba unas palmadas en la espalda. Mario se quedó solo, sentado en el parque, esperó, sabía que miraría en su dirección y así lo hizo. Se levantó; parecía inseguro de qué camino tomar. «Que venga hacia mí, por favor, que venga hacia mí», se repetía Raquel, pero el chico dio media vuelta y caminó en dirección al hotel, tras Alberto.

Llamó por teléfono a Fernando. No quería que la molestaran en todo el día, había decidido meterse en la cama y desaparecer arropada con su olor, que aún permanecía en la habitación e impregnaba sus sábanas. Necesitaba dormir, entre los recuerdos de la noche anterior y los sueños que estuvieran por venir.

Solo un par de horas después, abrió los ojos. Se sentía descansada, estiró todo su cuerpo, y de nuevo su aroma... Tenía que hacer algo, las cosas no podían quedar así. Cogió el teléfono, llamaría a su habitación; esperó un tono, dos... nadie contestaba.

El día pasaba, y lo único que quería era estar con él... de pronto, recordó que el grupo se iba por la tarde a la ciudad, una última tarde de compras o de relax antes del regreso a sus casas. A la mañana siguiente se marcharían y, en pocos días, un nuevo grupo llegaría. Se encogió sobre sí misma, abrazando la almohada. ¿Y Mario?

Entonces lo advirtió: alguien la observaba desde el jardín, agazapado tras el ventanal de su

dormitorio. Se quedó paralizada de miedo durante unos segundos, sin saber cómo reaccionar; su instinto de supervivencia le dijo que siguiera comportándose de una forma natural, así que controló su impulso de salir corriendo y se levantó tranquilamente de la cama para dirigirse hacia el cuarto de baño y salir del ángulo de visión del intruso. Una vez cerrada la puerta, se dio cuenta que, si abría la ventana del baño, podría ver de quién se trataba y, con suerte, si no hacía ruido, ni lo notaría. Muy lentamente, giró la manivela y entornó la ventana un poco, lo suficiente para ver. No se lo podía creer...

Cerró la ventana, se puso el albornoz sobre el pijama y salió, como si nada, del baño, dirigiéndose al salón mientras tarareaba; tras el biombo no podría ver cómo abría la puerta principal de la casa para salir al jardín. Y eso hizo, rodeó la casa; su intención no era otra que cazar al cazador. Y allí estaba, a solo unos pasos de ella. Intentó poner cara de circunstancias, pero la sonrisa se le escapaba. La presa solo ansiaba devorarla.

—¿No sería mejor si entraras?

Se levantó de un salto, sorprendido y con el corazón a mil. Era su voz, era ella, lo había descubierto; se quería evaporar, diluir, aunar encima del tejado, cualquier cosa menos tener que darse la vuelta para mirarla; no hizo falta. Raquel se adelantó para colocarse frente a él, con esa sonrisa irónica y pícaro que solo ella era capaz de esbozar, y, al verlo tan avergonzado, se acercó aún más a él. Quería atraparlo con sus garras y clavar sus colmillos. Se pegó a él todo lo que pudo sin llegar al abrazo. Transpiraba deseo, su boca la buscaba y seguía sin poder mirarla.

—Mario... —No podía resistirse a esa voz ronca y sugerente que ponía en los *momentos*; alzó la mirada hasta sus labios, que se movían para hablar—. ¿Quieres pasar lo que queda del día... —se detuvo para darle un leve beso— ...y la noche, conmigo?

—No sé qué estarás pensando de mí... —Mario dio un paso atrás aturdido y aún azorado por la situación en la que acababa de ser descubierto. A punto de dejarse llevar por los labios de Raquel, pensó que tenía que darle una explicación, pero la morena solo parecía querer encontrar respuestas en su boca; puso las manos en su cintura y volvió a atraerlo. No lo dejaría marchar ni se apartaría un solo segundo de él en las horas que le quedaban al día.

—¿Quieres saber lo que pienso de ti? —susurró a su oído, para continuar marcando con su aliento la línea de su cuello, sin rozarlo. Mario sentía la caricia de su calor, mientras aspiraba su olor—. Me encanta estar así contigo y estoy deseando que entremos para besarte. —Sus labios mordieron suavemente la comisura de sus labios, mientras le apretaba aún más a su cuerpo. Mario suspiraba—. Aunque creo que no voy a poder esperar... —Sus manos se colaron dentro del jersey, arañando suavemente con sus uñas la piel de su espalda.

—Raquel, espera... —Mario trató de apartarse— quiero darte una explicación. —La morena bajó los brazos aguardando un momento más oportuno, no podía dejar de desear estar pegada a su piel.

—Vale, pero me la das dentro de casa. —Levantó una de sus manos, ofreciéndosela. Mario sonrió, se dejaría llevar de su mano a donde fuera—. ¿Has comido?

—No. —Le encantaba la sensación que tenía al ir de su mano. Era tan nuevo todo lo que sentía a su lado, como si a cada paso que daba la morena trajera aventuras por descubrir—. Esa es parte de la explicación que quería darte. —Entraron en la casa y, justo al cerrar la puerta, Raquel se volvió hacia él para escucharlo, sin soltar su mano y haciendo que Mario no tuviera más remedio que apoyarse en la pared, mientras tragaba saliva con dificultad. Si la morena seguía acercándose de esa manera, no podría terminar de hablar; sus labios eran perfectos para perder las ganas de hablar y dedicarse a acariciarlos, mimarlos y morderlos todo el día. Sin necesidad de palabras diría mucho más. Pero se había empeñado en hablar—. He venido para ver si querías comer

conmigo, pero Fernando me había dicho que ibas a descansar, así que miré por tu ventana por si dormías, para no despertarte. —Raquel le miraba muy atenta—. Por eso me has encontrado de esa manera —terminó, con una amplia sonrisa, triunfante por haber podido decir lo que quería, por fin.

—¿Y acababas de asomarte a mi ventana y justo he despertado y te he visto? —preguntó, incrédula.

—Uhm... No. —El color de las mejillas de Mario comenzaba a cambiar. Raquel lo había pillado, claro—. Llevaba un rato, ya sabes, por si despertabas. —No podía decirle que ya lo había hecho en otra ocasión, ni que lo hacía porque le encantaba observarla sin que lo advirtiera. Aún no tenía confianza para confesarle algo así, tampoco para llamar a su puerta y decirle que deseaba volver a meterse en la cama con ella.

—Vale, ya me has dado tu explicación. Gracias. —Se acercó un poco más.

—De nada. —Ahora eran las manos de Mario las que se apoyaban en la cintura de Raquel, atrayéndola—. Y, a tu pregunta, la respuesta es... —escondió la boca en su cuello, a la vez que desanudaba el cinturón del albornoz de la morena e introducía sus manos, levantando el pijama lo suficiente para poder rozar y acariciar esa piel que no paraba de llamarla. Marcó su vientre y dibujó un camino con las yemas de sus dedos hasta el arco de sus pechos; escuchaba su respiración fuerte, quería el gemido—. Sí. Me encantaría pasar el día y la noche contigo. —Mordió su cuello, sintiéndola temblar, y llegó el jadeo mientras acariciaba sus pezones con las palmas de las manos, sin prisa pero sin tregua. La tenía entregada y no había hecho más que empezar. Buscó su boca con ansia y necesidad de quedarse...

Raquel recuperó la fuerza con la llegada de su boca. La fuerza para arrancar, apartar y dejar caer todo lo que se interpusiera entre sus pieles, mientras él la empujaba hacia el sofá, sentándose y colocándola sobre él. La premura por poseerla hizo que se adentrara en ella inesperadamente, apartándola de su beso para agarrarse fuerte a su espalda y gritar. La miraba para intuir lo que deseaba, y supo que tenía que seguir, mientras Raquel sentía las manos de Mario abriéndose paso entre sus nalgas y, como un gran director de orquesta dirigía aquella maravillosa sinfonía con cada movimiento. Sus movimientos, su olor, su sabor lo llevaban a la locura y no le importaría quedarse en esa sinrazón siempre que ella le acompañara.

Cayó sobre su hombro, rendida ante tanto placer, abandonada a sus brazos y a lo que con le quisiera hacer. Mario también jadeaba en su oído y comenzó a acariciarle la espalda en señal de intimidad y complicidad. Estaba a gusto con ella acurrucada; Raquel buscó la manta del sofá y lo tapó, mientras respondía a su sonrisa.

—¿De qué te ríes? —Veía sus ojos muy de cerca.

—No me imaginaba que fueras tan atenta y cariñosa.

—¿Y cómo creías que era? —Raquel siguió su juego, le encantaba ver esa sonrisa perfecta que tenía.

—Estúpida y engreída, ja, ja, ja.

—Vaya... Eso me lo dicen a menudo. Tendrás que probar a decirme algo diferente —contestó, mientras comenzaba a hacerle cosquillas, provocando que Mario tratara de zafarse de sus brazos.

—Pero si apenas te conozco...

—Tienes todo el día de hoy para conocerme. —Raquel se levantó del sofá, llevándose la manta con ella—. Hasta entonces, dejaré de ser atenta y cariñosa.

—Eeeh —Mario protestó, pero la morena ya corría hacia su habitación; se quedó un momento a solas, tratando de reconocer esa sensación que tenía clavada en el pecho, sin conseguirlo. Le inquietaba no tenerlo bajo control, pero el deseo de estar junto a Raquel le superaba; fue en su

busca. Estaba tumbada en la cama, de costado y desnuda. Era sencillamente preciosa. Su semblante era serio, pensativo; ¿se daría cuenta de lo sensual que podía llegar a ser?

—Ven. —Imposible no obedecerla. Mientras se acercaba, vio su libreta sobre la mesa de noche y la cogió.

—¿Puedo? Me gustaría... —De nuevo no sabía cómo decirle lo que quería. Él, acostumbrado a dar conferencias y clases maestras sobre Historia de la vida y costumbres de otros. Se quedaba sin palabras, en su día a día, frente a una morena— ...hacer un esbozo y dibujarte así.

—¿Desnuda? —Raquel sonrió pícaro—. Uhmmm... Claro; me encantará que algún día me recuerdes de esta manera. —Alzó su mano para que Mario la tomara y poder tirar de él para que se tumbara a su lado. Necesitaba besarlo y volver a perderse dentro de él con todos y cada uno de sus sabores. Mario advirtió lo que venía si dejaba que lo besara, así que le dio un beso rápido y saltó de la cama, dejándola plantada y con la boca abierta.

—Lo sé, lo sé... Te prometo que no tardaré, pero tengo que hacerlo. No te muevas, por favor. —Al ver que Raquel iba a protestar, trató de calmarla—. Ssshhh. En cuanto termine, no me volveré a apartar de ti ni un solo momento.

Desencajó su lápiz, unido a la libreta, y comenzó la transformación.

OOOOOO

Se habría sentido intimidado por su forma de mirarlo si no reconociera el estado de concentración en el que se está sumergido durante el acto creativo. Fijas tu atención en lo que deseas crear y lo demás se mantiene a distancia o desaparece; incluso el manejo del espacio y el tiempo es distinto, parece que pueda ser controlado hasta el punto de dejar de preocupar; haces lo que quieres hacer y lo haces con fervor y adoración. El resto no importa.

Y sentía cómo Mario la estaba creando cada vez que la contemplaba; había comenzado con un esbozo general. Después se detuvo en pies y manos, y el resto de su cuerpo. El brillo de sus ojos se hacía más intenso en determinadas zonas, podía reconocer el deseo hasta el punto de llegar a sentirse acariciada por sus miradas o por alguna mueca de sus labios o al alzar la mano en el aire tratando de encuadrar alguna línea concreta para, finalmente, detenerse en su rostro; su cuello, su boca, sus ojos... Había estado reprimiendo sus ganas de arrebatarse ese lápiz y dar por terminado el posado. El juego de miradas era insufrible, ahora que sabía lo que podía tener entre sus brazos y, aunque al día le quedaban aún muchas horas, no le parecían suficientes para todo lo que faltaba por hacer.

Ahora, dibujaba sus ojos. Toda esa orilla de arena acariciando la ola, ¿o es el mar el que descansa en la orilla de su incesante ir y venir? En todo caso, había grietas en su pecho. ¿O sería Cupido lanzando sus invisibles flechas? A este paso, la haría morir, porque no podía quedarse en esa mirada sin que todo su cuerpo reaccionara y ya no quería disimular ni esconder lo que estaba sintiendo. Dejaría que Mario lo reconociera; no tenía nada que perder y sí mucho que ganar.

Primero, las sonrisas algo cohibidas, para dar paso a un breve instante de calma y tanteos; después, ese dolor que te encoje el alma cuando sabes que estás ante algo muy grande, tanto que necesitas acallararlo, quitarle relevancia en cierta forma porque da miedo. Toda esa mar en su ojos y el agua tan transparente. Se veía todo, y apetecía adentrarse en el abismo de sus profundidades. Se lo estaba diciendo: no había dibujo ni pintura que sustituyera los momentos por compartir.

La ola acariciaba los ojos de Mario, empapándolos; soltó el lápiz y el cuaderno y fue a buscarla, envolviéndola en sus brazos; se colocó sobre ella, solo dejaría de mirarla para perderse en su boca. Esperó un poco más para besarla. Sabía que, al hacerlo, se entregaría como nunca antes y que daría color y vida a cada trazo de su dibujo... No supo por qué, pero eso beso fue muy distinto a los anteriores; no era momento de preguntas, ya vendrían después.

Acariciaba su pelo, Raquel había dejado la cabeza apoyada sobre su vientre y se había quedado dormida. Mario iba y venía del sueño, no queriendo dejar pasar los minutos sin ser consciente de todo lo que rodeaba a la morena; su estómago rugió, miró el reloj, casi las seis de la tarde y aún no había comido, solo una fruta antes de ir a buscar a Raquel y esta solo parecía querer morder su piel y su carne. Se rio en silencio. Qué ocurrencia, pero es que era insaciable. «Me encanta», quiso pensar, pero no pudo evitar que saliera también por su boca.

—¿Qué te encanta? —La morena se movió sobre su vientre mientras despertaba y subió hasta llegar a la altura de su cara. Los dos sonreían de tal manera que cualquier observador externo habría comprendido a la primera lo que entre ellos estaba sucediendo; pero no era momento de pensar y comprender, sí lo era de hacer, ser, actuar.

—Eh... digo que me encantaría... —una cosa era pensar lo que sentía y otra muy distinta decirlo en voz alta delante de la persona que se lo hacía sentir, aunque esa sonrisa siguiera ahí y fuera correspondida— ...comer algo.

—Uhm... Cierto... —Raquel se abrazó aún más fuerte, dejando su boca junto a la suya—. No hemos comido.

—Raquel, ja, ja, ja, ja. ¿No vas a darme de comer?

—Llamaré al hotel para que nos lo preparen. —Raquel se incorporó para alcanzar el teléfono de su mesita de noche—. ¿Quieres algo en especial?

—¿No tienes nada en tu frigorífico?

—Nunca cocino... Creo que hay algo de fruta; chocolate también te puedo ofrecer, me lo mandan de Italia, Suiza... ¡buenísimo! —La cara de Mario era un poema, acababa de descubrir algo que la morena no hacía, cocinar—. Mejor, llamo al restaurante.

Mientras daba las indicaciones por teléfono, se levantó de la cama para ir al baño. Necesitaba una ducha. «Le mandan el chocolate de otros países...», se dijo en voz baja. ¿Qué decía eso sobre la morena? No había dejado de hacer el amor con ella desde la noche pasada y seguía sin saber apenas nada, solo que besaba genial. Volvió a sonreír. Su boca y cualquier parte de su cuerpo. «Basta, Mario», se regañó así mismo por no ser capaz de pensar en otra cosa que no fuera... ejem... ¿qué más?... que tocaba el violonchelo, pintaba y se ocupaba del hotel y, en ocasiones, vestía uniforme de empleada, aunque se comportara como una jefa que tenía casa en el mismo recinto del hotel. El resto de empleados se marchaban por la noche a la ciudad para volver al día siguiente, solo Fernando permanecía en el hotel después de la cena; de hecho, parecía vivir allí. Era obvio que los dos amigos se ocupaban de todo.

¿Y cómo era posible que el chico no estuviera completamente enamorado de semejante mujer? Él, en dos semanas, había caído en sus brazos. Increíble, y aún más lo era que deseara seguir deslizándose por su cuerpo, sabiendo lo breve que era la línea de tiempo que les separaría, o precisamente por ello. Quizá todo se potenciara a sabiendas de lo leve que sería el tiempo compartido. Sintió ese vacío en su estómago, pesaba y dolía y no por falta de comida. Se encogió un poco sobre sí mismo y metió la cabeza debajo de la ducha antes de sentir, de nuevo, sus brazos rodeándolo por la espalda.

—¿Estás bien? —Sus labios pegados a su espalda y su cuerpo a la espera de una respuesta.

—Sí... Solo que mi estómago pide llenarse. ¿Ya viene la comida? —Intentó mantenerse apartado de Raquel, prosiguiendo con la ducha, pero la morena no quería darse por enterada.

—En 20 minutos... Crema de calabaza y pollo con manzana. Está en el menú de esta noche, lo que tarden en calentarlo y prepararlo para traer. —Acercó aún más su cuerpo. Sus manos se abrían paso entre la espuma del gel en dirección al vientre y el pecho de Mario y su lengua, sin previo aviso, comenzó a recorrer su oreja—. Sé que te gusta.

—Sí... mucho —contestó, sintiendo cómo las fuerzas le iban flaqueando—. ¿Por qué lo sabes?

—Lo comiste la semana pasada... y vi cómo disfrutabas. —Mordió su oreja mientras introducía la mano entre sus piernas. Mario no pudo más, tenía que parar todo aquel deseo que cubría su piel como una espesa capa de miel, adhiriendo sus cuerpos; cuanto más la probaba, más le costaba apartarse de ella. ¿Y mañana? ¿Qué haría con toda esa miel?—. Entonces yo ya te observaba. —Mario detuvo el avance de su mano y se dio la vuelta para poder mirarla de frente. Raquel insistió, tratando de amarrar su boca. Tuvo que inclinar un poco su cabeza hacia atrás para no dejarse atrapar, permitiendo que los labios de la morena besaran el aire. Entonces, miró directamente a sus ojos y pudo ver que estaban llenos de interrogantes, y el primero en llegar buscando respuesta...—. ¿Por qué? —Dio un paso hacia atrás, tendría que aplazar la necesidad de calmar su deseo. Le soltó.

—¿Por qué te observaba? —Comenzó a enjabonarse sin apartar los ojos de su mirada—. Pues... no sé... —Ni tan siquiera ella había resuelto el enigma—. Quiero decir que... me sentía atraída por ti. —Sonrió y se atrevió a robarle un beso fugaz, tratando de disimular la timidez de un momento nuevo entre ellos—. No podía dejar de mirarte siempre que tenía ocasión. —Volvió a

dar un paso hacia adelante; entre la broma y la seducción, quería traerlo de nuevo a sus brazos, imposible darle un no por respuesta. Mario le colocó los brazos alrededor del cuello, mientras encajaba sus piernas entre las de ella. Escuchar en voz alta ese «atraída por ti» le bastaba por el momento. Era evidente después de las horas pasadas juntos, pero nada como oírlo de su boca, acompañado de esa mirada tan sensual y de un «no podía dejar de mirarte».

—Uhm... Ya ves qué fácil es contentarme. —La besó, queriendo quedarse. Solo una última confesión, necesitaba hacerla antes de abandonarse a sus labios—. Yo tampoco podía dejar de mirarte —le susurró entre suspiros—. Te dibujaba en mi cuaderno. Tus brazos, tu pelo, tu boca... —Y, mientras lo decía, acariciaba cada parte del cuerpo mencionada.

—Lo sé, lo sé... —Raquel necesitaba apoderarse ya de su cuerpo, pero Mario de nuevo se detuvo.

—¿Lo sabes? —Lo miraba extrañada—. ¿Sabes que te dibujaba? —La morena no podía creerlo, era evidente.

—Mario... tu libreta... —En cuanto lo dijo, impaciente porque se dejara arrastrar, se dio cuenta de que acababa de reconocer su falta. Ahora sí que deshacía el abrazo con mirada acusadora.

—¿Has leído mi libreta? —Al ver cómo Raquel bajaba sus brazos y su cabeza reconociendo el delito, salió de la ducha. Un puñal en la espalda habría dolido menos—. Tú... tú... —Fue detrás de él, que ya se cubría la cintura con una toalla para salir del baño—. ¿Cómo has podido inmiscuirte así en mi vida?

—Mario, espera. Yo... —Lo cogió por el brazo para detenerlo. La furia bañaba también sus ojos; la hizo temblar. Además del frío, ella seguía desnuda y mojada—. Escúchame, por favor. —Buscó las palabras apropiadas y precisas para explicar su error—. Yo... ansiaba saber de ti, y tú no... parecías querer lo mismo —lo dijo señalando el momento y la ocasión.

—¿Esa es tu excusa? —comenzó a vestirse, siguiendo el rastro de ropa que habían dejado por el salón, ante la mirada atónita de Raquel; sabía que no había hecho lo correcto, pero estaba siendo sincera y mostrando el motivo, el deseo irrefrenable por saber de él. Le tiró la toalla; su intención era que se tapara, pero también parecería un desprecio, y aun así no le importó. Ella también quería clavarle lanzas. Se fue hacia la puerta y cogió, por último, su abrigo... Sabía que al salir tendría mucho frío; ya era de noche, llevaba el pelo mojado y un nudo en la garganta que casi le ahogó cuando se volvió a mirarla una última vez. Y, antes de cerrar la puerta, su voz...

—Mario, espera...

OOOOOO

Se daba cuenta, a cada paso que daba, de que más difícil sería volver a ella y a esas horas que les quedaban; la indignación y el enfado lo alejaban de aquella casa, pero, en alguna parte, ahora silenciada de su cabeza, una voz pujaba por hacerse oír y pedía que desanduviera lo andado y regresara a aquella casa... En algún momento tendría que escuchar. De pronto, se dio cuenta. «¡Mierda!». La dichosa libreta seguía en poder de Raquel; se giró para volver, pero solo dio dos pasos para detenerse. El puñal en la espalda se abrió paso hacia el pecho, la rabia y el orgullo mantenían a raya el dolor. ¿Quién se había creído que era la engreída esa? Haciendo lo que le daba la gana, apoderándose de algo que no le pertenecía para adentrarse en su mundo; lo que plasmaba en aquellos folios era íntimo y personal, solo había dejado que traspasaran las tapas un



par de personas: Alberto, ante quien cedió tras su curiosidad casi morbosa, y su compañero Ces, de quien buscaba consejo profesional para ciertos detalles de investigación histórica. Le apasionaban sus cuadernos y sus dibujos, siempre lo animaba a hacer algún tipo de exposición con ellos.

Nadie, nunca, había sido capaz de arrebatarle algo tan suyo de la manera en que lo había hecho Raquel, sin su permiso y aun a sabiendas de lo que hacía.

—Y ha tenido que ser ella... y ahora... —murmuró. Ojalá no hubiera tenido que enterarse hasta que ese día y su noche hubieran transcurrido; por un momento, abandonó su ira y deseó poder volver a ese instante en que lo supo, para borrarlo, quitar aquella pregunta de esa escena y que el día diera paso a la noche y a la continuidad de todo lo que estaba sintiendo entre sus brazos —. Maldita sea. —De nuevo, la tormenta impidiendo que oyera cualquier otro sonido.

Se marchó hacia el hotel. Estaría solo; probablemente, el grupo no volvería de la ciudad hasta la cena. Aún faltaba una hora, solo quedarían los empleados. Se cruzó con uno de ellos en recepción, al pedir la llave de su habitación. Se encerraría hasta que volviera Alberto. Acababa de encender la luz de su habitación cuando el teléfono comenzó a sonar; o llamaban de recepción o... ¿sería ella? Ni su nombre quería pronunciar. La única forma de saberlo era descolgar el auricular y así lo hizo.

—Mario... —No la dejó continuar.

—¿Puedes dejarme tranquilo? —Quería colgar, pero el tono de su voz le impedía soltar el aparato.

—No estás siendo justo, no entiendo por qué no aceptas mis disculpas. —Prefería no contestar a eso; estaba intentando controlar su enfado para no ponerse a gritar y decir cosas que igual podían doler, así que guardó silencio, y Raquel lo tomó como una oportunidad para volver a intentarlo—. Dime qué puedo hacer. Yo... vuelve a mi casa y hablamos, por favor.

—No. Ahora solo quiero estar tranquilo, no quiero hablar contigo, ni quiero nada de ti, ¿entiendes? —lanzando todo esto, se desinfló de tanta presión contenida, pero el silencio de Raquel le hizo pensar que igual se había pasado.

—Creo que tu reacción está siendo desproporcionada. —Por fin habló, pero el tono de su voz se había endurecido; ahí estaba su altanería, la niña no admitía un no por respuesta—. Y, sinceramente... sé que no está bien lo que hice, pero no me arrepiento de haberlo hecho, porque ¡esa libreta dice mucho más de ti de lo que has sido capaz de contarme en dos semanas!

—Vaya... ¿Y lo dices tú? —Esta sí que era buena—. Pues ya ves... Tanto interés por llevarme a la cama... Ya lo has conseguido —más que decirlo, lo escupió— y, por cierto, quiero mi libreta. ¿La puedes dejar en recepción metida en un sobre? No quisiera que nadie más sintiera el impulso de conocerme mejor de esa manera. —Aguardó. Esperaba el contraataque de la morena, pero no llegó; en vez de eso, distancia y aparente indiferencia.

—Si eso es lo que quieres... —Después, colgó, dejándolo con la palabra en la boca y aún más indignado. Decididamente era una engreída. Se quitó los zapatos y se tumbó en la cama, tratando de hacer respiraciones para controlar las ganas de volver a descolgar el teléfono y decirle, como mínimo, que era una niñaata. Lo estaba consiguiendo, pero no entendía que le vinieran a la mente imágenes de todo aquel día junto a ella, y lo que no esperaba eran aquellos golpes que llamaban a su puerta y, al abrir, verla con aquella mirada de felina dispuesta a lo que fuera con tal de conseguir lo que había venido a buscar.

Empujó lo suficiente la puerta para poder entrar y encararla.

—¿Te he invitado a entrar? —Mario se aferraba a su ira para no sentirse desprotegido ante la fuerza arrolladora de la morena.

—Es la confianza que da el habernos pasado el día revolcándonos en mi cama. —Después, alzó la mano, enseñándole su libreta, desafiante.

—Eso ha sido... —Ni miraba el cuaderno, ahora era lo que menos le importaba.

—¿Vulgar?

—Innecesario, Raquel. —La situación se le hizo insoportable, no quería discutir de esa manera; aún no había cerrado la puerta de la habitación, así que lo hizo, y después pasó junto a la morena tratando de no rozarla; demasiadas emociones extremas en un mismo día, y la causante de todas ellas seguía reclamando su atención. Se sentó en la cama algo mareado; no había comido nada y dormido muy poco, era suficiente por hoy... no podía más.

Raquel se colocó en la cama de Alberto, frente a la suya; había notado cómo palidecía.

—Mario, ¿te encuentras mal?

—No. Solo... necesito comer algo, descansar un poco. —Al ver la mirada de preocupación de la morena, decidió dar por zanjado el tema, de momento y a su manera—. Y recuperar mi libreta.

—Está hecho. —Descolgó el auricular del teléfono y pidió que subieran a esa habitación la cena que había pedido para su casa. Al colgar y ver que la miraba con cara de sorpresa, sonrió—. Uy, perdón, me olvidé de preguntarte... ¿quieres cenar conmigo? —Ahí estaba esa sonrisa pícaro ante la que era imposible hacerse el duro y no responder.

—Ya lo has decidido tú todo, así que...

—Exacto. Quitate el jersey y descansa en la cama. —Se sentó junto a él con la excusa de ayudarlo. Cuando se quedó en camiseta interior, puso la libreta en su regazo, mientras le pedía de nuevo disculpas con los ojos... y con la boca—. Lo siento. —Qué poco tenía que durarle el enfado por muchas razones que tuviera; empezaba a pensar que tenía un serio problema. Esa mujer, además de engreída, era adorable... y su mano, en vez de coger por fin el cuaderno por el que había peleado con ella, se dirigió hacia su cara, para acariciar la línea de su mandíbula y su boca; y lo habría hecho si no fuera porque la cena llamaba a la puerta, haciendo que su mano se quedara en la intención y con las ganas de tocar esos labios. Raquel fue a recibir la camarera; el olor de la comida ya les levantó el ánimo y alivió el mal humor, aunque decidió que no le podía ser tan fácil a la morena que se olvidara de lo que había hecho, por mucho que los minutos pasaran empujados por las manillas del reloj.

Y su amigo, sin quererlo, la ayudó a conseguir esa distancia que pretendía; entrando en la habitación justo cuando la camarera se marchaba. Venía contento de su excursión a la ciudad con el grupo, pero se sintió algo incómodo al ver a los chicos juntos y dispuestos a cenar en la habitación; aún le molestaba, en cierta forma, lo que había entre ellos; por inesperado y porque se sentía algo tonto ante la situación. No sabía cómo comportarse, ni qué decir ni hacer, tampoco a qué atenerse; era psicólogo, sí, pero, ante todo, hombre. Después de saludar y ser correspondido, se disculpó para marcharse.

—No os preocupéis, chicos, me marchó a cenar, así vosotros estáis solos.

—Alberto, espera, cuéntanos un poco, hombre. —Mario notó lo que sucedía y aquella también era su habitación—. Llevo sin verte todo el día y te echo mucho de menos —le dijo, abriendo sus brazos; el chico enseguida acudió a abrazarle riendo. Ahora era Raquel la que se sentía fuera de lugar; sentía celos de todo lo que Alberto conocía y a ella se le escapaba. Esa cena que tanto quería compartir con Mario como si de su primera cita se tratara, para entre plato y plato, hablar sobre ellos, se hacía de nuevo lejana y quería pedirle algo, pero no se había atrevido en todo el día por más que hubieran compartido besos, saliva y piel... Se levantó para marcharse.

—Cenad vosotros, yo bajaré al restaurante. —Alberto trató de impedirlo, pero ella ya caminaba hacia la puerta—. No pasa nada, en serio. Haz que coma, no ha probado bocado en todo

el día. Descansad, mañana os espera un largo viaje. —Agarró el pomo de la puerta y lo miró; estaba serio, pero parecía aliviado—. Buenas noches —lanzó la despedida hacia él, esperando que la recogiera y se diera cuenta de la brevedad del tiempo y de lo eterno que podía llegar a ser un momento en su ausencia.

OOOOOO

Y así era. En cuanto cerró la puerta y dejó de verla, ya la esperaba. No eran mariposas las que bailaban en su estómago, sino las tantas palabras no dichas ni compartidas con ella; letras sueltas, formando palabras, para decir, pensar, dar, experimentar, sentir... Y que, ahora, se arremolinaban inquietas, dudosas, aturdidas, esperando la serenidad necesaria y la valentía para afrontar la verdad.

¿Había sido aquella una despedida por parte de Raquel? Sus ojos, aún fijos en la puerta cerrada, se humedecieron. Es lo que tiene la mar, que te cala hasta el último hueso. Ahora solo deseaba dejarse mecer y llevar por sus aguas, cuando hasta hacía un momento pretendía contenerlas para no dejarse arrastrar del todo. La contradicción de un sentimiento que ni tan siquiera es uno, son tantos... y centrados en una única persona.

—¿Qué ha sido eso? —Alberto señaló hacia la puerta y, cuando vio sus ojos, se acercó—. ¿Ya os habéis despedido?

—No lo sé... Eso parece. —Mario se encogió de hombros.

—¿Vuestra primera discusión? —Se apartó un poco para sonreírle y tratar de quitar el tremendismo que su amigo le daba a la situación.

—Era ella la que tenía mi libreta y ¡la ha leído! —dijo, pretendiendo justificar su comportamiento.

—¡Por el amor de Dios! —Se levantó con las manos en la cabeza, exagerando sus gestos—. Raquel, cómo has osado hacer semejante cosa... —dijo, clamando al cielo y como si la morena pudiera escucharle—. Las libretas de Mario son intocables, no traspasables, in... —Hubiera seguido si su amigo no le hubiera callado la boca poniendo su mano sobre ella mientras reía.

—Cállate ya, Alberto. —Con la otra mano tiraba de la manga de su camisa—. Lo sé, soy muy... muy... Mis libretas son... Quiero decir que yo... —De nuevo, no encontraba las palabras para definirse.

—Tú y tus libretas sois inseparables e inescrutables. No compartes lo que hay en ellas, al igual que no expresas lo que hay dentro de ti. —Se puso serio.

—Eso no es verdad. Tú me conoces... —volvió a su cama.

—Mario, ¿qué sientes por Raquel? —La pregunta le pilló desprevenido. Intentaba componer palabras para dar salida a sus pensamientos y contarle a Alberto, pero no podía.

—No lo sé. Esto es tan... tan distinto —Bajó la cabeza, rendido ante la evidencia. Su amigo tenía razón, era incapaz de expresar sus sentimientos, decirlos, contarlos.

—¿Distinto? Porque es una mujer increíble. —Trataba de sonsacarle.

—No y sí. Es por lo que siento estando con ella. —Las lágrimas volvieron a aparecer, mostrando lo angustiado del momento—. Nunca antes me había sentido de esta manera.

—Hey, hey... —Volvió a abrazarle—. ¿Y ella? ¿Crees que le ocurre lo mismo?

—No lo sé. Creo que sí, porque, cuando estamos juntos, es... —Ahora sonreía, tímido. Iba de un extremo a otro, lo que indicaba lo confuso del momento en el que se encontraba, por maravilloso que fuera.

—Uhm... Espera, que me lo estoy imaginando. —Recibió un puñetazo en pleno estómago—. Aaaay. Ja, ja, ja. Para. —Le cogió la cara entre las manos para que atendiera bien lo que iba a decirle—. Ve detrás de esa morenaza, no quiero volver a verte el pelo hasta mañana, ¿entendido?

—No, no, no. —Alberto lo cogió de la mano y tiró de él hasta la puerta—. Espera, esto tengo que pensarlo. No sé si es mejor dejarlo tal y como está; de lo contrario, tendré que volver a separarme de ella mañana y... es difícil.

—Si tan increíble es cuando estáis juntos... no lo dejes pasar. Mañana ya se verá. —Abrió la puerta, le empujó suavemente fuera de la habitación y cerró, dejando a Mario con la boca completamente desencajada. Y, antes de que pudiera mover un solo músculo, volvió a abrirla—. Toma, tu libreta, ya sé que sois inseparables. —Se la colocó en la mano, le guiñó un ojo y volvió a cerrar.

«Esto es ridículo», pensó, guardándola en uno de los bolsillos traseros del pantalón. Ni se había podido cambiar de ropa.

—Y aún no he comido nada.

Dos opciones ante sí: volver a entrar en la habitación, ignorando las reprimendas de su amigo, o bajar las escaleras para encontrarse con ella. Respiró profundamente, la suerte estaba echada... incluso mucho antes de lo que imaginaba.

Se sentó en el último escalón de la escalera, o el primero de la bajada hacia la otra planta; pensaba en lo que le diría cuando estuviera frente a ella. ¿Qué podía pasar si era sincero? Con todas sus contradicciones y certezas, ¿era el momento? ¿Demasiado precipitado decirle que deseaba que continuara en su vida? Volver a su rutina diaria y dejar de pensar en ella se le hacía inimaginable. Ni aunque quisiera, podría dejar de recordar su sabor, su aroma, su forma de reír y de mirarlo con completa entrega, su voz... Si acababa de marcharse de su habitación, en lo que parecía una despedida definitiva, y se le salía el alma de cuajo. Aún no podía poner nombre a lo que sentía en su presencia, pero sí a lo que le traía su ausencia.

Alzó la vista hacia el gran ventanal por el que Alberto le invitó a mirar el primer día. Era de noche, pero podía recordar todos y cada uno de los colores de aquel lienzo de vida; un gran símil de lo que serían sus días sin ella, vacíos de aquella mezcla única de colores. Podría recordarla siempre, pero no la tendría.

—¿Cómo me he podido meter en este lío? —No le importó increpar al aire; nadie le oiría y, si lo hacían, que le trajeran respuestas. Les estaría eternamente agradecido.

## Capítulo 7: El retrato de la madre

Parecía estar escuchando todas y cada una de las voces de sus antepasados reclamándola tras la puerta de su despacho, la que abría directamente hacia el ala del hotel donde habían habitado tres generaciones Hartman; allí había pasado su infancia, antes de comenzar a viajar por casi todo el mundo, primero en compañía de su madre, después sola.

Aquel fue el primer hotel que levantó su propio abuelo. Era constructor, a cargo de un tercero, y quedó tan prendado del resultado que se prometió a sí mismo comprarlo algún día. Tras ese, construyó otro en Suiza, dos en Italia, uno en Francia... Por muchos hoteles que tuviera a su cargo, nunca dejó su oficio, nunca dejó de hacer con sus propias manos por más que supiera interpretar los planos de un arquitecto. Después, su hijo continuó su camino, de hacedor y sumando hoteles en otros países y el propio, hasta llegar a ella, que prefirió elegir el mundo del arte y la música.

Su padre sabía que Raquel no seguiría construyendo hoteles. Estaba muy orgulloso del talento artístico de su hija, pero, aunque nunca se lo dijera de una forma clara, ella intuía lo que su padre esperaba: que se casara con alguien capaz de encargarse de su legado y traer al mundo una nueva generación de Hartman. No es que le fuera la vida en ello; siempre pensó que pasaría sus últimos días rodeado de sus nietos, a quienes se encargaría de ir inculcando el amor por esas construcciones y las historias vividas en ellas.

También Raquel había imaginado así su vida, su futuro. Ni siquiera se había planteado que pudiera ser de otra manera; viajando por el mundo como concertista y el resto del tiempo ligada a su familia. A sus abuelos los adoraba, eran todo un ejemplo para ella. Admiraba la fuerza de su padre para conseguir sus sueños, y su madre era el gran apoyo en su vida. Por eso, cuando se fue, se sintió incapaz de continuar sus conciertos. Ya nadie le sostenía y levantaba el brazo para frotar el arco contra las cuerdas de su chelo. Los auditorios comenzaron a parecerle tan grandes y llenos de gente desconocida... Hacía años que su madre había dejado de acompañarla en sus viajes, pero siempre imaginó sus ojos llenos de amor y aliento mirándola en el instante previo.

El día en que murió, Raquel se encontraba en Praga. Había terminado su concierto y llovía. No recordaba haberse sentido tan sola en toda su vida.; solo era comparable a la memoria de su infancia y el día que tuvo la certeza de que Ella se había marchado para no volver; esa otra figura de mujer que dejó espacio a la madre que en ese momento perdía.

Ella... como si no supiera su nombre. ¿Cuándo decidió no volver a pronunciarlo?

Tuvo que dejar de tocar su chelo. Durante meses, la música solo sonó en su cabeza y ahora su corazón bombeaba sangre, agitado, como si estuviera a punto de dar el concierto de su vida, no ante cientos de personas; solo una la estaba mirando y la escucharía. ¿Sabría hacerle llegar el contenido de esa partitura y que sintiera lo mismo que ella experimentaba al tocarla?

Iba a levantarse para ir hacia la puerta que la separaba de su hogar familiar ahora vacío, pero el teléfono del despacho sonó. Fernando, desde recepción, la avisaba: Mario estaba preguntando por ella. Le esperaría allí sentada, frente a la mesa del despacho que ni tan siquiera le pertenecía; era de su padre; una habitación neutral para intentar no perder la cabeza en cuanto le viera. Necesitaba hablarle y escuchar, tratar de mantener una distancia prudencial y las manos quietas, u olvidaría su propósito en cuanto lo sintiera accesible.

Y allí estaba. Entró algo cohibido, sin saber qué hacer con sus manos; intentaba no ser tan transparente, pero era evidente que no lo estaba consiguiendo, y que Mario hacía un esfuerzo enorme por mantener su mirada mientras se acercaba a la mesa.

—Impones, ahí sentada. —Ante la sonrisa de Raquel, supo que de nuevo le desafiaba. Esperó junto a la mesa, sin saber muy bien qué hacer, aguardó el siguiente paso por parte de la morena—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Lo que quieras... —Raquel se echó hacia atrás en su sillón giratorio, en un gesto de apertura total y confianza. Mario decidió dar un paso más y acercarse a su lado mientras se apoyaba sobre la mesa—. ¿Cuál es tu cargo en este hotel? Porque hay momentos en que pareces una empleada más y en otros, como este, diría que eres la jefa.

—Bueno, más o menos... —Raquel sonreía—. Procuro trabajar como el que más, pero en realidad soy... —lo pensó un poco y carraspeó, lo que no pasó desapercibido para el chico— ... la directora del hotel, por el momento.

—Vaya... Te ha costado decirlo. —Tenerla tan cerca le hacía desear continuar aquella conversación entre sus brazos; en realidad, se estaba muriendo por besarla y acurrucarla en su cuello—. ¿Y no tenéis ninguna política de empresa que desaconseje que un empleado o directivo del hotel se líe con uno de sus huéspedes durante su estancia?

—Bajo su propia responsabilidad y no en horario de trabajo. —En realidad, Raquel no tenía ni idea sobre algo así; de esas cosas se ocupaba su padre, pero le siguió la corriente, puesto que tenía su lógica.

—¿Cuándo terminas tu turno? —Los ojos del rubio mostraban lo inevitable, y sus labios humedecidos lo carnal del deseo.

—Acabo de terminarlo. —La cogió de la mano y tiró de ella, haciendo que se apoyara en su cuerpo, empujando la silla hacia atrás. Raquel apoyó la cara en su hombro, llenándose de su aroma y sin poder apartar la mirada de sus labios—. Mario, tenemos que hablar, y quería que lo hiciéramos enseguida.

—Después... —La cogió por la barbilla—. Creo que hablaremos más tranquilos y destensados cuando... —No pudo terminar, la morena estaba completamente de acuerdo.

—Cuando hagamos el amor. —Perderse en su boca fue lo más fácil del mundo, lo complicado fue desenredarse para acabar tendidos sobre el suelo de parqué sin importarles nada más que el placer del otro cuerpo y del suyo propio.

OOOOOO

—Dios mío. ¡Qué día! —Mario se tapaba la cara con ambas manos, intentando ocultar la sonrisa de alhelado que tenía y, a la vez, tratando de dar sosiego a sus párpados. Notaba cómo Raquel no dejaba de mirarlo y le daba tanto miedo tirarse de cabeza en ese mar...—. Me tienes completamente agotado. —Dejó asomar sus ojos para encararla—. ¡Y muerto de hambre!

—¿No has cenado nada de lo que han llevado a tu habitación? —Qué sensual le parecía su voz ante casi cualquier situación; volvía a mirarle la boca embobada—. Yo tampoco he podido probar bocado... Espera. —Empezó a abrocharse la blusa y colocarse la falda; después recogió su pelo, algo despeinado en una coleta.

—¿A dónde vas? —Se incorporó, recomponiendo su ropa apresuradamente; no quería separarse de ella.

—Voy a asaltar la cocina. ¿Quieres venir y cenamos en el restaurante con todos? —Al ver el gesto de fastidio que hacía Mario, continuó—. O cenamos aquí y luego vamos paseando hasta mi casa.

—Te espero aquí. —La agarró por la cintura para susurrar en su oído—. No tardes. —Raquel le contestó acercando sus labios a los de él para rozarlos; después, salió del despacho. ¿Cuántas puertas habían cerrado entre ellos durante ese día? ¿Las mismas que habían abierto?

Qué extraña sensación cuando se alejaba, como si en cualquier momento fuera posible no volver a verla. Respiró hondo y distrajo su mente observando el despacho de Raquel. No parecía de ella: muebles demasiado sobrios, la disposición de los mismos y lo recargado del lugar, con objetos, figuras, cuadros, fotografías por doquier... no tenían nada que ver con lo que parecía gustarle a la morena; nada en común con su casa. «Ser curioso es uno de los requisitos imprescindibles para ser un buen observador», pensaba, mientras trataba de captar cada detalle del lugar y todo lo que contenía, incluidas sus tres puertas... cerradas. Por una acababa de salir la morena, la otra imaginaba y pudo comprobar que daba al baño y una tercera que estaba a punto de abrir para encontrarse con el pasillo de lo que parecía un hogar; nada que ver con el hotel, aunque formara parte del mismo edificio. Dudó un segundo o dos; sabía que nadie le había invitado a entrar, pero le empujaba un deseo irrefrenable por saber de todo cuanto rodeaba a la morena. «Es lo mismo que le ha pasado a ella con mi libreta... donde las dan las toman».

Al final del pasillo, dos cosas captaron su atención inmediata: la cola de un piano blanco y un enorme lienzo colgado en la pared frontal. Parecía un retrato de Raquel, pero no lo era. El color de los ojos de la mujer pintada no era el mismo; parecían negros como el azabache. El contorno de su figura y sus brazos desnudos también marcaban diferencias. El cuerpo de Raquel era más delgado y musculoso; estaba tan seguro como las horas sumadas recorriéndolo con sus ojos y sus manos. Además, se podía observar que no era una pintura actual o no lo parecía. Y las semejanzas eran tantas que impresionaba, era un retrato magnífico... A punto estaba de alzar su mano para rozar la tela a la altura de los labios pintados, cuando el remordimiento le heló la mano en el camino. Miró esos ojos negros, no podían estar tan faltos de vida por muy oscuros que fueran. El pintor había errado en ese detalle tan esencial, no supo dibujarle el alma.

—Era... —Su voz lo pilló desprevenido.

—¿Tu madre? —Se apartó del cuadro algo preocupado, sabiendo que Raquel le había descubierto y que probablemente se enfadara—. El parecido es asombroso... —La morena estaba apoyada en el marco de la puerta por la que Mario había entrado. No podía distinguir su mirada; una sombra le cubría la cara.

Solo unos segundos de un silencio alarmante, como si se estuviera desgarrando el espacio



entre ellos y un abismo les lanzara en direcciones diferentes.

—¿Cenamos? —Por el tono de su voz parecía seria y molesta y, dicho eso, se dio la vuelta para regresar al despacho. Volvió a mirar la pintura antes de salir y cerrar la puerta; de alguna forma, supo que la imagen de la madre se erigía como un muro en su memoria, separada del resto.

Mario fue tras ella. Intentaba aparentar normalidad, pero la sombra que antes le impedía ver su cara parecía haber dejado cierto toque de misterio a su gesto y a su mirada fría. Allí había algo más que no dejaba salir. Deseó abrazarla, pedirle que le contara, pero no era el momento.

—Lo siento... Yo... —Se acercó y se sentó junto a ella en un sofá, frente al que había una mesa sobre la que había colocado distintos envases con la comida—. ...no tenía que haber entrado en casa de tus padres.

—No importa. —Era evidente lo incongruente entre lo que decía y el tono en el que lo hacía—. Tranquilo.

Cenaron, hablando de lo rica que estaba la comida, del grupo... Mario esperaba el momento de volver a sentirse tan cerca de ella para atreverse a contarle. Si de por sí le costaba hablar sobre lo que sentía, después de lo sucedido, se le hacía cuesta arriba. Minutos antes, había llegado a un acuerdo consigo mismo sobre cómo comenzaría la conversación, pero ahora no lo recordaba. Estaba en blanco como cualquiera de las hojas por escribir de su cuaderno. Mentalmente se animaba; se decía una y otra vez «ahora, vamos». La morena, poco a poco, había vuelto a sonreír y a mirarlo de esa forma que le desarmaba. Sabía que, si no daba el paso pronto, la ola de nuevo se alzaría sobre él para cubrirlo de besos y espuma. Y no se equivocaba; con el postre, un exquisito mousse de chocolate, la mar comenzó a ponerse brava.

—Es casero. Lo hace Emi, nuestra cocinera favorita. —Cogió una cuchara y, con ella, un trozo de mousse y, cuando parecía que iba a comérselo, cambió la dirección para llevarlo hasta la boca de Mario—. Pruébalo, es muy suave, pero te deja un sabor intenso... como tú. —La intención que estaba dando a lo que decía enfatizaba cada letra y la potenciaba. El chico abrió la boca para saborearlo, quedando un poco sobre su labio inferior. Antes de que pudiera limpiarlo, la morena ya había acercado sus labios y lo besaba, de qué forma... Cómo era posible que sus besos le debilitaran de aquella manera y, a la vez, le dieran esa fuerza que le hacía responder al beso más y más, con necesidad y ansia; qué poco tiempo habían necesitado para entender que era puro deseo, irrefrenable e incontrolable, pero Mario se resistía a pensar que fuera solo eso. Quería más y lo quería ya... Detuvo el beso entre gemidos.

—Raquel, para o...

—Uhhmmm... Qué bien suena ese o... —La morena volvía a inclinarse sobre él. Sabía que tenía que parar, pero era verla y querer tenerla entre sus brazos.

—Me debes un paseo hasta tu casa... —Se levantó, arrastrando a Raquel de la mano.

—Hecho. —Salieron por una puerta lateral para evitar encontrarse con alguien. Les apetecía compartir el tiempo que les quedaba a solas, sin nadie más.

Andaban despacio, tratando de adaptar sus pasos para caminar al mismo tiempo, el uno junto al otro, como la noche anterior, antes de que sus cuerpos se rozaran y bajo el mismo cielo estrellado... ¿o era distinto? Ellos sí estaban diferentes y se sentían cambiados, por haberse conocido y por ese deseo que los transformaba.

—Raquel...

—Mario... —Cada vez que la llamara, con su nombre respondería; notó que le costaba articular palabra y trató de ayudarle a dar el paso—. Puedes decirme lo que quieras... —Su voz era cálida y su mirada sincera—. Te escucho.

—Yo quería... me gustaría... —Respiró agitado; ya comenzaba a ruborizarse sin remedio—.

Raquel, yo creo que... —La morena aguardaba, puesto que Mario había detenido el paso y pretendía mirarla sin conseguirlo; de pronto, pareció recabar la fuerza necesaria para decir lo que ni él misma esperaba— ...me he enamorado de ti.

OOOOOO

La cara de Raquel no hacía más que reflejar su propia incredulidad. Estaba tan perpleja como él mismo por lo que acababan de oír. Mario, a su propia voz diciendo algo en lo que ni tan siquiera había pensado. La conclusión a todo cuanto había sentido durante esos días se había precipitado de su boca, sin vuelta atrás. ¿Por qué había dicho eso? «¡Señor! Qué manera de meter la pata... ¿Y ahora cómo salgo de esta?».

—No, no, no, no, Raquel... —tartamudeando no sería muy convincente. La declaración que acababa de hacer era demasiado fuerte; cualquier cosa que dijera, después de aquello, no tendría el más mínimo sentido—. Yo no quería decir eso.

—¿No querías decir que te has enamorado de mí? —Raquel no le estaba ayudando, por mucho que su sonrisa irónica hubiera vuelto a su cara.

—Raquel... —Mario pareció dejar de respirar y, de pronto, resopló—. Lo que iba a decirte es que me gustaría que siguiéramos en contacto, que continuaras en mi vida a partir de mañana... de una forma u otra... pero ha salido *eso*. —Trató de hacer una gracia en un momento inapropiado—. Ya ves, no sé cómo.

—¿Te has dejado llevar por el día tan maravilloso que hemos pasado juntos? —Ahora ya no sonreía, estaba tranquila y hablaba segura—. No pasa nada. —Se acercó un poco más a él—. Y respira, por favor. Vamos, te enseñaré mi lugar preferido. —Lo agarró de su brazo y se dejó llevar; seguía preocupado por lo que había dicho y por sentirse tan descontrolado junto a la morena. Había sentido su corazón latir tan deprisa que ahora parecía dormido.

Caminaron bajo las estrellas un buen trecho. Mario no se atrevía a decir ni una sola palabra más, pero empezaba a inquietarse por alejarse tanto del hotel. Ya no era todo pradera, cruzaban a través de un bosque con árboles enormes.

—Raquel, ¿oyes? —Se sobresaltó al escuchar un ruido—. Nos están siguiendo. ¡Esto estará lleno de animales!

—Vengo aquí desde niña y nunca me ha atacado ninguno. No hagas tanto ruido, ya queda nada. —Le cogió de la mano para que la siguiera y casi chocó con su espalda cuando la morena, pocos metros después, paró—. Ya estamos.

Una luna enorme acariciaba con su reflejo el agua de un lago que no parecía tener fin. El miedo se esfumó por completo. Raquel le acercó hasta la orilla, y allí estaba su imagen, reflejada en aquellas aguas calmas.

—Alarga la mano... Así. —Raquel levantó el brazo hacia la imagen de la luna en el agua, colocándolo de tal manera que su propio reflejo parecía tocarla—. ¿Ves? —Mario la imitó. Allí estaban abrazados y tocando la luna con sus manos. ¿Qué más se podía pedir?

Demasiado bonito para ser cierto. Algo cayó sobre el agua, deformando la ficción... ¿o era una premonición?

Ellos estaban pendientes el uno del otro como para fijarse en señales de futuros inciertos. Se abrazó a ella con fuerza. Era su forma de decirle que quería sentir aquel momento como irrepetible, marcarlo en su piel a golpes de sensaciones. Raquel se apartó un poco.

—Si no hiciera tanto frío, te quitaría la ropa.

—Ja, ja, ja, ja. Raquel, qué sutileza la tuya. —Ambos rieron.

—Me encantaría bañarme contigo en este lago y con esta luna. —Mario no podía dejar de mirarla. Ella le parecía mucho más hermosa que la luna, el lago o cualquier otra cosa.

—Lo haremos... —Le rozó los labios con sus dedos.

—¿Lo prometes? —No le gustaban las promesas. Qué pregunta era esa, ni que fueran

adolescentes o niños que hacían pactos de sangre; pero, en ese momento, de boca de la morena, respondería cualquier pregunta que le hiciera. Y más si acompañaba su voz con esa mirada llena de anhelo.

—Lo prometo. —La besó para calmar la duda que acompaña a toda promesa—. Cuando haga menos frío.

OOOOOO

Nunca imaginó que el frío se instalaría entre ellos a modo de distancia y lejanía y que del calor no le quedaría más que el recuerdo de aquel día. Aún no entendía lo que había sucedido, imposible encontrar respuestas cuando no te las dan y ha de ser uno mismo quien desencaje los segundos de aquel puzle, para removerlos una y otra vez en su cabeza, tratando de volver a encajarlos y comprender en qué segundo exacto algo dejó de ser perfecto, si es que alguna vez lo había sido. Al menos, lo había parecido.

Muchas veces despertaba angustiado durante la noche, preguntándose si no había sido un mal sueño y ella una invención de su mente a la que aferrarse por no saber cómo vivir su vida; la inventó y se enamoró de su creación. No, no había sido un sueño, ella era real, tan real como la última noche que pasaron juntos, amándose con rabia y pasión, y tratando de calmar la desolación de saber que la noche terminaría, con ternura y caricias. Cuando no la amaba, la miraba, entregándose de tal forma que no había lógica que se resistiera a reconocer que tenía que ser más que química. Lo que sucedía entre ellos se escapaba a su razón; los cuerpos agotados continuaban tratando de apoderarse el uno del otro, venciendo la batalla al sueño, sin querer que la inconsciencia les restara segundos por compartir. Lo habían apostado todo, sin darse cuenta, a una jugada. Cara o cruz. Cuerpo o alma. Salió cara. ¿Y el alma?

El alma se la llevó la mar, arrastrada por tanto azul. Una y mil veces se arrepintió por no haber sido capaz de controlar aquellas palabras que salieron directas desde sus entrañas a su boca. Con el tiempo, se dio cuenta tanto de lo precipitado de la ocasión para decirlas como de la verdad que contenían. Pero esa noche, mientras Raquel desabrochaba su blusa y saboreaba su piel, no había advertido su frialdad, ni su falsedad cuando al colocar su mano en su vientre dibujando formas, le pedía al oído «dímelo otra vez», y paraba el recorrido de sus caricias para volver a susurrarle «dímelo», hasta conseguir que se abandonara y le entregara el alma en un último suspiro.

Cuánto dado y cuánto vacío... y aun así, la esperaba.

## Capítulo 8: Un inciso: ¿quién es ella?

El mar rompe contra los acantilados rocosos; tierra y piedra ascienden metros y metros, como una mole enorme, hacia el cielo y, de pronto, un horizonte de verdes te recibe. El conjunto de elementos cambia y también la escena. ¿Y los personajes?

Un caserón del siglo diecinueve, restaurado, se levanta acogedor entre tanta naturaleza y soledad; las vallas de piedras delimitan las tierras y dibujan los campos, que aun así pueden ser cruzados sin ningún problema.

Dos mujeres sentadas en el porche, abrigadas por mantas sobre sus piernas; aunque era verano, el fresco y la humedad calaban los huesos.

—Tienes que comer un poco más. —La voz de su amiga la devuelve al presente; se empeñaba en tratarla como a una niña a pesar de su más que evidente avanzada edad, pero Dolores se había asignado el rol de protectora. Ella la dejaba; nunca llegaba a ponerse pesada y sabía que la hacía sentir bien tener ese papel que cumplir entre las dos.

—En un par de horas es la merienda, me apetece más... —Dolores no insistió, la notaba preocupada.

—¿Has tenido noticias?

—Sí, pero no creo que quiera venir a verme.

—Pues ve tú a donde esté...

—No puedo imponer mi presencia, Dolores, ya lo hemos hablado otras veces. Si no quiere verme...

—Seguirás siendo una mártir lo que te queda de vida... Una lástima.

—Déjalo estar, Dolores, por favor...

—Es lo que siempre hago, amiga. No me dejas otra opción. —Dolores sabía que así era, no conseguiría avanzar por ese camino, pero había intentado abordar el tema de muchas maneras desde que lo supo, sin conseguir nada más que leves conversaciones en las que terminaba por guardarse lo que realmente quería decir. Sabía el daño que podía hacer a esa mujer. Y callaba... Pero la vida se les pasaba. A ambas.

La imagen de su amiga el día que llegó, caminando con una maleta negra de cuero y muy usada, por lo que era el sendero de entrada a su casa, ahora asfaltado. Lánguida y triste, sola y perdida, aunque supiera perfectamente a donde la llevaba ese camino; a donde quería estar. No se imaginaba en ningún otro lugar después de lo que acababa de hacer. ¿A dónde podría ir?

A cada paso que daba, pensaba si no sería más fácil dejarse caer por el acantilado con su maleta de cuero desgastada, tan trillada como ella misma, rozada, desgastada, sin cuidar; qué importaba que fuera piel de calidad, qué más daba que un día ella misma hubiera sido bella, la negrura lo apagaba; salía de sus ojos para solapar y ensombrecer toda la luz. ¿Era negro el color de la maleta o era ella la que la veía así? ¿Volvería a distinguir algún día los colores?

Como el azul.

Seguiría adelante. La vida era eso. No sabía si finalmente encontraría la anhelada paz, pero había tomado una decisión y no daría marcha atrás.

Los días de música, conciertos, notas en su cabeza... los días junto a ella... habían terminado.

Ese era el acuerdo, había dado su palabra y vendido su alma. Intentaría encontrar la forma de vivir con ello y sin ella.

## Capítulo 9: Un lienzo y el diablo

—Es una pintura al óleo, medidas del lienzo uno por un metro y medio; forma parte de la exposición del autor pero, como ve, no tiene numeración ni título. No está a la venta, lo siento. — La galerista atendía con cortesía el reclamo de aquel apuesto hombre, alto y rubio, elegantemente vestido.

—¿Y por qué lo expone si no está a la venta? —Aquel hombre estaba convencido de que todo en esta vida tenía un precio y creía que a golpe de talonario podría dar la vuelta a cada negativa.

—Señor.... —Empezaba a perder la paciencia con esos aires de seguridad baratos que se gastaba el susodicho.

—Heidorn... Ronnie Heidorn, del bufete de abogados V&H. Estoy aquí en nombre de uno de mis clientes. ¿Podría hablar con el pintor? —La adversidad le crecía.

—Señor Heidorn, el pintor de este lienzo ha dejado sus obras en manos de esta galería para no tener que ocuparse de esos pormenores. Ya sabe, es un artista y yo su representante en estos momentos y se ha dejado convencer para exponer esta pintura porque consideramos que es representativa de su enorme calidad, pero, como le he dicho, no está a la venta. —Demasiadas explicaciones para el pintagaitas ese, con tal de quitárselo de encima de una vez. Quedaba claro que no estaba interesado en otro cuadro que no fuera aquel, y su único cometido, comprarlo.

—Un momento, por favor. —Se apartó a un lado de la galería mientras sacaba de su chaqueta un teléfono último modelo; la galerista lo observó. No parecía tan soberbio hablando con su cliente; en ese momento, alguien más se acercó para preguntar sobre el cuadro. Era imposible pasar frente a él y no detenerse ante aquella gama de colores que daban vida a una piel. El tal Ronnie Heidorn terminó su conversación telefónica y, sin ningún tipo de cortesía, interrumpió la explicación que ella daba a aquella persona interesada en la misma pintura.

—Bien... tengo un mensaje de mi cliente para el suyo. —Le entregó su tarjeta—. Quiere ese cuadro, y le aseguro que puede ser muy persistente. Lo tendrá.

—Caballero, se lo diré a mi cliente, pero no veo como el suyo puede obligarle a vender. —En su larga experiencia jamás se había encontrado con semejante situación.

—Solo dígame al pintor que se ponga en contacto conmigo, quizás entonces se lo piense mejor. —Y, dicho eso, dio media vuelta y salió de la galería, cogiendo uno de los folletos de promoción. Precisamente la única pintura que no se vendía aparecía como reclamo en la portada.

OOOOOO



Mezclaba el pigmento de color con el aceite de linaza. Le gustaba hacer sus propias pinturas para conseguir el tono adecuado y preciso, así como la textura, más espesa o diluida; se había mudado recientemente a un almacén habilitado como estudio y vivienda. Por fuera, estaba lleno de pintadas y grafitis artísticos y, por dentro, de sus propias pinturas. No le faltaba color a su entorno, y eso que el espacio lo compartía con pocos muebles y las cajas de la mudanza, aún llenas de sus cosas. Era el lugar más impersonal en el que había vivido, neutro; no pensaba decorarlo, solo lo imprescindible, como si estuviera de paso. En ningún momento sintió que fuera a quedarse, lo único que necesitaba era crear; sacar lo que fuera que llevara dentro, vaciarse una y otra vez en cada acto creativo, en cada lienzo.

Recordó la propuesta de ese abogado, Heidorn. Le había ofrecido dinero suficiente como para poder pedir una excedencia de su trabajo durante un par de años. Tendría tiempo para la que se estaba perfilando como su otra profesión, ya no solo era su pasión. Había empezado a vender algunos cuadros y cuadernos de viaje, pero no lo suficiente como para poder vivir de ello. Además, nunca pensó en dejar la biblioteca, por más que el desorden le ganara la batalla desde hace un tiempo. Su necesidad de controlar se había ido al extremo opuesto, al igual que un exceso de responsabilidad te puede llevar a la irresponsabilidad más absoluta.

Y ahora... un montón de dinero por un lienzo, y tenía que ser precisamente el único del que no se quería desprender. El diablo lo estaba tentando. Qué le importaba si su alma ya la había entregado, qué más podía llevarse. «A ella...», se contestaba, recordando su forma en el lienzo y cómo la había creado a partir de los bocetos en su libreta. Su dibujo de aquel día se había convertido en una hermosa pintura que tardó meses en terminar, hurgando cada detalle de su piel en sus recuerdos, convirtiéndose en obsesivo plasmar lo que sus ojos percibieron aquel día. Tuvo que darse por vencido, le faltaba algo. «¿Quizá vida...?», se preguntaba, con amarga ironía, y sonreía sin remedio.

Ese cuadro se había convertido es una especie de tortura placentera mientras lo realizaba por la necesidad de sacar esa imagen e imprimirla en una tela que él mismo cortó, montando un bastidor, en un improvisado lienzo. Decidió hacerlo como catarsis, pero, una vez terminado, se dio cuenta de algo: no solo no había conseguido deshacerse de ella en su memoria sino que ahora podía quedarse mirándola durante horas y hasta esperar que se moviera y se levantara de aquella cama para ir a su lado, o tal vez recomponerse a sí mismo de pinceladas al óleo y colarse en la pintura junto a ella.

Tal era su estado febril en ocasiones que finalmente había cedido a dejarla ir. Primero, la encerró bajo llave, en su anterior piso, no queriendo verla, y, después, dejó que la llevaran a sus exposiciones. Verla le absorbía la vida, tanto como se la daba.

Cuántas situaciones inesperadas desde que se cruzó en su vida, más que suficientes para inclinar la balanza hacia la impostura y el descontrol... manejar los hilos como si fuera una cometa para después cortarlos y dejarla a capricho del viento.

Alguien parecía querer traerla de regreso a la tierra y hacer que se desprendiera de su locura a cambio de dinero. El cliente del señor Heidorn. ¿Quería el cuadro a cualquier precio? Vaya formas. No podía, no quería que la imagen de ella durante ese día fuera a manos de otra persona; lo que ese cuadro representaba solo les pertenecía a los dos, a nadie más podría entregárselo.

Una extraña sensación se coló por algún poro de su piel para quedarse en ella y empujarla a la inquietud y la premura por saber; pondría una condición antes de dejarse tentar por el diablo: conocer al comprador en persona. Solo entonces decidiría si venderlo o no.

000000

Los pasos atenuados, hubiera deseado poder flotar sobre el suelo y hacerse invisible; tenía un papel que jugar en aquella historia y trataría de hacerlo lo mejor posible, aunque lo que deseara fuera desenmascarse, dejar desnuda la verdad y terminar por recomponer todas las piezas de aquel enorme enredo.

Ahí estaba. Ni un ciego tiene tal ausencia de color. Si tuviera que elegir un color que le definiera, sería el gris, tornándose oscuro, y todas sus tonalidades intermedias y extremas: en un lado, blanco; al otro, negro. Hasta su pelo se había oscurecido un poco, quizá por haberse deshecho de su melena, y estaba más delgado. Le producía una gran ternura verle, con ese halo reflexivo y lunático, mirándose los pies al caminar, como si de esa forma pudiera no sentirse tan perdido en ese camino que parecía hacer cada día.

Dos días ya y un ruego; seguirle.

Fue incapaz de negarse a sabiendas de estar avivando un fuego y quizá una locura. No habría hecho las cosas de esa manera, las habría afrontado cara a cara; de una forma madura, pero era incapaz de negarle nada. Aun creyendo que no era lo correcto.

Sacó su cámara, se había parado ante el cristal de la ventana de una cafetería y pegaba la frente al mismo. Levantó la mano a modo de saludo hacia alguien y después entró. Con el objetivo de la cámara, y, mientras hacía fotografías, pudo reconocer a la mujer con la que ya se había citado el día anterior. La besó en los labios mientras él caballerosamente le colocaba la silla para que se sentara de nuevo; ambos sonreían.

Esa imagen quedó congelada y embotellada dentro de aquel negativo, lista para revelar; esperaba que fuera el detonante que terminara con aquel desvarío, aunque fuera una terapia de lo más extrema.

Ahora tan solo le quedaba dar un último paso. Se dispuso a guardar la cámara; empezaba a hacer calor, el final de la primavera se acercaba y se estaba asfixiando, no tanto por la ropa que llevaba como por lo que estaba haciendo. Lo decidió en un segundo, el plan iba a cambiar. Quería recobrar el color e intentar darlo, pintar sonrisas en sus caras, aunque para ello primero tuviera que tirar de sus manos y forzar el roce, por más que quisieran apartarlas.

Por la mañana, se encargaría de los negativos de la cámara. La luz terminaría con esos dos días de sombras y grises; decidido, entró en la cafetería y se dirigió hacia la mesa en la que se encontraban las dos personas a las que acababa de fotografiar. Solo una era su objetivo y no lo vio venir hasta que estuvo junto a la mesa. Se quedó clavado a la silla por la sorpresa del encuentro y los recuerdos que le acompañaban, aunque no tuvo más remedio que reaccionar ante su mirada amable.

—Mario, ¿no vas a saludarme? —Extendió su mano esperando su respuesta, acompañándola de su mejor sonrisa

—¡Fernando! —Se levantó y lo abrazó como si con él pudiera recobrar el calor de lo vivido; supo que había hecho lo correcto. Se aferraba a él como quien quiere quedarse o que lo lleven de vuelta. «Eso intento, eso intento...», pensó, y se lo hubiera dicho si la voz de la otra ocupante de la mesa no los hubiera interrumpido.

—Cecilia Sanz. —Se presentó a sí misma, mientras se levantaba y alargaba su mano; haciendo que Fernando tuviera que deshacer el abrazo. Las mejillas de Mario estaban completamente rojas por el cúmulo de emociones. Se disculpó con Cecilia y le pidió a Fernando que se sentara con ellos.

—No, no quiero interrumpir. Hablamos otro día, Mario. Estaremos aquí una semana más. —Lo

hizo con toda la intención, usar el plural, porque le quería poner sobre aviso.

—Pero, al menos, siéntate con nosotros un poco. —Fernando accedió, y Cecilia pidió una copa de vino para él—. ¿Has dicho... *estaremos*? —preguntó, con miedo a saber, pero ansioso por conocer la respuesta.

—Sí, ya sabes... —Su mirada lo dijo todo, antes de que pronunciara su nombre—. Raquel... también está en Barcelona. —No pudo mantener sus ojos, ni los de Cecilia, así que optó por alisar las arrugas que encontraba en el mantel. Las palmas acariciaban la tela, mantenían sus manos ocupadas para que no se notara el desbarajuste de pensamientos y sensaciones pasadas y presentes. Como la de su mano rozando la piel de su espalda después de hacer el amor en el sofá o cómo le susurraba al oído, «dímelo» la última noche. Y sus ojos... todo ese azul «tan frío y helado y tan falso». Recordar esto le hizo sobreponerse para poder continuar con aquella conversación, tomando cierta distancia. Aún dolía, y cómo. Supo que Cecilia lo había intuido, conocía la historia y aun así había accedido a conformarse con lo que Mario pudiera darle: la espera del que ama y no es correspondido de la misma manera, sabiendo que lo compartido tiene una inminente fecha de caducidad y aun así vive y se sostiene, mintiéndose así mismo, encontrando justificación en cada gesto y detalle que le entregaran, excusando la aplastante verdad y dejando pasar los días, sabiendo que él vivía su propia espera, incluso cuando estaban en la cama y veía su mirada perdida al terminar de hacer el amor. Sabía que disfrutaba con ella, pero también que la comparaba, lo hacía sin querer hacerlo ni poder evitarlo.

La vio levantarse y supo que se marchaba para que pudiera hablar con Fernando; Cecilia se retiraba, tendría que hacer frente a sus demonios como un ángel vengador; alzar su espada y cortar las cabezas de todas esas serpientes que rodeaban su cuerpo y lo inmovilizaban... de todas esas excusas que le paralizaban. No movió ni un músculo para evitar que se marchara o para ir tras ella. La necesidad de afrontar lo inesperado le superaba.

Y ahí estaba, solo frente a Fernando, muerto de miedo por lo que pudieran traer sus palabras o por volver a escuchar su nombre. Se perdería por completo si la dejara acercarse, le volvería a arrancar la piel a jirones... quería quedarse en las aguas calmas que Cecilia le trajera, huir de esa mar embravecida y traicionera, de tanta pasión sin fondo.

—Así que Cecilia es tu... ¿novia? —Fernando quiso confirmar la aparente evidencia.

—¿Eso parece? —Mario sonrió, no le sacaría información tan fácilmente, sabía que Fernando le contaría la conversación a su amiga, aunque solo fuera por lo que él creía una simple coincidencia.

—Vale. —Se quedó pensativo, pero continuó—. Entonces, no sé si tendría que contarte... Imagino que para ti Raquel ya es pasado.

—¿Contarme? —Pretendió que no se notara su sonrisa nerviosa y cómo en un instante quedó congelada en su cara. La preocupación en la mirada de Fernando le hizo apartar la máscara tras la que quería protegerse—. ¿Ella está bien? —Sin darse cuenta, le había agarrado la mano con fuerza, mientras esperaba una respuesta. Él aprovechó para darte un golpecito en el dorso de la misma, tratando de tranquilizarlo. Ese gesto fue suficiente para convencerlo de que continuaría con su plan recién ingeniado y con un único fin: dejarles desnudos el uno frente a la otra sin más remedio que mostrarse, reconocerse y dejar de ocultarse.

—Mario, puedes decir su nombre. Tranquilo, que no aparecerá de pronto surgida de la nada como en un truco de magia. —El chico bajó su mirada, sintiendo descubierto uno de sus temores: el de volver a verla—. Raquel está bien, pero... —escuchó su fuerte suspiro ya sin disimulo— creo que hay cosas que tienes que saber.

000000

Las puertas del ascensor se cerraron para comenzar a elevarse, al mismo tiempo que su estómago parecía estar siendo impulsado hacia su boca. Apoyaron el lienzo en vertical, lo largo hacia el techo de la cabina; no era excesivamente grande, así que no hubo ningún problema para transportarlo. Se ocuparon personalmente. La furgoneta de la galería y la ayuda de Sophie, su galerista, fue suficiente. Ella se encargó de cerrar las condiciones de la venta, que no eran otras que una suma considerable de dinero en un cheque nominativo y la entrega del cuadro por parte del autor al comprador.

Y allí estaban, lienzo y autor, tan inseparables hasta el final, a punto de deshacerse de él para siempre, de venderlo por un puñado de euros y ni tan siquiera ya le importaba; lo que realmente le preocupaba era a quién encontraría al entregarlo. Sabía dónde estaba, ese ascensor no subía hacia el cielo sino más bien hasta la última planta de un hotel donde se hallaban sus miedos. La confesión del chico sobre el comprador de la pintura fue decisiva para que ahora estuviera ahí.

Cuando las puertas se abrieron, encontró la sonrisa amable de Fernando y, por simple asociación, se ruborizó, como si él conociera y reconociera todos y cada uno de los pensamientos que intentaba ocultar. Se abrazó a él queriendo contagiarse de su calma, la necesitaba. En respuesta, Fernando soltó el abrazo para agarrarle del brazo y guiarle el camino, tirando de él con decisión. Se negaba a pensar que pudiera haber marcha atrás, ya se había desandado demasiado camino.

Se notaba que esa planta del hotel era para uso personal, no pudo observar mucho más. En ese momento, los detalles de la decoración y distribución del lugar donde se encontraba era lo que menos llamaba su atención; el pasillo que estaban recorriendo se le hacía interminable. Fernando había cogido con la otra mano el lienzo, y Sophie los seguía. Mario solo quería diluirse y convertirse en una mancha húmeda en el suelo para pasar desapercibido. Con solo intuir su presencia, saber que estaba cerca, se anularon todos sus propósitos de serenidad y capacidad de autocontrol. Repasaba recuerdos rápidamente para aferrarse a alguno que le devolviera la calma. Ojalá pudiera convertirse en piedra o simplemente tener la posibilidad de odiarla o, mejor aún, que el estar frente a ella le fuera indiferente.

—Fernando... —Una empleada del hotel con traje de falda y chaqueta les sonreía con cordialidad, mientras les indicaba con una mano que podían pasar a otra habitación—. Pasen, los está esperando—. Mario se dio cuenta de que habían entrado a una especie de sala-oficina circular con la mesa de la que parecía la secretaría en el centro y que albergaba, al menos, cuatro puertas más. Fernando se dirigió hacia una de ellas y la abrió sin contemplaciones, antes de que le diera tiempo a inhalar un poco del aire que le faltaba a sus pulmones, empujándolo hacia adentro y soltando su mano.

—¡Buenos días, Gerard! —Un hombre de edad avanzada agarraba un palo de golf y lo agitaba en el aire. Llevaba metidos los bajos de sus pantalones por dentro de los calcetines y se había arremangado la camisa azul por encima de los codos—. Aquí tienes a Mario Martin y su pintura. —Detuvo su palo y lo colocó como un bastón, mientras arrugaba sus ojos para tratar de ver en la corta distancia.

Mario se preguntó cómo era posible que viera dónde meter la bola de golf y pareciera no verle bien a él. Se encontraban en la terraza más enorme que hubiera visto jamás y junto a un improvisado campo de golf artificial, bordeado por largas redes para que las pelotas no salieran despedidas hacia la calle.

Supo enseguida de quién se trataba, Gerard Hatmann, el dueño del hotel y el padre de Raquel.

La primera vez que supo de él fue en las hemerotecas, periódicos y revistas donde aparecía su imagen o algún artículo sobre sus logros en el sector hotelero; después del silencio de su hija, había pasado muchas horas y días tratando de saber más sobre Raquel, y no le quedó otra opción que investigar por su cuenta. Trabajaba en una biblioteca y tenía mucha información a su alcance... casi todo lo que sabía sobre ella lo había sacado de algún artículo o de internet; nunca imaginó que fuera tan relativamente conocida en el mundo de la música desde niña y que quedara constancia de sus conciertos con distintas orquestas durante años.

Tampoco imaginó que sería la única forma de seguir sus pasos y saber de su vida, por reseñas de sociedad y fechas de futuros conciertos. Así, supo que había vuelto a hacer una gira por Europa y otros continentes, un espectáculo alternativo y multimedia, una especie de fusión entre música, danza, actuación y efectos visuales junto a otros compañeros y con unas críticas magníficas. Nada que ver con su anterior trabajo, solo que seguía tocando su chelo y además cantaba, bailaba y actuaba. Vio cómo su aspecto se fue transformando: al principio, se había cortado el pelo; al tiempo, se dejó melena y lo tiñó a mechas rubias, adelgazó aún más y su forma de vestir variaba al son de su físico; igual aparecía elegante con un vestido negro de gala y el pelo recogido que con combinaciones de ropa imposibles de imaginar en otra persona que no fuera ella.

Y tan lejos... siempre tan lejos.

Ahora a quien tenía frente a él era a su padre, de quien había heredado su mar. Raquel tenía el físico de su madre, pero el color de ojos de su padre, ese azul que rasgaba cada pensamiento que le acompañara, impidiéndole pensar con coherencia.

—Encantado de conocerle, señor Martin. —Había caminado hacia él y le extendía su mano. Mario la estrechó con firmeza, tratando de disimular cómo temblaba todo su cuerpo y cohibido ante su mirada, aunque nada tuviera que ver con la de su hija. Ese hombre no parecía conocer la altivez ni la soberbia; quizá los años trajeron la paz y serenidad que a su hija le faltaba.

—Igualmente, señor Hartman. —Apenas si le salía la voz. Gerard le sonrió.

—Por favor, tutéame y llámame Gerard. Eres amigo de Fernando y de mi hija, así que nada de formalismos entre nosotros. ¿Juegas al golf?

—Pues... no. Yo no... —Antes de que pudiera continuar, Fernando intervino.

—Gerard, no todo el mundo le ve la gracia a ese deporte. —Levantó en alto el lienzo para recordarle el motivo de la reunión. Sophie se había quedado rezagada a la espera del momento de la entrega tanto del cheque como del cuadro; Mario le había pedido que estuviera presente como apoyo y manera de guardar la distancia que necesitaba y creyendo que a quien encontraría sería a la hija y no al padre. ¿Quién estaba comprando la pintura? ¿Sabía Gerard que la mujer desnuda del cuadro era su hija? ¿Dónde estaba Raquel? Demasiadas preguntas para tanta inquietud; imposible no mostrarla. Su mirada se escapaba hacia otros lugares de la gran terraza, queriendo encontrar un signo, una señal. Escuchó cómo rasgaban el papel del envoltorio y quitaban las hojas de plástico acolchadas que protegían el lienzo. Luego lo dejaron apoyado en un sillón de la terraza, mientras Fernando, Gerard y Sophie se quedaban observándolo en silencio. Mario no veía nada, sabía que Raquel aparecería en cualquier momento y la esperaba. Su corazón a mil o diez mil, mientras a su alrededor todo parecía transcurrir a un ritmo lento y amortiguado, como quien se mueve y mira bajo el agua.

—Magnífico. Mario, tienes un gran talento. —La voz de Gerard le trajo de vuelta—. Entiendo que mi hija quiera esta pintura a cualquier precio. —Sacó un cheque del bolsillo del pantalón para entregárselo, pero Sophie se adelantó. Sabía que a Mario no le gustaría tener que cogerlo y mirar los detalles de la cantidad. Nunca quería hacerlo y menos con ese cuadro—. Por cierto, Fernando, ¿dónde se ha metido Raquel esta mañana? Pensé que estaría presente cuando Mario viniera...

—Estoy aquí papá —escuchó su voz, después el golpe de la puerta al cerrarse y los pasos a su espalda. Podía notar cómo se movía sigilosamente mientras se acercaba, y todos menos él la miraban. No es que no quisiera, simplemente no podía mover ni un solo músculo; falta de oxígeno o exceso de sensación, pero sabía que estaba a punto de hacer el ridículo cuando, de pronto, Raquel se colocó frente a él y, con una gran sonrisa, lo abrazó. Mario sintió cómo ardían sus mejillas mientras sus brazos respondían de una forma automática para devolver el abrazo, en un acto reflejo de cortesía. Fue el abrazo más frío y superficial que nunca le hubiera dado; duró un instante o eso es lo que a él le pareció, el tiempo preciso para salvar la situación del reencuentro frente a otros, sin más intención que dar y demostrar solo lo justo y necesario. Después, se apartó y lo miró a los ojos, un mar helado, imposible nadar en esas aguas. Quizá reflejarse en ese hielo hizo que el frío también llegara a su propio corazón, pero aquella mirada le hizo volver a recobrar las fuerzas perdidas por el camino y retomar el control sobre sus propios actos.

—Me alegra verte a ver, Mario —lo dijo apartando sus ojos y acercándose junto a su padre; llevaba lo que parecía el uniforme del hotel, falda y blusa, y el pelo recogido en una coleta tirante, lo que le daba un aspecto serio y distante. Volvía a tenerlo largo y moreno, tal y como la conoció—. Estás... distinto. —Fernando se colocó junto a ella para observar lo que sus ojos veían.

—Cierto —dijo, pensativo—. Estás más delgado, tienes el pelo algo menos rubio y corto, barbita de pocos días y te has convertido en pintor.

—Todo verdadero. —Mario le sonreía, sin dejar de mirar a Raquel, aguardando su próxima reacción. Gerard había entregado el cheque a Sophie, que aún lo sostenía en su mano. La morena lo miró y, después, se dirigió hacia el cuadro. Mario no pudo evitar la reacción inmediata de contemplar cómo movía sus caderas y sus piernas.

—Así que ya es mío...

—Tus deseos son órdenes para mí, hija. —Gerard la siguió y la rodeó con el brazo para darle un sonoro beso—. De hecho, me parece tan bueno que he pensado en proponerle algo a Mario.

—¿Quieres que haga tu desnudo, papá? —El comentario de Raquel hizo que todos rieran la ocurrencia—. Aún estás de muy buen ver. —Lo abrazó con todas sus fuerzas y dejó apoyada la cabeza en su pecho. Gerard era mucho más alto que ella. Mario sintió una punzada en el estómago al verla tan cariñosa, no podía bajar la guardia.

—Uhm... no se me había ocurrido. —Le acariciaba el pelo y reía—. Mario, ven con nosotros —Gerard abrió los brazos también hacia él. Al ver la cara de sorpresa del chico, Fernando acudió a su rescate, agarrándolo y llevándolo hacia los brazos del padre de Raquel, que seguía sin soltar a su hija y aún le quedó espacio para cobijarlos a los dos. Mario quedó apoyado en la espalda de la morena y entre el padre y Fernando, que abrazaban fuerte. Sus cuerpos quedaron cada vez más pegados, trayendo su olor y el desgarrar de su piel, junto con las sensaciones y recuerdos que despertaban. Sus ojos se clavaron en su perfil perfecto, la línea de su nariz y de su boca. Raquel entornaba los ojos, como queriendo retener solo con su cuerpo cada roce. La voz del padre le hizo romper el abrazo.

—Ya basta, papá. Mario no te conoce apenas y ya le vas dando abrazos, ¿qué pensará de ti?

—Mario Martin, ¿qué piensas sobre este viejo? —Gerard se señalaba, mientras los soltaba a todos y el chico volvía junto a Sophie, que parecía estar pasándoselo en grande.

—Papá... —Raquel no sabía hacia dónde mirar, así que volvió a quedarse prendada del cuadro hasta que escuchó cómo Mario comenzaba a responderle y, poco a poco, se volvió a mirarle.

—Pues creo que es usted un hombre encantador, a quien no le importa mostrar su afecto y



hacer lo que esté en sus manos por amor. —Todos escuchaban atentamente—. Este gesto de abrazar a un perfecto desconocido porque sabe que trae entre sus manos algo que su hija quiere y por lo que no le ha importado pagar una cantidad importante de dinero... y todo para colmar el *capricho* de alguien a quien ama por encima de sí mismo. —No pudo evitar remarcar con cierto desdén esa palabra, algo que no pasó desapercibido para ninguno de los presentes.

—No es un capricho. —Raquel parecía indefensa en ese momento, sin saber qué más podía decir. Su padre se acercó a ella y volvió a pasarle el brazo por los hombros.

—Mario, esa pintura no es un simple *capricho* para mi hija. Tú y tu cuadro habéis conseguido traerla de vuelta. —Al ver la cara de asombro de su propia hija, continuó—. Has hecho que Raquel quiera parar en un mismo sitio después de casi dos años de girar por el mundo. No sé exactamente el motivo, pero no importa... Por eso, he pensado en proponerte algo que no es más que puro egoísmo por mi parte. ¿Harías un retrato de Raquel?

—¡Papá! Ya tengo un retrato —dijo, soltándose de él, insegura ante algo que no esperaba y señalando el cuadro que acababa de comprar.

—Sí, Raquel, pero es un desnudo. ¿No pretenderás que lo cuelgue en Santander junto al retrato de tu madre? Además, soy tu padre y, aunque reconozco el arte, no me acabo de hacer a la idea de tener que estar contemplando esta pintura de mi hija desnuda.

—Tú no tienes por qué mirarlo. ¡Es para mí! —Raquel miraba algo cohibida hacia Mario, que permanecía en silencio, sin saber qué decir. ¿Cómo decirle al padre, educadamente, que no podía permanecer mucho tiempo junto a su hija y que solo pensar en tener que hacer su retrato le volvía el mundo del revés?—. Además, has puesto a Mario en un compromiso. ÉL no podrá hacerlo, tendrá otros proyectos.

—Lo pensaré. —Ni él mismo esperaba escuchar su propia voz, pero el deseo de salir de allí corriendo le podía, y no halló mejor manera que posponer la respuesta a dicha petición, ni un sí ni un no. Escapar, quedándose en el limbo de su indecisión. Ahora, Raquel lo miraba de una forma que le resultaba familiar. ¿Podría alguna vez volver a descifrar lo que contenía aquella mirada?

OOOOOO

—¿Nuestra Raquel? ¿En Barcelona? —Alberto no disimulaba su sorpresa; todo lo contrario, la exageraba. Había notado que Mario venía a contarle algo importante desde el comienzo de su conversación. Ese leve temblor casi imperceptible en el sonido de su voz le mostraba la inseguridad de su amigo, la inquietud enmascarada bajo su aparente tranquilidad, seguido del aquel rubor que le delataba—. Wow, esta es mi segunda oportunidad de ir a por ella. ¿Sigue estando tan buena? —Si pretendía provocar y hacerle reaccionar, lo iba a conseguir.

—¡Alberto! No empieces, estoy intentando contarte lo que pasó. —Le molestaba sobremanera que le hablara en aquellos términos sobre la morena y no quería saber por qué. Le hervía la piel y punto. Pero Alberto no se lo estaba poniendo fácil.

—Vale, pero escúchame tú... Tenemos que reunirnos de nuevo con ella. Y con Fernando, claro... Y, si a ti ella ya no te importa, yo podría volver a intentarlo.

—Me voy. Ha sido un error venir a hablar contigo. —Mario estaba realmente enfadado, no podía creer que su amigo siguiera pensando en acostarse con Raquel; no, sabiendo toda la historia entre ellos. Alberto corrió tras él riendo. Maldita la gracia, pensó —. Eres un capullo, no me cansaré de decírtelo. —Se volvió hacia él, airado.

—Perdona, pero es que me lo pones muy fácil para picarte. —Le miró a los ojos, a punto de decir su verdad—. Sigues completamente colgado por él, ¿es eso lo que vienes a decirme?

—¡No! —Mario se apartó de su abrazo como si le llevara el diablo—. Lo que quiero es que te calles de una vez y escuches. —Abría las manos como clamando al cielo. Alberto se dio cuenta de que era momento de guardar silencio. Se sentó en el sofá de su despacho y esperó a que su amigo se tranquilizara.

—No y sí. Alberto... —Se paró a respirar con fuerza, como si le costara lo que estaba a punto de decir—. Es evidente que aún siento y que no he dejado de sentir ni un solo día desde que la conocí. —Se sentó junto a él en el sofá—. Y es un problema porque... yo estoy con otra persona a quien quiero.

—Cecilia... —Ahora, Alberto le miraba con comprensión—. Pero, si aún sientes...

—Sé lo que me vas a decir, Alberto, que si aún siento algo por Raquel no tendría que mentir a Ces. Y nunca lo he hecho, ella conoce lo que hubo entre nosotros y sabe que, de alguna forma, aún sigue en mí. —Agachó la cabeza—. Lo que no he podido decirle es cómo me sentí el otro día al verla y que no puedo dejar de pensar en la oferta de su padre de hacerle un retrato porque así podría volver a pasar tiempo a su lado.

—¿Y si Raquel vuelve a desaparecer? —Su amigo parecía llevar una conversación alternativa—. ¿Seguirás pintándola, pensando en ella y soñando con ella... al lado de Ces?

Mario se cubrió la cara con las manos. Era demasiado para su cabeza. Estaba completamente desbordado por la situación y, sin poder contenerlo, el llanto apareció para enturbiar aún más su visión.

—Chico, lo siento. Sé que soy muy brusco a veces, pero creo que, si no afrontas lo que sientes ahora y la posibilidad de entender lo que pasó entre vosotros, siempre te quedará esa duda, ese dolor y ese amor frustrado. —Alberto le miró alentador—. ¿Crees que Raquel aún siente algo por ti?

—Pues verás... —Mario se recompuso un poco, tratando de explicar todo lo acontecido durante esos días, comenzando por el principio, su conversación con Fernando, cómo le reveló que la persona interesada en comprar el cuadro no era otra que la protagonista del mismo, y la forma... ¿Quién era ahora el cazador y quién la presa?

## Capítulo 10: Lluvia de deseos

Dormitaba en su cama. El sonido del timbre de la puerta le acababa de despertar de su siesta. Trataba de descansar todos los días después de comer unos quince o veinte minutos. Le era más que suficiente para reponer y continuar el día. Miró el reloj; volvería a llegar tarde al gimnasio. En esas ocasiones, el videoportero le parecía el mejor de los inventos; dependiendo de quién fuera, abriría o esperaría a que se marchara.

No veía su cara de frente, parecía estar mirándose los pies, pero la habría reconocido en todas las posturas posibles. Esperaba verla, pero aún no había tenido el valor de tomar una decisión. La posponía, deseando que ocurriera algo como lo que estaba sucediendo, encontrarla llamando a la puerta de su casa. Abrió sin contestar. Raquel levantó la cabeza y miró hacia el videoportero; antes de abrir la puerta, Mario ya temblaba. Sabía que cualquier cosa que dijera o hiciera podría cambiar el transcurso de los acontecimientos y de su propia vida, como cuando enredó las piernas a las suyas aquella primera noche. Aún podía revivir en su memoria cada roce y la sensación que lo había acompañado... pero Raquel decidió desenredarse y él no pudo hacer nada.

—Hola. —Aún con la puerta abierta, parecía dudar de si podía o no entrar.

—Pasa, Raquel. —De nuevo, la formalidad de su nombre para imprimir la mera cortesía y distancia entre ellos. No quería que advirtiera que le importaba aquella visita más de lo preciso —. Estaba a punto de cambiarme para ir al gimnasio. —Le dio la espalda, dejando que la morena se decidiera a entrar y cerrar la puerta.

—¿Qué deporte haces? —Avanzaba hacia el centro del almacén-vivienda sin poder disimular su sorpresa ante lo que veía; Mario se volvió hacia ella, incrédulo y algo indignado. ¿Ahora le importaba lo que hacía? Respiró para serenarse, nada de reproches, tenía que controlar sus ganas de gritarle y escupirle cómo se había sentido en los dos últimos años.

—Ahora estoy haciendo *kickboxing*. Llevo más o menos un año. —Subió al altillo dormitorio, desde el que aún podía verse cada uno de sus pasos, incluso el gran tamaño de su cama; tenía un armario enorme sin puertas, con la ropa perfectamente colocada en perchas y cajas. En eso no había cambiado nada. Su necesidad de orden y simpleza, aunque su ropa tuviese otros colores y no fuera tan escogida y parecida entre sí. Metió algunas prendas en una mochila y extendió una especie de biombo para poder cambiarse la ropa que llevaba puesta en la intimidad. Y para poder resoplar y tratar de recuperar el aire perdido sin que Raquel lo advirtiera. Estaba tan nervioso por tenerla de nuevo a su lado que no sabía ni cómo comportarse ni qué decirle. Solo podía pensar en lo preciosa que estaba y en tratar de controlar esa ansiedad que lo dominaba. ¿Cómo reprochar a alguien con quien solo había compartido ilusión y pasión durante un día y dos noches?

—Wow... Intentaré que no te enfades conmigo. —Si pretendía hacer una gracia con aquello, iba lista. La esperaba con las manos a la espalda y sin saber muy bien cómo encajar en aquella situación. Se le notaba que también estaba tensa, pero ella no lo disimulaba o no conseguía hacerlo. Mario bajó la escalera, ya preparado para salir con su mochila, y se detuvo frente a ella.

—Lo siento, pero tengo que irme o llegaré tarde y mi entrenador personal me matará, literalmente. —Era cierto, Erick era muy estricto con los horarios y los entrenamientos, pero, a la vez, era mentira, porque Mario se había escabullido en más de una ocasión de alguna de sus

clases y tampoco era para tanto. Se dio cuenta que sus deseos de no llegar tarde a su entrenamiento se debían más a las ganas de huir de Raquel, así que se armó de valor—. ¿Quieres venir? —La propuesta los pilló por sorpresa a ambos, la morena sonrió aliviada y, en cierta forma, parecía ilusionada.

—Claro, pero me tendrás que dejar ropa de deporte. Me gustaría probarlo, aunque tu ropa me quede pésima. —Y ahí estaba: esa mirada zalamera y provocadora—. ¿Te importa?

—Para nada. —Mario se dio la vuelta para ir a por ropa para Raquel y no pudo evitar ocultarle aquella sonrisa que se dibujaba en sus labios—. ¿Estás segura? Lo más probable es que Erick nos ponga a pelear entre nosotros. —La ponía sobre aviso.

—Uhhh... Eso suena bien. —No podía evitarlo, le nacía hacer la broma para ver su reacción. Ni aunque hubiera puesto un par de años de tiempo y distancia entre ellos podría disimular su deseo de jugar y de atraerlo. Mario no se iba a dejar engatusar tan fácilmente esta vez.

—Ya me lo dirás después de probar... mis golpes. —Paula abrió la puerta y esperó a que la morena saliera, no sin antes cerrar por un instante los ojos, abrumado por su aroma, exactamente el mismo; ni siquiera había cambiado su perfume. Las ganas de entrenar se acrecentaron, y aún más sabiendo quién sería su contrincante...

Mientras golpeaba el saco, la miraba. No conseguía sacar toda la tensión que lo consumía.

Erick le había colocado las vendas negras en los puños y le enseñaba cómo tenía que golpear y mover las piernas; se veía la elasticidad en el cuerpo de Raquel. Practicaba baile y artes marciales varias; buscaba la armonía hasta en el movimiento, expresar con su cuerpo lo que no podía contar con palabras...y lo conseguía del tal manera que Mario no podía dejar de mirarla, incluso con aquella camiseta enorme y los pantalones amplios. Raquel le devolvía alguna que otra mirada, desafiante, cómo no. Esperaba el momento de colocarse frente a ella y poder tocarla, aunque fuera a golpes, y así poder quitarle a sacudidas esa arrogancia que le deshacía el orgullo y le quemaba la piel.

Su entrenador le hizo un gesto, indicándole que podía comenzar el cuerpo a cuerpo. Mario se acercó y fue directo hacia donde estaba colocada la equipación del gimnasio para coger el protector de cabeza, las espinilleras y los guantes para Raquel.

—Mario. —Erick la llamó—. Para un primer enfrentamiento, y siendo amigos, no considero necesaria tanta protección; quítate la tuya y estaréis en igualdad de condiciones.

—¿Igualdad de condiciones? —Raquel sonreía—. Eso es imposible... Mario ya lleva un año entrenando y yo...

—Tú has practicado artes marciales, Raquel. —Mario le devolvía la sonrisa, por el momento.

—Te prometo que no las usaré. —Raquel se colocó en posición, los puños levantados y una pierna delante de la otra, mientras levantaba su ceja—. Siempre y cuando no las necesite.

—Ya... —él imitó su postura, pero más desafiante. Y, sin aguardar, alzó una pierna directa a las de Raquel, haciendo que se inclinara hacia atrás. A punto estuvo de caer—. Eres una bravucona, y no me creo tus promesas. —Bajó los puños, mientras bailaba con los pies alrededor de la morena, aguardando que volviera a colocarse.

Erick comenzó a arrepentirse de la decisión tomada. Tendrían que haberse colocado la protección; tenía la sensación de que iban a volar más golpes y patadas de las que había esperado. Aun así, se limitó a seguir observando. También era analizable en esos combates la capacidad de autocontrol de los participantes, saber cuándo tenían que parar o continuar. Mario iba bien, pero le notaba especialmente tenso; por alguna razón aquella chica que lo acompañaba le estaba haciendo perder su excelente nivel de control en cada una de sus patadas. Estaba claro que quería desequilibrar a golpes controlados hasta derrotarla y que la morena no estaba desplegando por el

momento sus técnicas en artes marciales.

Mario no había necesitado usar los puños. Seguía empujando y golpeando con sus piernas solo para desestabilizar; quería que Raquel reaccionara y que aquello se convirtiera en un verdadero cuerpo a cuerpo. Pero la morena estaba siendo paciente y tratando de usar solo las técnicas recién aprendidas antes de comenzar. No dejaba de mirarlo y sonreír, intentando bromear con sus caídas y sus torpes golpes esquivados por Mario; el chico le correspondía en risas, mientras le propinaba una y otra patada, pero su rabia iba in crescendo poco a poco, como gota a gota se puede colmar una enorme bañera y hacerla rebosar. Dos años de gotas eran más que suficientes.

Ella estaba avisando; quería que se defendiera y, sin previo aviso, la sonrisa se le desdibujó de la cara, se quedó tal cual clavada en el suelo, con los brazos en forma de cruz y apoyada solo sobre una pierna. Era una postura clara de tai chi, o de cualquier otra técnica marcial. Parecía un águila a punto de alzar el vuelo y fue precisamente lo que hizo. Dejó su mirada fija en la de Mario y, desde ese momento, él fue incapaz de acertar ni uno solo de sus golpes. Raquel los esquivaba, ágil y veloz se escabullía como un relámpago. Ya ninguna de los dos sonreía. La tensión aumentaba entre ellos, hasta el punto de que la morena tuvo que pasar de la simple defensa al ataque al ver que Mario no dejaba de avanzar e intentar tocarla con puños y piernas, así que, al esquivar uno de los golpes, le agarró en el aire y tiró del chico, haciendo que diera de bruces en el suelo.

Mario gritó tanto por el impacto en la espalda como por lo inesperado del ataque. Raquel se arrepintió enseguida y se inclinó para ver cómo estaba. Erick decidió poner fin al enfrentamiento, pero Mario se le adelantó y, perdiendo por completo las formas y la técnica, agarró de la coleta a la morena con fuerza.

—Serás... —Ahora Raquel se echaba sobre él con ganas de venganza; parecía la pelea de dos adolescentes en plena calle. Se agarraban del pelo, de las manos...

—¡Mario! ¡Raquel! —No hacían caso al entrenador, que no daba crédito a lo que estaba viendo.

—Suéltame, Raquel, o... —Notaba su cuerpo sobre el de él, inmovilizándolo, así que, tirando de su pelo, decidió darle un bocado en el hombro, clavando sus dientes hasta que la escuchó quejarse. Entonces, aprovechó su debilidad para invertir la posición. Ahora era él el que sujetaba a la morena y echaba todo su peso sobre ella y, sin esperar que Raquel se la devolviera, le mordió en el pecho, cerca de la clavícula. Pero esa forma de morder era muy distinta, chupaba y acariciaba con su lengua. Mario empezó a aflojar su fuerza, mientras sentía cómo la boca de la morena irradiaba placer desde un solo punto de su piel y su carne al resto de su cuerpo y, para rematar la faena, se permitió colocar su pierna entre las del chico, antes de que la voz del entrenador les devolviera a la situación en la que ellos mismos se habían metido.

Raquel aflojó sus brazos y dejó de morder, Mario se hizo a un lado, manteniéndose sentado en el suelo.

—Lo siento. —La morena se disculpó primero, mirándole desolada a los ojos.

—Ha sido culpa mía. —Mario bajaba la mirada; le dolía más el placer que había sentido de nuevo entre sus brazos que todos y cada uno de los golpes recibidos y dados.

OOOOOO

La ropa de deporte usada, la excusa para volver a llamar a su puerta y sonreír tan adentro. Los sentidos se potenciaban a su lado tanto como se nublaba su juicio hasta convertirse en medio idiota y casi no poder articular palabra. De su aparente seguridad no quedaba ni el adjetivo. Intentaba serenarse abstrayéndose en su música, sostenerse en cada nota, apoyarse y enredarse en cada una de las líneas de su pentagrama imaginario, sin conseguirlo. Estar frente a la puerta de su casa de nuevo, tratando de enviar una simple orden a los dedos de su mano para pulsar el timbre, y que te paralice una y otra vez el no saber qué decir, ni qué hacer. Tanto tiempo acumulando palabras y que te falte el aliento y el valor para pronunciarlas y contarlas. ¿Y si no quieren ser oídas?

La tarde anterior se habían separado al salir del gimnasio, como si ambos quisieran huir y no enfrentarse al porqué de todo lo sentido; el entrenador había intentado quitar tensión a lo sucedido, les había pedido hacer un ejercicio en el que tenían que sentarse en el suelo uno frente a la otra y mirarse durante un tiempo, en silencio, solo estar, ser conscientes. Él no sabía cuánto dolía; pretendió aliviar lo sucedido entre ellos, pero lo único que consiguió fue acrecentar el miedo a mostrar lo que sentían. Por muy cerca que estuvieran, sus cuerpos se sentían tan lejos...

¿Cómo volver a mirar en sus ojos y empaparse de su miel? Que su mirada dejara de vagar inquieta y se quedara, profunda y confiada; en principio, eso le bastaba, aunque lo que más esperara fuera quebrarla de deseo y tornarla enamorada. Qué largo camino por recorrer, tan imposible se le hacía en esos momentos... y estaba esa chica, Cecilia. ¿Qué derecho tenía ella a inmiscuirse ahora en su vida? ¿Qué podía esperar?

«Todo», pensó, y eso fue suficiente para levantar su dedo hacia el portero y llamar. Imaginarle en otros brazos le dio la rabia suficiente y, cuando la puerta se abrió, respiró con fuerza. Ya se había vuelto una vez atrás, ahora solo le quedaba avanzar, convencerle... No tenía ni idea de cómo lo haría ni un plan a seguir; solo estar y que Mario se dejara acompañar.

—Hola. — la esperaba tras la puerta, indeciso. Levantó la bolsa que traía al hombro—. Te traigo la ropa de deporte que me dejaste ayer. —Entró y le entregó la bolsa.

—No hacía falta. —La rubia parecía inquieto.

—La han lavado y secado en el hotel, así que no quedarán restos... ni de tu saliva ni de la mía. —Raquel estaba muy seria.

—¿Cómo? —La miró sorprendido por el comentario.

—El bocado que me diste... —Comenzó a levantar una ceja.

—¿Te hice daño? —Mario abrió los ojos como platos.

—Solo me has dejado una marca y un moratón.

—Yo también tengo un morado —dijo, inocente, tocándose la parte alta de su pecho y arrepintiéndose enseguida por haberlo mencionado. Se había pasado un buen rato esa mañana mirándose en el espejo y reviviendo cada sensación, hasta que, enfadado consigo mismo, se había puesto un jersey, negándose a volver a mirar aquella marca.

—¡Ah! Podría decirte que me arrepiento, pero no... Te lo mereces. —Se sentía cómoda con aquella conversación cargada de dobles sentidos porque notaba cómo Mario comenzaba a ruborizarse y perder el control, y eso significaba que aún podía causar ciertas reacciones en él. El rubio caminó hacia la isla de la cocina y se colocó tras ella, como si necesitara delimitar el espacio y, a la vez, hacer que le sirviera de apoyo. Raquel le siguió.

—Es lo mínimo que pude hacer... después de tener tus piernas y tus manos por todo mi cuerpo. —La burla era evidente, la morena era incorregible.

—Ya. —Ahora Mario estaba dispuesta a seguirle el juego—. Vaya pelea de adolescentes.

Su sonrisa amplia y sincera le encogió cada fibra nerviosa, las exprimió y luego las puso a secar. Ahí estaba: todo músculo, carne y piel, con los pensamientos alborotados y la garganta seca. De pronto, lo único que se le ocurría era ironizar sobre sí misma, jugaba a querer enamorarse y aún más se enamoraba.

—¿Quieres tomar algo? Zumo, café, té... —Sabía que la estaba invitando a quedarse unos minutos más, no solo era una pregunta educada.

—Un té estaría genial. Gracias. —Sus ojos se pegaron a su cuerpo cuando se volvió hacia la cocina para preparar las bebidas; era su momento para poder observar sin disimulos. Cuánto había deseado poder mirarle. Tenía que disfrutar de esos momentos, para poder desgranarlos y entenderlos como parte de un todo, el todo; tratar de contener el anhelo de estar en sus brazos y en su boca. Eso llegaría después, si conseguía convencerlo. Veía cómo el rubor lo invadía, no podía disimularlo, era probable que estuviera notando su mirada recorrer todo su cuerpo.

Decidió dar una tregua al momento, la superaba su curiosidad por aquel lugar donde Mario había decidido llevar su trabajo y su hogar, era tan... tan... No podía describirlo, simplemente era él. Lo que se mostraba podía calificarse tanto de impersonal como de caótico y, a la vez, lleno de vida en la expresión de sus pinturas, colores y formas que abstraían y removían cada principio.

Mario notó cómo curioseaba y se detenía en cada detalle como si tratara de descifrar un sentido más allá de la disposición de cada pieza de su almacén, loft o lo que fuera; sabía cuánto apreciaba lo hermoso. No es que lo hubiera dicho alguna vez, solo que parecía entrar en un estado de concentración que le dejaba sin saber cómo comportarse; ni que fuera sonámbula y temiera despertarla. Cogió una bandeja para el té y lo depositó en la mesa frente al sofá. Tendrían que sentarse juntos sí o sí, no tenía orejeros ni nada parecido; pero el sofá era amplio y se mantuvo en un extremo. Se sentó junto a él, guardando las distancias, era lo que quería y ella no forzaría nada.

—¿Qué haces aquí, Raquel? —La llamó *Raquel*. Tocaba empezar, marcaba claramente las distancias.

—Ya te lo he dicho. —Al ver que ponía cara de intentar recordar—. Ya sabes... la ropa de deporte.

—Ah, bueno, pero yo me refería al verdadero motivo por el que has querido volver a verme. —Vaya, no se andaba por las ramas, ¿lo siguiente sería una discusión donde predominaran los reproches?

—¿De veras quieres saberlo? —Tampoco ella pensaba divagar mucho más; si había que ir directa al grano, iría a por todas. Notó cómo la valentía estuvo a punto de escaparse entre los dedos de su contendiente. Mario dudó ante la pregunta.

—Sí —contestó; las miradas de ambos vagaban tratando de no encontrarse, evitando la sinceridad de sus palabras.

—No... No creo que quieras.

—Raquel... —reclamaba claridad con tan solo la forma de pronunciar su nombre. Pero era impensable contarle la verdad tan pronto, contraproducente; podría causar el efecto contrario al deseado y que Mario la echara de su casa sin vuelta atrás o se riera en su cara. Por más que quisiera soltar a bocajarro un «quiero meterme contigo en tu cama y no salir de ahí». No podía decirlo así, no era exactamente eso lo que deseaba.

—Cuando dejes de sentarte al otro extremo del sofá...

—¿Y dónde quieres que me siente? —sonreía ante el comentario de la morena.

—Conmigo. A mi lado... Entonces, te diré para qué he venido.

—Raquel, no quiero juegos contigo, ¿me oyes? Ya tuve suficiente. —se levantó del sofá algo

alterado—. Si no vas a decirme lo que quieres, me gustaría que te marcharas. —Ni él mismo sabía por qué había dicho aquello.

—Mario... —Ahora Raquel también se levantaba; por un momento, ambos se quedaron frente a frente, esperando la reacción del otro—. ¿Quieres que hablemos de lo que pasó?

—No... —De nuevo retroceder; reclamaba sinceridad y, de un paso atrás, se escondía tras dudas y contradicciones. Quería claridad, pero se tornaba difuminada como muchos de sus esbozos a lápiz y carbón—. No sé a qué te refieres. —Le dio la espalda y caminó, por tener algo que hacer, hacia la cocina—. Mejor lo dejamos estar... Solo que... No sé qué haces aquí, en mi casa, después de dos años, la verdad.

Raquel no respondía, y Mario se afanaba en recoger y limpiar la encimera de la cocina. Movimientos repetitivos para calmar su inquietud por lo que estaba por llegar. Lo notaba... Ese mar de nuevo se contenía; tenía que intentar conseguir que esas compuertas se abrieran poco a poco para dejarse flotar en sus aguas y que no le arrastraran, avasallando todo a su paso.

—Mario... —No esperaba escuchar su voz tan cerca; en algún momento, Raquel había acortado la distancia entre ellos para colocarse a su espalda. Se giró sobresaltado, ojalá dejara de repetir su nombre. ¿No sabía decir otra cosa? —. Cabe la posibilidad de que me echés de tu casa y de tu vida, y no quiero que eso suceda —lo que daría por poder perderse en esa mirada y dejarse llevar, sabiendo que estaba a salvo y que, fuera lo que fuera lo que encontrara, no la podría dañar. Raquel le volvía loco en cualquiera de sus sentidos posibles—, pero te diré algo, una mínima parte de lo que quiero. —Se acercó un poco más, las piernas le empezaron a flaquear, pero mantuvo su mirada a duras penas—. Ahora mismo solo me apartaría de ti para ir hasta la puerta de tu casa y cerrarla con llave.

—¿Quieres encerrarme en mi casa? —estaba perplejo por la respuesta, no sabía si tomarlo a broma o enfadarse de veras.

—Yo me quedaría dentro... contigo... —No había medias sonrisas, ni cejas alzadas, tampoco el brillo en sus ojos indicaba ni la broma ni la ironía.

Raquel había dicho aquello completamente seria y Mario se daba cuenta de lo fácil que habría sido levantar su mano y atraerla para romper la distancia y calmar ese dolor físico que causa la proximidad de lo deseado. Lo vio claro, si todo en él clamaba por la mujer que tenía a su alcance en ese preciso momento, ¿por qué no satisfacerlo? ¿Por qué apartarlo y seguir reprimiendo lo evidente? Se armó de valor para no mentirse. Estaba Ces, y también ese miedo atroz a perderse por completo entre los brazos de esa hermosa mujer.

¿Y si todo se reducía a esa parte que quiere devorar, estremecerse y alcanzar placer a cada momento? Podía intentar saciarse de ella, no estaba enamorado de Ces, él y ella lo sabían. ¿Qué más podía perder? ¿Y a quién le importaba? Primero, tendría que resolver algunos asuntos, pero nada le impedía constatar el hecho de que sentía placer con la idea y seguir el juego.

—Raquel... —Dejó su mirada en los labios de la morena—. Estoy convencido de que eres capaz de ser mucho más clara con respecto a tus deseos. —Cuando volvió a mirar hacia sus ojos, notó una sombra de duda en el azul. Parecía asombrada y algo asustada con el rumbo que estaba tomando la conversación, sin saber cómo torear el temporal que arreciaba. Esa mujer, además de preciosa, estaba acostumbrada a conseguir todo cuanto quería, y no sería él quien se lo negara—. Te lo volveré a preguntar —se acercó a ella un poco más, dejando que su mirada expresara todo cuanto no diría, aún no—. ¿Qué quieres de mí?

Raquel hizo ruido al tragar; le costaba tanto como controlar su respiración desbocada. ¿Qué estaba pasando? Había estado provocando a Mario como una forma de hacerlo reaccionar, pero no había esperado esa respuesta tan inmediata. Él esperaba.



—Quiero... —Se acercó y se aupó para murmurar en su oído— una cena contigo. —Después, se apartó lentamente, mientras le sostenía la mirada. Ahora sí que estaba ese brillo burlón y esa media sonrisa que desarmaba. Subió sus manos hacia la camiseta del rubio e hizo como que le alisaba las arrugas.

—¿Una cena? —«¿Quién era ahora el sorprendido?».

OOOOOO

Aceptó. Cómo no... Quedaron para la noche siguiente, a eso de las siete, en su hotel.

Raquel le esperaba en la cocina del hotel, ataviada con un gorro de cocina y delantal, feliz y divertida reía mientras seguía las indicaciones del cocinero. Hizo las presentaciones y le invitó a que ayudara.

—Estoy haciendo un pan francés, con nueces y pasas. Quiero que lo pruebes. —Le entregó un delantal y un gorro; tenía que llevarlos puestos o no podría estar en la cocina, y él quería quedarse donde la morena estuviera.

—No puedes parar quieta. —La veía hacer la masa mientras incrustaba nueces y pasas y espolvoreaba la harina. Se lavó las manos y no pudo evitar el impulso de aplastar la masa que Raquel preparaba.

—Eeeeeeh. —La respuesta le vino en forma de polvo blanco cubriéndole la cara.

—Uy, perdón... Realmente tengo muy poca puntería. Iba para... —Raquel ponía cara de no haber roto un plato mientras señalaba lo que tenía entre las manos.

—Ya. Pues me confundiste con la masa.

—Ahora tendré que amasarte... Ja, ja, ja, ja. —Se colocó de lado y levantó las manos hacia la cara del chico.

—Que más quisieras. —Rieron a gusto sus propios comentarios, mientras se apoyaban la una en el otro, hombro con hombro. Además de la complicidad del momento, había una necesidad de cercanía y proximidad; como si todo cuanto no eran capaces de pronunciar lo compensaran con el lenguaje no verbal.

Nunca imaginó que hacer un pan pudiera estar tan cargado de sensualidad. La forma de moldear la masa a su antojo mientras enterraba los dedos en la harina, el roce de la piel de sus brazos mientras la morena le indicaba cómo mezclar los huevos, cómo dejaron que sus manos se encontraran una y otra vez con la excusa de dar la forma adecuada al pan. Raquel decidió hacer bollitos pequeños en vez de un pan grande, y acariciaba con sus dedos las palmas de las manos de Mario mientras le indicaba cómo apretar adecuadamente la masa. Cualquier momento propiciaba un toque, un suspiro contenido o una mirada sugerente; no estaban solos en la cocina, había cuatro cocineros más, muy atareados, a los que decidieron dejar tranquilos. Metieron los panecillos en el horno.

—Es hora de subir. En unos veinte minutos estarán listos y los comeremos para cenar.

—Igual es un poco tarde para ti, ¿no?

—Normalmente a esta hora ya he cenado, pero no me importa... —«esperar si estoy contigo», quería añadir; era obvio que no lo diría. Subieron por un ascensor privado a la última planta. Mario se encontró pensando que nunca en su vida había tenido privilegios de ningún tipo ni accesos exclusivos y, en cambio, junto a la morena tenía la impresión de tener al alcance de su mano cualquier cosa que se le antojara; entre la gran cantidad de dinero que había pagado su padre por su desnudo y las ganas de dejarlo todo y tirarlo por la borda que sentía cada vez que respiraba el perfume de la hija, casi se notaba flotar, sabiéndose más libre que nunca y olvidando cuánto puede encadenarte el deseo y apresarte un amor y ni tan siquiera darte cuenta hasta que ya no hay remedio. En esos momentos, y desde el instante en que la conoció, solo había querido atarse a sus piernas y acurrucarse con su piel, quedarse allí escondido del mundo, recuperando las horas vividas sin ella.

Durante los pocos segundos que tuvieron que compartir el cubículo del ascensor, Raquel parecía muy inquieta y nerviosa, se frotaba las manos en la falda y evitaba mirarle. Mario vio el

largo pasillo que había recorrido hacía dos días para entregar el cuadro, pero la morena se dirigió hacia la derecha por otro pasillo. La siguió sin poder evitar mirar sus piernas y su forma de andar. Entraron en un pequeño ático, la distribución parecida a la de su casa en Santander. No había muros, solo los que delimitaban el baño y la amplia terraza. Había una mesa redonda, que seguramente habría preparado el servicio del hotel, con velas encendidas y una cubitera con una botella de vino en uno de los laterales. La morena bajó un poco la intensidad de la luz y después se dirigió al equipo de música. Los acordes de un piano y una suave voz, acústico, no reconoció a la cantante...

—¿Te importa si me doy una ducha rápida y me cambio, mientras traen la cena? —Se había colocado a su lado en un abrir y cerrar de ojos—. ¿Tú quieres ducharte? Nos hemos puesto perdidos con el pan. —Sonreía, y Paula se derretía—. Te puedo dejar ropa, ya sabes que tengo ropa de todo tipo. Me encantan las camisas de hombre, algo encontraremos.

—Estaría bien. —Sus mejillas ardían, el recuerdo de ellos dos en la ducha enjabonándose acudió veloz para quedarse. Desvió la mirada, como si la morena fuera a descubrir sus pensamientos.

—Pasa tú primero —le indicó sonriendo—. Luego veremos la ropa que nos ponemos. Dentro del baño hay una puerta directa al ropero.

—No. Tú primero. —Los dos señalaban la puerta del baño.

—De ninguna manera. Eres mi invitado y tengo la obligación de atenderte y mimarte durante tu estancia en mi hotel. —El cuerpo le pidió acercarse a él lo suficiente como para convencerlo de que lo mejor sería ir lo más rápido posible hacia el baño.

—Tengo una extraña sensación de *dejà vú*. —Mario se separó y cerró la puerta tras ella, dejando a Raquel sonriendo como una tonta, en una clara referencia al tiempo compartido juntos en el otro hotel. Miró hacia la mesa y las velas, decidió bajar un poco más la luz. Todo estaba saliendo tal y como había esperado.

«Sí, Mario, es como si ya lo hubiéramos vivido, solo que ahora mis intenciones son otras». El teléfono del chico sonó. Miró la pantalla con curiosidad: Ces... Saber que Mario tenía a alguien en su vida la mantenía quieta, como una intrusa a quien regalara los segundos que le sobraban. Tendría que avanzar conformándose con la situación, armarse de paciencia y saber esperar. Deseaba encontrar la forma de poder hacerlo, que su naturaleza impaciente no la hiciera ir tras él hasta atraparlo de nuevo, disfrutar de sus momentos juntos, que quisiera acompañarla y quedarse, sin huidas a ninguna parte, ni apresuramientos... ni más allá de sí mismos.

Notó la preocupación en su mirada, como el reflejo de una enorme sombra en sus ojos claros; trató de disimular, pero no sabía que Raquel había visto el nombre de quien llamaba. Intentó ignorar la llamada, más tarde la devolvería, pero Ces se había interpuesto entre ellos, sin saberlo. Ella parecía lo real y ellos solo un espejismo.

Qué poco se conocían y qué necesario era enamorarse de quien se es y no de la bruma de quien deseas que se sea. Lo vio tan claro que su cuerpo empezó a notar una pura agonía, ¿cómo convencer a su piel para abandonar el anhelo inmediato de la otra piel? ¿Era realmente necesario contenerse para conocerse?

Mario se disculpó y salió a la terraza para contestar la llamada. Raquel dejó escapar un aullido casi en un suspiro: «¡Dios!», quería gritarlo, sentía celos y angustia por igual. Qué le estaría contando y por qué ella, toda seguridad para según qué cosas, no sabía qué carajo hacer.

Sería tan fácil salir tras Mario a ese balcón, coger su teléfono y tirarlo al vacío, abrazarlo para caer hasta el suelo y arrastrarse sobre él y con él. Le obligaría a mantener los brazos cruzados sobre su cabeza, agarrándolo por las muñecas, y con la mano libre le apartaría la camisa y le

bajaría el bóxer dejando su mano completamente abierta y quieta sobre su miembro, presionando levemente, esperando a que fuera él el que se moviera y le pidiera y suplicara. Con su boca haría lo mismo: dejaría sus labios rozando los suyos, absorbiendo el calor de su aliento y aguardando; sabía que no tardaría en desesperarse y que él mismo acariciaría al mismo ritmo ambos labios, los que acercaría a su boca y los que atraparían sus dedos para después colocarse sobre él, despacio y penetrando tan hondo y tan dentro como le fuera posible y no soltaría sus brazos hasta que gritara su nombre.

—¿Raquel? —El chico volvió a entrar abrazándose para darse calor, la noche era fresca—. ¿Estás bien?

—Ehm... Ah, estaba pensando. —Cogió su copa de vino y casi se tomó el contenido de un trago, mientras Mario se sentaba de nuevo frente a ella, listo para comenzar a cenar.

—¿Cenamos? Esto tiene una pinta deliciosa, para comérselo entero. Uhm...

—Estoy de acuerdo. —Raquel no apartaba la vista de él. Sería tan fácil... pero quería más, quería lo difícil. Sabía que su cuerpo se había enamorado del cuerpo de él aquellas dos semanas que compartieron y, sobre todo, los últimos días, y que había sentido su necesidad todos esos meses sin verse hasta convertirse en casi una obsesión; pero lo quería todo, quería el amor y algo le decía... que estaba allí, con él—. ¿Todo bien? —preguntó, mirando hacia el teléfono—. Tenía miedo de que entraras y suspendieras nuestra cena.

—Por nada del mundo. —Intentó sonreír, pero se le notó demasiado el esfuerzo—. Era mi... —la miró y, de pronto, parecía costarle tragar— mi...

—¿Tu novia? —Raquel quiso ayudar, por más que le repugnara pronunciar esa palabra.

—¿Quéééé? Noooo. No, no. Ella no es mi... —Ya estaba aquel color por toda la cara y las orejas—. Ella es es... Ces. Estamos... pero no es mi... no es...

—¿Qué demonios de nombre es Ces? —La morena no pudo disimular cierto desprecio en sus palabras, por mucho que la pregunta fuera envuelta en una fantástica e incongruente sonrisa—. No lo había oído en mi vida.

—Diminutivo... Cecilia. —Volvio a untar paté en su carne y se llevó un trozo a la boca; mejor no seguir hablando, pero tenía que hacer una última pregunta sobre el tema—. ¿Y tú, estás con alguien?

—No... aunque ya me gustaría. —Raquel puso una mirada nostálgica y algo melodramática.

—¿Sí? ¿Y qué te lo impide? —Mario sabía que se estaba metiendo en algún lío sin saber a ciencia cierta de qué tipo; pero, si estaban manteniendo una conversación, qué menos que seguirla.

—Tiene pareja. —Un brillo extraño se quedó en sus ojos, y él sintió que era el momento de derivar la charla hacia otros derroteros. Por esa noche, ya tenían información suficiente. Y Ces... Estaba enfadada con él. Normal, no la había llamado en toda la semana y se acababa de enterar de que estaba cenando con Raquel. Ya se estaba guardando demasiadas cosas y muchas por aclarar, tanto con Ces como con Raquel.

¿Y si simplemente probaba con comenzar? ¿Tan difícil le resultaba sentarse cara a cara y hablar? Ahora mismo, Raquel estaba frente a él, pero era tan guapa... y le ponía tan nervioso... que le resultaba imposible hablar de lo que sentía sin... sin... «¡Dios!!».

OOOOOO

*«Te atraeré hacia mí como un halo infinito, engullendo cada segundo en este espacio*

*atemporal donde nos encontramos; las muescas del engranaje parecen atascadas, eternizando el mismo instante... tú...».*

—Hay cosas que nunca cambian. —La voz de Raquel le hizo levantar la mirada de su cuaderno. Las palabras se habían ido acumulando en su cabeza durante la cena y pujaban por salir. Se repetía una y otra vez el comienzo del párrafo, como si estuviera taponando la salida del resto. «*Te atraeré hacia mí como un halo infinito*». Tenía que escribirlo y, así, poder continuar.

—Uhm... Me ha venido algo... —dijo, señalando su cabeza con el lápiz, mientras sonreía algo cohibido.

—Y es genial que no cambien. —Raquel se sentó en el sofá junto a él, alargándole una copa con algún licor. La cena había terminado y ninguno de los dos quería poner fin a esa noche, no de momento—. Creo que una de las formas en las más te he recordado ha sido con tu libreta, dibujando, escribiendo en ella...

—¿Sí? —La sonrisa se le tornaba pícaro sin intención; Raquel le había recordado. La morena lo miraba de reojo, como tanteando el terreno para su siguiente estocada.

—¿Quieres saber cuáles son las otras formas...? —A punto estuvo Mario de dar el sí como respuesta, pero no se atrevió a seguir con aquel juego en el que la morena parecía divertirse mucho.

—No sé si atreverme... —Bajó la mirada a su copa, ¿notaría Raquel el mínimo temblor de sus manos?

—Hazlo. —Acompañando cada letra, se giró hacia sus ojos de miel y subió sus piernas al sofá para sentarse levemente sobre ellas. Estaría más cómoda y algo más próxima. En un breve instante, se preguntó cómo era posible que, con solo mirarla, así tan cerca, su corazón se arrugara como si Mario tuviera el poder de estrecharlo en su puño, apretarlo y soltarlo, rítmicamente, en su mano, y al compás de su propio latido, para darle la calidez de sentirse sostenido, arropado y acariciado—. Igual te sorprende...

Sonreía, los dos lo hacían, inevitable muestra de cuánto les gustaba a ambos su proximidad; a pesar de los nervios, de la inseguridad, de la inquietud, de todo lo que no se decían... se sentían a gusto, como si esa sensación solo se la pudieran conceder el uno al otro, ¿por qué no lo habían podido sentir con nadie más? ¿Qué ley de la naturaleza o de la ciencia explica algo así? ¿Solo era cuestión de química? ¿Sus hormonas dispuestas a fundirse y confundirse en oleadas de placer a través de sus sentidos? ¿Cómo sería entregarse por completo a aquella locura? ¿Cuánta serenidad le traería recibir a esa mujer entre sus brazos para cobijarla siempre que ella quisiera? Demasiadas preguntas... y la piel de Mario brillaba sobre su rubor.

—Vale. Me atreveré un poquito... —Se humedeció los labios, preparándose para hablar y sin darse cuenta del efecto que ese gesto podía causar en Raquel, que se removió en el sofá tratando de distraerse de su boca—. ¿Cómo...? —Parecía imposible que Mario le fuera a mantener, de nuevo, la mirada, y esa era una de las formas en que le imaginaba; sus ojos fijos en los de ella y enturbiados de oscuro, la sombra del mar sobre la arena, empapando y acariciando en su avance, mientras la abrazaba o la amaba, le entregaba todas y cada una de sus miradas eternas. No sería ella quien le pusiera fin a lo eterno, ni siquiera quería hacerlo. Miraba al chico, que intentaba desatascar sus pensamientos de su timidez para decir una frase completa antes de que terminara la noche. «¡¡¡Ya está!!! No lo aguanto más», pensó la morena, incapaz de contenerse y sin dejar que Mario terminara lo que tuviera que decir.

Cogió la copa de sus manos y la dejó sobre la mesa junto a la suya, sin dejarse intimidar por la mirada de sorpresa y, sin darle tiempo a reaccionar, se colocó de rodillas en el sofá, y se inclinó sobre él hasta tumbarle, sosteniéndose sobre sus brazos y esperando alguna señal por su parte

para poder acoplarse y no tener que retirarse. «Ahí está, ya le tengo. Aún es más guapo de cómo le recordaba; sus ojos se oscurecen y brillan bajo sus párpados entornados y no pestañea. Me mira fijamente y no aparta la mirada...».

—Raquel —susurró Mario—, ¿qué estás haciendo?

—Estoy respondiendo a tu pregunta. —Le costaba respirar tan cerca de sus labios, el deseo contenido asfixia—. La que no has podido terminar de hacer. Esa mirada también me ha acompañado en mis sueños.

«Solo tendría que acercarme a sus labios, rozarlos, sentir su calor bañando los míos para dar el salto mortal y caída libre sin otro apoyo que su cuerpo, aferrarlo como si me fuera la vida en ello. ¿Por qué no lo hago? ¿Acaso tan solo me conformo con esa mirada? Estar así, a escasos centímetros de fundirme en su cuerpo, y aguardo. Un breve destello de confianza en sus ojos, un saber que después de encajar nuestros cuerpos todo será distinto a como fue, que mi necesidad sea la suya, que beber de mi aliento le cree tanto deseo de poseer como tranquilidad y cordura. La contradicción de cada cual desordenando lo que nos empeñamos en ordenar de forma metódica, dando forma a momentos de extasiada pasión y evasión, dando, recibiendo, amando».

—Tranquilo, que no te voy a comer... Tienes unos ojos muy bonitos, ya te lo habrán dicho antes, seguro. —Raquel se apartó, tratando de disfrazar su atrevimiento en forma de broma, le dio un pellizco en la mejilla a Mario y le guiñó un ojo antes de levantarse y desviar su mirada. Se sentía embriagada, como si flotara, después de haber inhalado su aroma y haber tenido que ordenar a su cuerpo que frenara su avance y controlara su deseo.

—Pero ¿qué...? — estaba completamente impactado y absorbido por el momento, lo que menos podía esperar de esa escena era que la morena se levantara y se alejara como estaba haciendo; él, en cambio, continuaba tumbado en el sofá y, como de costumbre, incapaz de terminar una frase dirigida a Raquel—. No sé qué haces, ¿cómo puedes...? —Se incorporó, porque empezaba a sentirse ridículo e impotente. ¿Cuándo podría dirigir los hilos de esa descontrolada cometa que siempre fue su relación con Raquel?

¿Cómo dirigir lo que no sabes hacia dónde va? Raquel se volvió con cierta brusquedad, había vuelto a rellenar su copa de licor y su mirada le dejaba aún más atado al sofá.

—Mario... Si no me dices ahora mismo lo que sea que quieras decirme, tendré que hacer algo para romper esa timidez tuya. —Esperó por concluía, pero, al ver que ni se movía, avanzó de nuevo hacia él y se arrodilló en el suelo junto a sus piernas. Le dio de beber de su propio vaso, Mario lo aceptó y dio un largo trago antes de devolvérselo—. Ahora respira profundo, eso es... —esperó pacientemente con su media sonrisa—, pero tampoco te pases, que puedes hiperventilar y solo falta que te me desmayes aquí. Aunque yo estaría encantada; así podría llevarte en mis brazos hasta mi cama. —La cara de él era un poema; finalmente, acabaron riendo los dos a carcajadas—. ¿Me lo dirás?

—Sí. —Qué mirada tan tierna tenía Mario, le hacía querer acurrucarlo y protegerlo, incluso de sí misma.

—¿Cuándo? —Raquel sonreía abiertamente.

—Ahora. —le devolvió la sonrisa.

—Vale.

—Raquel... —Los dos se miraron de nuevo; no podían dejar de reír—. Para, o no podré decirte nada. —Sin darse cuenta, había apoyado las manos en los hombros de la morena, que se había inclinado un poco hacia él y, como si fuera lo más natural del mundo, sus dedos se enredaron cogiendo un mechón de su pelo. Mirándose en sus ojos, tuvo claro lo que quería en ese momento—. Me gustaría darte un abrazo. —Y, sin aguardar respuesta ni más esperas, la atrajo

hacia sí mismo, tirando levemente de su pelo y rodeándola con sus brazos—. Y que me lo devolvieras. —Ese perfume sobre su piel le podía volver loca, se le colaba en los espacios entre cada uno de sus átomos, porque somos muchas cosas y también somos nada, estamos compuestos también de huecos por rellenar. Vacío entre materia. ¿No se colaría por ahí todo lo que no podemos entender, desmenuzar y desgranar? Como ese dolor que te encoge el pecho cuando eres feliz, tan feliz como en ese momento, siendo más consciente que nunca de tu propio cuerpo al sostener el otro cuerpo, apretando hasta más no poder.

Raquel lo rodeó por la cintura y le atrajo, quedando su cintura entre sus piernas y su cara enterrada en el cuello de Mario. Podían no decirse nada, no saber hablar entre ellos o no haber descubierto lo sinceros que podían llegar a ser sin dañarse o lastimarse, sin miedo al dolor, al abandono, a no ser correspondidos, a tantas cosas, pero sus cuerpos se entendían de esa manera única, como nunca antes habían sentido. Lo habían descubierto aquellos días en el hotel rural. Lo habían intuido al abrazar a otros cuerpos sin que aquello volviera a ocurrir. Y lo constataron en ese contacto después de años de no sentirse. Si eso no era magia, ¿qué era?

Ambos suspiraron de alivio. Tanta tensión acumulada y un solo instante para hacerla desaparecer. Lo difícil sería separarse de aquel abrazo, que el propio cuerpo fuera suficiente.

—¿Era esto lo que querías decirme y tanto te costaba? —susurró Raquel al oído de Mario, dejando que sus labios rozaran el lóbulo.

—No. Ja, ja, ja, ja. Ha sido un impulso. —él acarició su pelo, antes de comenzar a apartarse, sin ser capaz de levantar su mirada y descubrir por completo sus sentimientos a Raquel.

—Uhm... Me encantan tus impulsos —sonreía mientras le retiraba el flequillo a un lado—, pero estoy segura de que cuando te decidas a hablarme también me gustará escuchar lo que digas.

—Todo llegará. —Seguían tan cerca—. Eres la única persona a la que me cuesta tanto hablarle, normalmente es todo lo contrario.

—¿Por qué crees que es? —Raquel se sentó en el suelo, doblando sus piernas y apoyando sus manos sobre las rodillas del rubio; pero Mario se dejó caer del sofá para acabar sentado frente a ella y, casi a punto de volver a abrazarla, se frenó, pero cogió una de sus manos. No quería soltar del todo su contacto.

—Es evidente. Me pones muy nervioso y... y...

—Paulaaa, suéltalo. —Se acercó y le dio un suave beso en la mejilla, como para darle la confianza que le faltaba.

—Es que no sé qué es todo esto, ni lo que quieres de mí después de todo este tiempo. Me siento como si tratara de seguirte, haciendo equilibrios sobre un hilo invisible; tú te mueves y yo te imito, pero no veo por dónde voy y me angustia.

—Pero me sigues.

—Sí, aunque preferiría que caminásemos juntos y saber por dónde vamos. —Se atrevió a mantener su mirada, ese azul que tanto le daba el aliento como se lo quitaba.

—No pienses mucho la respuesta. Hagamos una lluvia de ideas sobre lo que no dudarías ni un momento en hacer. —Raquel le sacaba de su aturdimiento sin previo aviso, aparecía y se colaba en su mundo, le aferraba para traerlo de vuelta o se quedaba con él, aguardando agazapada—. ¿Y tus notitas de colores?

—¿Mis post-its?

—A ver si coincidimos en algo en esta lluvia loca y, sea lo que sea, tendremos que hacerlo realidad. Iremos apuntando ideas y a ver qué sale.

—Pero...

—Mario... —Le miraba severa—. Ni se te ocurra preguntar para qué. —Ambos sonrieron, era

justo lo que la iba a decir—. ¿Hay que buscarle sentido a todo lo que hacemos?

Tuvieron la genial idea de no decir en voz alta las ideas que les surgían. Irían colocando las notitas de colores, en sus propios cuerpos, para que el otro pudiera leerlas, como si los deseos se hicieran hueco a través de los poros de la piel y se materializaran para cubrir sus cuerpos de colores. El color tan presente en sus vidas... y la música.

Fue una experiencia llena de momentos divertidos y de coincidencias extraordinarias que no sabían que compartían, como el deseo inconfesado de amarse sin miedos, que ninguno fue capaz de plasmar en sus respectivas notas, aunque se advirtiera en cada mirada y en cada gesto; y la maravillosa idea de viajar en caravana por Europa.

—Me he pasado la vida viajando por el mundo, de concierto en concierto, pero nunca he podido saborear los sitios por los que pasaba; sus montañas, los pueblos, los cielos, la gente... Quiero olvidarme del tiempo y fundirme con el espacio allá a donde vaya.

—A mí siempre me pareció una idea loca que nunca me atrevería a realizar, siempre he sido un poco ratón de biblioteca. —Tampoco tuvo valor para confesar que no imaginaba encontrar a alguien con quien sentirse capaz de cumplir sus sueños.

—¿Y por dónde te gustaría empezar? —Raquel sonreía ilusionada.

—Uhhh... No tengo que pensarlo mucho. Italia. —Una sombra nubló el azul de sus ojos, pero Raquel recuperó enseguida el brillo de su mirada.

—¡Estoy deseando recorrer el país donde surgió el famoso estuco veneciano! —Su sonrisa diluyó cualquier atisbo de duda.

—¿Cómo? —Mario se quedó pasmado; de todo lo que la morena pudiera haber dicho, era algo que no esperaba. Notó cierto nerviosismo, como cuando se dice cualquier cosa con tal de no soltar lo que realmente te pasa por la cabeza.

—¿Te pasa algo Raquel?

Intentó dibujar una sonrisa que se quedó en el intento.

—Claro, tú no sabrás nada... —Se masajeó el puente de la nariz suavemente con sus dedos, era evidente su inquietud—. Estoy pensando. ¿Podrías quedarte aquí unos días?



## Capítulo 11: La casa por el tejado

«Todo este trozo de cielo es mío, todo lo que mis ojos alcanzan a ver... con sus nubes multiformas y sus aves de paso; la estela de algún avión, sus distintos tonos de azul... Lo pienso mientras el sol me calienta la piel y la arena me acuna entre sus granos, me siento parte de toda esta inmensidad, estoy fuera y soy dentro. Su voz se cuele en mi encantamiento, o es por su culpa que ando en las nubes todo el tiempo. Me incorporo y la veo empapada de ese otro infinito azul, queriendo que acuda a su lado. Desde que llegamos, hace unos días, no me ha dejado un instante. A veces se mantiene a distancia, pero no deja de observarme y me reclama, es como si me necesitase».

Mario alzó la vista hacia el mar mientras sentía la caída, en cascada, de las letras hacia su estómago, ese enorme pozo que necesitaba colmarse de palabras para calmar sus aguas. Raquel le hacía gestos con los brazos desde el mar, nadaba alejándose de la orilla, pero se había detenido para pedirle que la acompañara y le esperaba. Dejó su cuaderno debajo de la toalla, protegido de los rayos del sol y de los golpes de viento, y salió corriendo para zambullirse en el agua, desprotegiendo su alma.

Mientras nadaba hacia la morena, un recuerdo se asomó, impactante e inquietante, tal cual lo sintió en su momento al ver el retrato de la madre de Raquel y sus ojos tan negros y vacíos; y, sobre todo, la reacción hermética de su hija cuando le descubrió contemplándolo. Esa Raquel no había vuelto a aparecer, pero era un eslabón por anclar en su historia.

Tan parecida a Raquel y tan distinta... Y, además, saber de la madre le haría conocer más a la hija, su historia, de dónde venía. Raquel nunca parecía dispuesta a hacer preguntas sobre el pasado de Mario, como si temiera abrir la caja de los recuerdos propios y tener que desempolvar y remover lo vivido. ¿Cómo había conseguido pasar días sin rozar su piel tan llena de presente y sin traer la memoria de historias pasadas?

Tanto la piel como la mente tienen leyendas para contar y se sostienen en quienes las escuchan, se transmiten, se transforman.

Desde que estaba en el hotel, el trabajo había reclamado a la morena, y Mario había pasado los días tumbado en la playa, dorando su blanca piel, escribiendo, haciendo esbozos, buscándolo con la mirada por doquier, deseando que llegara la hora de volver a verla.

Sus habitaciones estaban en lados extremos del alargado apartamento y separadas por el salón. Su padre había querido que todas las habitaciones del hotel miraran al mar; decidió construir una piscina rectangular que siguiera toda la línea frontal donde poder practicar natación hasta agotarse para después quedarse quieto mirando el mar.

Se imaginaba a una pequeña morena de piel tostada por el sol tratando de seguir la línea de espuma que dejara su padre en cada brazada y cómo el paso del tiempo le hacía remarcar la misma línea de burbujas blancas aunque fuera otra agua y otra Raquel distinta, adolescente y ya adulta. De todas ellas, se quedaba con todas, las imaginadas y la real; porque para eso somos como somos, pero también como los otros nos ven.

Quería conocerla y no sabía si sería posible amarla más de lo que ya lo hacía, aunque lo callara para tratar de contenerlo. Parecía que entre ellos existiera algún acuerdo invisible de no

invadir el espacio físico del otro, por más que la intimidad aumentara y se empeñara en empujarles más y más, haciendo casi insoportable permanecer en la misma habitación sin sentir el dolor físico de la separación. La memoria de la piel pedía caricias a la otra piel.

Cada noche, esperaba que Raquel apareciera en la puerta de su habitación. Se conformaba con solo dormir a su lado, tal era la necesidad de sentirla y respirarla; desear que fuera la morena la que diera el paso lo estaba atormentando y, mientras tanto, lo que fuera que crecía dentro de él le absorbía por completo. Qué distinto a lo que nunca antes hubiera sentido y qué injusto por Ces el haberse conformado con su cariño mientras trataba de huir, intentando volver a levantar lo devastado, sabiendo que el huracán aún no había perdido su fuerza y volvería a arrasarlo con todo a su paso.

Y qué más le daba, mirar por doquier, conformando los elementos de su nuevo atrezo. Le quedaba tanto por saber, descubrirse en ese otro escenario de luz, sonrisas y miradas furtivas. Y tenía tanto miedo a sentirse de nuevo rechazado por mostrarse. La morena ya se había alejado una vez, cómo confiar en que no volvería a hacerlo.

Era a Raquel a quien le correspondía entregarse. Esperaría...

De momento, había encontrado un hueco en su sendero donde cobijarse de sus propios pensamientos; un remanso momentáneo de paz, donde todo transcurría a un ritmo más lento.

Comenzó a hacer el esbozo en su libreta y cada línea le traía más y más la calma y la pasión del que crea algo de la nada o del todo, dando forma como si acariciara e irguiendo todo un mundo ante su mirada. Como un loco que diera vida a sus alucinaciones, con sus propias manos, para que todos los demás también las puedan ver.

Se detuvo en un momento de su exaltación, para respirar profundamente, y dejó su mano libre recogiendo palabras.

«Esa mirada me lleva a los mil y un escondites tras los que se guarda su alma, es tan vulnerable como poderosa, solo que el desconocimiento se empeña en echar el telón a cada instante y ya se sabe que en la oscuridad nada se ve, ni tan siquiera tu sombra.

El negro de los ojos de su madre avanza como una bruma sobre su azul. Me cuesta tanto explicar este miedo a volver a perderla, es como si todo lo que conozco sobre Raquel desapareciera tras ese velo y apareciera esa otra, poderosa, tras cada recoveco.

Amo a una y temo a otra....

Esa mujer viene hacia mí, me pide que la encuentre mientras avanza, paso a paso hasta tocarme. Su piel fría me sobresalta. Me despierto con sus ojos negros clavados en cada pensamiento, no entiendo qué pasa, cómo se me ha colado en el día y en el sueño. Quizás mi amor no resuelto, o no del todo correspondido, me obsesione y absorba e intente buscar las respuestas que no me da la hija en la madre.

Si fuera tan sencillo como decir lo que siento... pero ya lo hice, y el azul se hizo ausencia. Siento que he de callar y esperar a desvelar el misterio que encierra su alma. Pero esperar me está encogiéndome y arrugando como una pasa, sin jugo, lista para masticar o pisotear, dejando apenas una mancha, un pequeño rastro tras la pista de un diminuto grano de arena arrastrado por un infinito mar».

OOOOOO

Comenzar la casa por el tejado... Eso es lo que habían hecho, tocaba construir el resto, a

tientas y a tantos, saber que algo sostiene esas tejas, sin poder verlo... ¿No es eso fe?

Se habían quedado dormidos en el sofá del salón, mientras planeaban y cerraban cosas para su inminente viaje en auto-caravana.

La libreta de Mario sería perfecta para anotar todo, aunque Raquel lo haría en su tableta electrónica, para sincronizar con los móviles y el portátil.

Muchos viajeros habían dejado su huella en blogs para viajar en autocaravana por todo el mundo: fotografías, mapas señalizados, hoteles rurales, camping, lugares que ni pensaban que podían existir, precios... Era fabuloso, todo al alcance de varios clics de ratón. Aún tenían mucho que atar, habían decidido dejar el viaje abierto para hacer lo que les fuera apeteciendo, pero querían llevar las cosas más o menos claras sobre las posibles rutas y alternativas.

De alguna forma, el destino, o lo que fuese, los había unido de aquella manera, y la locura de conquistarse caminaba a su lado y viajaría con ellos. Esa sería la mayor aventura. Reconocer un gesto, comprender una mirada, los distintos tonos de la voz... saber hacia dónde se dirigían juntos.

Maio le acariciaba suavemente el pelo mientras dormitaba; en ese estado, le parecía de lo más natural hacerlo. Notaba sus músculos completamente destensados; la cabeza en su hombro, como aquella noche en que la morena había bebido y volvían en coche al hotel; en esta ocasión, solo dormía. Rozó su pelo con sus labios para dejar un suave beso y aspirar su olor. La ternura ayudando a construir los cimientos, junto con la pasión. No se había olvidado de ella, no podría; su cuerpo reaccionaba, incluso antes que sus pensamientos. Como en ese momento, su olor trajo un mar de confusión o de certeza, no sabía exactamente; inmediato, impactando y explotando sensaciones por doquier. Raquel tuvo que notarlo, como si la energía de ambos adelantase a sus propios cuerpos, porque su respuesta no se dejó esperar y levantó sus labios hacia los suyos sin pausa y sin piedad alguna. ¿Por qué habría de tenerla si estaba claro lo que ambos querían y callaban?

No podían contener más esa maraña de sensaciones y sentimientos, tan confusa como cierta. Tocaba volver a perderse en sus brazos.

Y ahí estaban sus labios, donde siempre deseó, como tenía que ser; si había un antes o un después, no importaba. El ahora se hacía más eterno que nunca, vivir era aquello. Seguro que muchas sensaciones más, pero, sin duda, esos labios en los suyos ya habían aventurado ese momento. Sentía dolor físico por el deseo tanto tiempo contenido, y el ansia por el otro cuerpo se hacía, a cada segundo de ese beso eterno, más desenfrenada. Llegaron otros muchos besos, parecían volver a mantener una lucha, como aquella en el gimnasio. Se agarraban, se mordían, forcejeaban por tener el poder; los suspiros comenzaron a tornarse quejidos que, por momentos, parecían rozar la desesperación.

Raquel le retuvo contra su voluntad, ya no podía continuar con aquello. Hizo un nudo con sus piernas que lo dejó inmóvil de pies a cabeza; ella y sus mañas orientales... Así que le obligó a parar porque, más que todo eso, más que la fuerza física, más que lo avasallador del deseo, más que cada una de las sensaciones contenidas y cada una de sus ausencias, un brillo de alegría se adivinaba a través de sus pupilas. El saber que ambos eran ganadoras de todas aquellas luchas y batallas, porque todo lo que habían vivido les había llevado a ese preciso instante, que era donde ambos querían estar.

¿Estaría marcada en sus genes la intuición o adivinación de esa sensación? ¿Su camino estaba predeterminado a sentir aquello? Qué más daba... Sentir era más que suficiente.

Cómo explicar esa amalgama de vida... Porque se sentía más vivo que nunca, incluidos aquellos días en el hotel donde se conocieron y desearon; esto era diferente, se estaban

descubriendo, aceptando, ensamblando pensamientos y sensaciones, sintiendo encajar o dar sentido a cada uno de los elementos de aquel atrezo que cambiaba continuamente en función de cada una de las escenas que componían aquel encuentro o la historia de cómo dos personas se encuentran y cómo transcurren sus vidas a partir de ese momento. Cómo confluyen y se bifurcan sus caminos una y otra vez, hacia dónde evolucionan sus argumentos y qué ocurre con sus sentimientos.

OOOOOO

Cada día un lugar, un cielo distinto... fotografías e imágenes acumuladas. Nunca se había sentido tan libre, y no porque pasaran los días viviendo en una caravana, a ruedas sobre caminos y asfalto, atravesando países, bordeando un mismo mar, el Mediterráneo. España, Francia, Italia...

Sin trabajo al que acudir, había solicitado una excedencia; sus libretas enseguida se llenaban de historias y bocetos; preguntaba a los lugareños, recogía costumbres a lápiz, nombres curiosos de sitios, nubes, horizontes, palabras en catalán, francés, italiano y todas y cada una de las poses de Raquel; con cada uno de sus bocetos sobre ella se podría crear una historia animada.

Raquel componía, se levantaba en medio de la noche, después de hacer el amor, o salía apresurada del agua tras el baño en un río o en el mismo mar que rondaban; veía sus notas y corría a plasmarlas. A menudo, Mario esperaba a que regresara y, si tardaba, iba tras ella para encontrarla absorbida.

En esos momentos, podía observarla a su antojo, porque Raquel no se daba cuenta de nada, o eso parecía.

Sabía que estaba viviendo uno de esos momentos que jamás podría olvidar, y trataba de sentir y memorizar cada instante.

Más que un viaje a través de miles de kilómetros, era un descubrimiento a dos, un recorrido hacia ese otro mundo interior tan desconocido, incluso, para uno mismo.

Era como si se desdoblara en sí misma y se dejara ir a ese otro lado que parecía habitarla. «¿A dónde te vas Raquel?», pensaba, mientras la seguía mirando a distancia. Le dejaba ese espacio para ser esa extraña a la que aún no había sido presentada. Ansiaba conocerla, saber en qué lugar se agazapaba, qué notas musicales la acompañaban, que algún día quisiera interpretarle esa sinfonía que no paraba de componer en su cabeza y que aún desconocía.

Los momentos de ausencias y negruras de Raquel se hacían más frecuentes al pasar tiempo junto a ella. No se atrevía a decirle o preguntarle, quería que fuera la morena quien le contara, no invadir esa parte de ella que se le escapaba. Parecía especialmente inquieta, como si, a cada kilómetro, lo que fuera que la perturbaba se hiciera más y más presente.

Sin querer, había escuchado una parte de una conversación telefónica. Supo que hablaba con Gerard, y se refería continuamente a alguien llamándola en tercera persona, *ella*, y no precisamente con tono agradable, sino todo lo contrario. Tenía que haberse alejado del lugar antes de seguir escuchando, pero esa referencia a una mujer y que afectaba tanto a Raquel, le dejó clavado en el mismo lugar el tiempo suficiente para que la inquietud de la morena volara hasta donde se encontraba, en forma de sonidos, para pronunciar las palabras que se le colaron por los oídos y se le clavaron como dudas afiladas como dagas.

—Papá, sé que estoy cerca de donde vive, pero... me da mucho miedo verla, no sé lo que siento por ella.

Suficiente para alejarse y no seguir escuchando. ¿Quién era *ella*?

Esa misma tarde, estaban sentados sobre la cama de la auto-caravana. Conocer sus cuerpos al milímetro y procurarse el mayor placer era una obsesión para ambos; simplemente, lo necesitaban y lo saciaban, sin complicaciones, pros ni contras. Ya habían pasado demasiado tiempo separados, o próximas sin atreverse a dar el paso.

Raquel le abrazaba por la espalda a la vez que se apoyaba en ella y le rozaba la piel de los brazos con las yemas de sus dedos.

Mario dejó salir su pensamiento tal y como le vino. Parecía haber entrado en una especie de calma, y no le ponía trabas a lo que se le venía a la cabeza. Y fueron los ojos negros de la madre

de Raquel.

—Si no te importa, algún día me gustaría intentar pintar a tu madre. —El silencio se espesó y notó cierta tensión en los músculos de la morena. Mario reaccionó enseguida y comenzó a acariciar las manos de Raquel para que continuara con lo que estaba haciendo—. ¿Buscaste alguna de sus fotografías? Me gustaría verlas.

—Sí, cogí algunas. Son de antes de...

—¿De que muriera? —Mario se arrepintió de haber dicho aquellas palabras. Raquel se apartó de ella.

—Mario... Aún no sabes, claro. Estás confundido. —Se volvió para mirar a Raquel de frente; estaba seria pero serena, se miraba las manos como si lo que iba a decir le costara.

—Raquel, si no quieres hablar de ello ahora, lo entiendo.

La morena inclinó la cabeza y respiró profundamente. El silencio parecía alargarse mientras veía cómo se daba un leve masaje, justo en el punto entre los ojos y el comienzo del tabique nasal, los párpados cerrados. Mario supo lo difícil que estaba siendo que formara las palabras necesarias para comenzar a destapar o descubrir ese otro lado que le ocultaba.

—No, verás... El caso es que... El retrato que viste... no es el de mi madre muerta.

—¿Cómo?

—La que murió era mi madre en todos los sentidos. Se llamaba María, algún día te hablaré sobre ella. Era la segunda esposa de mi padre, la que estuvo a mi lado tantos años... pero la del retrato no es ella. —Abrió los ojos; la sombra de su propia mano los hacía parecer negros—. La de esa pintura... es mi verdadera madre, y ella aún vive.

La mandíbula de Mario estaba desencajada por la sorpresa. Cómo a nadie se le había ocurrido hablarle de un detalle tan sumamente importante: la madre de Raquel estaba viva.

—A veces tengo tantas ganas de verla, darle un abrazo y olvidarme de todo, preguntarle... pero, sencillamente, no he podido. No puedo. Creo que, si abriera la boca, sería para reprocharle que se marchara, y no quiero hacerlo.

Podía sentir la congoja de Raquel, la inquietud, el miedo, pensar que no fue suficiente para que su madre se quedara.

—Así que se marchó y te...

—Me abandonó, puedes decirlo, aunque, técnicamente, me dejó con mi padre, mucho más estable emocional y económicamente. Parece ser que estuvieron de acuerdo ambos en que ella se marchase y yo me quedara con él. Mi padre le dio una gran cantidad de dinero a cambio de que renunciara a mí, no de forma legal, nunca dieron ese paso. No hizo falta, mi madre firmó un documento privado y jamás me ha reclamado.

—¿Nunca has querido preguntarle por qué?

—Puedes preguntarle tú si quieres... No estamos lejos de donde vive. Yo aún no lo sé. No he vuelto a verla y no he preguntado el motivo. Mi padre me dijo que hicieron lo mejor para mí, que ella no estaba bien —se señaló la cabeza— y no podía criarme en ese estado.

Mario aguardó a que continuara, Raquel parecía necesitar contarle aquello. Así que *ella* era su madre.

—Yo... a veces pienso... que soy como ella. Que llevo conmigo lo que sea que ella tuviera; sé que tendría que haberle preguntado a mi padre lo que le ocurre y así salir de dudas, pero él no sabe que me siento así. En casa, simplemente, se dejó de hablar de ella, lo único que parecía permanecer y que nadie tocó fue su retrato.

—Cariño, tú no estás enferma. —Retiró un mechón de pelo de su cara y cogió su mano, para evitar que se tapase. Prefería sus ojos de color azul.

—Mario, no me conoces. Quiero decir... que hemos convivido poco juntos. Me imagino que ya te darás cuenta y, por eso, quiero pedirte, de antemano, que me disculpes si hago algo que puedas no entender. Me encierro mucho en mí misma o desaparezco. Nunca he tenido una relación estable por este motivo, y porque no he llegado a encontrarle sentido a convivir con otra persona... hasta ahora. Contigo quiero intentarlo... si tú... es decir... si...

—Sí, quiero. —La sonrisa de Mario podía abarcarlo todo, llenar la habitación, rebotar y adentrarse en el alma de Raquel; a pesar de lo que las palabras de la morena pudieran contener, solo podía pensar en que quería lo mismo que ella, pasar todo el tiempo que pudiera a su lado, compartir sus vidas. Acercó su frente a la de Raquel y miró en sus ojos, el brillo de la emoción se contagió de uno a la otra, sin saber quién fue el primera. Qué bonito vivir esos momentos.

Raquel rozó sus labios con los dedos.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que te habías enamorado de mí?

El dolor ensombreció sus ojos al recordarlo

—Desapareciste.

—Sí, a eso me refiero. Me asusté, no quería volver a sentir que necesitaba a alguien y... creí que sería lo mejor para ti.

—Igual tu madre pensó lo mismo con respecto a ti.

—Es posible. Por eso digo que creo que me parezco a ella en muchos aspectos, no solo físicamente.

—Lo iremos viendo, Raquel. Ahora toca afrontar algo de lo que no hemos podido desprendernos. —La abrazó, colocando sus piernas sobre su cintura y apretándola para intentar sentir su pulso en cada latido. Después, susurró en su oído—. Y me gustaría conocer a tu madre... y pintarla, si tengo ocasión. ¿Has querido venir a Italia por ella?

—En parte sí... —carraspeó, algo inquieta—. Te la presentaré. —Sonrió irónicamente—. Le diré que eres mi novio.

Ambos soltaron una carcajada a la vez.

## Capítulo 12: ¿Por qué lloramos?

Nadie habla de la tristeza, salvo el poeta, la poetisa, las películas, los libros... Pero en casa y en la calle todos la obvian; ella misma intenta repetir una frase, una y otra vez, en su cabeza, para aferrarse a ella y no soltar las manos que la absorben al abismo, ese lugar de oscuros pasadizos donde ve a la gente como sombras, sin poder ponerles rostros. Ella misma no se reconoce; como si el negro de sus ojos chorreara un líquido espeso hacia dentro y saliera por sus pies, adhiriéndola al suelo. Cada paso es un suplicio; intenta agarrarla, es pequeña, se dice que podrá con ella, aunque tenga que desgarrarse la piel en cada intento. La quiere con ella; luchará con todas esas sombras, con la espesura que la clava en el suelo. La niña la mira, va vestida de blanco, sonríe y confía en que irá a por ella.

Le rompe los ojos en miles de lágrimas; quiere bañar toda esa negrura, limpiarlas para ella; que la vea feliz y mecerla entre sus brazos.

La espera, pero el desespero la inmoviliza y una sombra la agarra para llevársela. La ve marchar y no puede hacer nada, solo deshacerse en esa oscuridad.

Nadie habla en casa de la depresión, de la desesperación, de la culpabilidad añadida por no poder ser feliz teniendo una hija que es un cielo, un portento en la música y un marido maravilloso, una vida llena de lujo, un don al piano...

Intenta disimular, pero cree que ya todos lo notan, todos pueden ver sus cambios de humor, sus pasiones llevadas al extremo y sus caídas al infierno; de momento, no son tan evidentes, cíclicas, había dicho el psiquiatra que le había recomendado el médico de la familia; puede llevar una vida hasta cierto punto normalizada, siempre y cuando no se disparen los episodios. De momento, estaba consiguiendo engañarlos, así que podría controlar; no sería necesario que la ingresaran, separarse de su hija, de su marido, de su hogar. Era un deber, pero llegaba a sentir hastío. Le molestaba su hija y despreciaba a su marido. Oía su voz llamándola y quería correr; sabía que la amaba con toda su alma y aún más culpable se sentía. No quería estar ahí, pero lo controlaría, todos esos pensamientos obsesivos, la frase que se repetía una y otra vez en la cabeza. «Lo puedo hacer, lo puedo hacer, lo puedo hacer...». Intentaba enmascarar el resto, someter sus deseos de marcharse, abandonar a todos, o de terminar con su vida.

Pero, a veces, simplemente, no se puede... y el demonio te absorbe, dejándote desnuda en medio de la nada. Aferrarse a la vida, a costa de todos, era su derecho, el de intentar escabullirse de esos pensamientos. ¿Qué vida le habría dado a su hija?

¿Era huir? Correr hasta que le sangraran los pies. El día que se marchó así lo hizo, con la bata de casa y gritando. No veía ningún monstruo, ni fuera de ella ni dentro. Era ella quien se sentía sucia, y esa frase que se repetía se había revuelto contra ella. Cada letra parecía gritarle, cambiar de posición para formar otras palabras terroríficas: «Huye, huye, huye...».

Así lo hizo. La encontraron en un gran charco enfangado, con el barro oscuro adherido a su piel, como en su sueño; se la llevaron y, tras evaluar su estado, la ingresaron en un hospital psiquiátrico, a la espera de poder identificarla. No llevaba documentación; no recordaba nada de los días posteriores. Solo dormía, drogada, le hablaban y preguntaban su nombre... A quién le importaba, no lo diría a nadie; de esa manera, podría intentar esconderse, desaparecer para ser



otra e intentar vivir una vida a escondidas de sí misma. ¿Sería posible?

No sabía cuántos días llevaba dormida. Despertares intermitentes la hacían captar algunas palabras, voces, el mismo lugar blanco inmaculado, una mujer, un hombre... Decían que venían a buscarla, que la habían localizado.

Tendría que conseguir despertar lo suficiente para volver a escapar. Ella ya era otra, no volvería atrás. Pero los brazos y las piernas no respondían, lloraba desesperada, inmovilizada, su vida era una agonía.

Gerard estaba sentado a su lado, la cabeza inclinada sobre el pecho y los codos apoyados en su cama, cerca de ella. Parecía rezar o, más bien, suplicar. Pobre Gerard, no merecía esa vida de locura, cualquier otra mujer lo haría feliz; ella no, ya no podía. Hablaría con él, llegaría a un acuerdo. Lo dejaría vivir en paz, a él y a ella. Las lágrimas no la redimían, pero aligeraban el dolor de su pecho.

—Gerard... —le costaba hablar. Sus primeras palabras después de una eternidad dormida. Su marido levantó la mirada, ilusionado de volver a oírla—. ¿Por qué el cuerpo expulsa agua en forma de lágrimas cuando se está triste, cuando algo duele o se está inmensamente feliz? ¿Solo con emociones extremas?

—No lo sé cariño. No... —La cara de su hombre era un poema, aún no se había acostumbrado a sus rarezas, a sus cambios de humor y sus preguntas fuera de lugar—. Se lo preguntaremos al médico cuando venga, él lo sabrá.

—Gracias, amor. —Ahora él también lloraba; le sonrió—. ¿Por qué me amas tanto? No puedo entenderlo.

—Porque eres la mujer más increíble que he conocido en toda mi vida y, además, hermosa... y porque me has dado una hija que es un ángel.

—Gerard, tenemos que hablar. —Esa ausencia que tanto temía empezaba a nublar su mirada, esos ojos tan negros como el abismo al que se veía empujado; sabía lo que ella iba a decir y no querría escucharlo jamás—. Ha llegado el momento...

Definitivamente, le preguntaría al médico porqué lloramos cuando la desolación se cuele a sus anchas comprimiendo al corazón.

OOOOOO

La residencia de Dolores era una clínica de descanso para mujeres de clase alta que estaban allí voluntariamente, hospedadas para vivir el tiempo que fuera necesario o quisieran; alejadas de sus vidas cotidianas y familiares.

Dolores era psiquiatra, toda su vida había pasado consulta privada y en instituciones públicas, pero quiso retirarse y seguir apoyando de alguna forma a esas mujeres que viven de forma tan ajena sus vidas. Además, escribía; las historias de sus clientas le apasionaban. Las recogía de forma anónima y, por supuesto, hasta cierto punto novelada. Hacía ficción con la realidad, según le gustaba decir.

Era española, pero pasó su vida de estudiante en Alemania y posteriormente la profesional en Italia. Para una mujer de su época había sido todo un triunfo y un hito; en más de una ocasión habían querido escribir sobre ella. Pero se negaba, ella misma escribía su autobiografía; nadie mejor ni peor para contarla.

Quiso retirarse pronto para escribir y disfrutar de sus largos paseos por el campo y el mar. Aquel lugar que escogió para hacer su residencia-clínica le pareció el ideal para pasar el resto de sus días, acompañada de todas esas vidas de mujeres que iban y venían, porque muchas de ellas solo pasaban temporadas y después volvían a sus vidas; cuando tenían recaídas o querían pasar un tiempo en aquel enclave, rodeadas de prados verdes, acantilados y mar y disfrutando de la compañía de otras mujeres con las que podían hablar sin tapujos de lo que sentían, sin temor a no ser comprendidas y rechazadas.

Las terapias de grupo eran debates o simples reuniones para hacer algún tipo de tarea o manualidad: cocina, jardinería, pintar, coser, leer, incluso una especie de taller de escritura donde ellas mismas escribían sus historias en tercera persona, noveladas. Era uno de los grupos preferidos de Dolores. La escritura, o soltar lo que sentías dentro intentando alejarte de ello, como si fueras un personaje de un cuento o relato, le parecía una de las mejores terapias.

Una tarde, después de semanas, sin apenas reaccionar a su entorno, *ella* se sentó al piano, respiró profundamente y desapareció de sí misma, cerró sus párpados y se convirtió en música.

Alzar las manos e intercalar caricias en blancos y negros. Sus dedos parecían tener vida propia, se fundían con el aire y las teclas. Olvidarse de lo oscuro para crear, parando el tiempo y olvidando el espacio.

Al salir de aquel trance, se encontró rodeada de las mujeres que allí residían; absortas, emocionadas. Bien sabía ella que causaba esas reacciones; se dio cuenta de que a todas las unía un mismo aire en calma, lleno de serenidad. Se notaba cuánto sufrían aquellas mujeres y saber que acababa de regalarles aquel momento de paz, la hizo sentir bien consigo misma, después de tanto tiempo que ya ni podía recordarlo. Sonrió con cierta timidez, y todas reaccionaron como si se viera reflejada en todas y cada una de ellas.

Dolores pensó que había surgido la magia; no le costó que volviera a tocar casi cada semana y que aquel se convirtiera en sí mismo en un grupo de terapia, tanto para las que hacían música como para las que la escuchaban. Ella se encargó del grupo, suficiente para comenzar a aferrarse a cada día y abrir su alma; más que con palabras ella contaba con música...

—Olvidarte de ti hizo que te encontraras —le decía Dolores.

Su adaptación al lugar fue lenta. Al principio, apenas se relacionaba con otras mujeres, y no hacía por participar en los grupos o hablar en las sesiones individuales. Sus ojos parecían dos cuencos inertes y sin esperanza, sin atisbo de ilusión o ganas de vivir.

El lugar fue recomendado por el amable médico que le regaló el libro sobre cómo se ha de

llorar; el acuerdo se firmó en la misma habitación del hospital, al que acudió el abogado de la familia. Ella misma insistió en que quedara constancia del mismo, como si temiera que, de no hacerlo, pudiera echarse atrás.

Gerard insistía en que se recuperaría y volvería a casa, pero ella había tomado una determinación: en su manía enfermiza se veía incapaz de ser madre y esposa y quería alejarse por y para siempre. Si no sabía que en ese sentido sería libre lo que le quedara de vida, sería como firmar un acuerdo en un trozo de servilleta, inválido y meramente temporal. Que cualquier decisión que tomara a partir de ese momento con respecto a su vida, incluso el hecho de continuar con ella, solo le correspondiera a su persona.

Y dar libertad a Gerard, que le quedara claro que se había terminado cualquier posibilidad de continuar una vida matrimonial con ella o que fuera a volver recuperarla.

Su hija sería mucho más feliz de esa manera.

¿Y por qué, estando tan convencida, no podía dejar de llorar?

Comenzó a contarle a Dolores las instrucciones del relato de Cortázar, y así fue como comenzó a salir de sí misma. Las había memorizado en su obsesión por aferrarse a frases o palabras para no perder el hilo a su vida.

*«Dejando de lado los motivos, atengámonos a la manera correcta de llorar, entendiendo por esto un llanto que no ingrese en el escándalo, ni que insulte a la sonrisa con su paralela y torpe semejanza. El llanto medio u ordinario consiste en una contracción general del rostro y un sonido espasmódico acompañado de lágrimas y mocos, estos últimos al final, pues el llanto se acaba en el momento en que uno se suena enérgicamente. Para llorar, dirija la imaginación hacia usted mismo, y si esto le resulta imposible por haber contraído el hábito de creer en el mundo exterior; piense en un pato cubierto de hormigas o en esos golfos del estrecho de Magallanes en los que no entra nadie, nunca. Llegado el llanto, se tapará con decoro el rostro usando ambas manos con la palma hacia adentro. Los niños llorarán con la manga del saco contra la cara, y de preferencia en un rincón del cuarto. Duración media del llanto, tres minutos». Cortázar.*

La hizo sonreír después de tanto tiempo. Ese médico le regaló el libro, y lo llevaba con ella en esa maleta de cuero el día que Dolores la vio aparecer por el sendero que llevaba a su casa.

## Capítulo 13: Encuentros sobre azules

Ir contando lo cotidiano en un cuaderno, pero cómo contar un amor, la ternura, la pasión, los silencios, lo dicho, una caricia... ¿Cómo se escribe sobre una caricia? No se puede contar un amor describiendo una sola de sus caricias.

Le contaba o leía sus reflexiones a la morena y ambos reían, se emocionaban, discutían acaloradamente o, simplemente, respondían con un beso o un abrazo.

No habían vuelto a hablar de *ella*, pero, a medida que se acercaban a Livorno, el lugar donde su madre residía, los silencios se alargaban.

Mario había tomado la decisión de comportarse como lo que era, dentro de aquella escena que se avecinaba: un personaje secundario. Hacer, ver y callar era su misión. Intentaría captar el alma o la esencia de la mirada de aquella mujer, algo que el pintor no pudo hacer en aquel retrato; igual simplemente pintó lo que vio, un pozo de vacío, un hueco donde solo se veía el fondo negro; le tocaba comprobarlo, quizás los años hubieran traído algo de calor y empatía a esa mirada.

Ahora creía comprender por qué asociaba su inquietud respecto a Raquel con su madre y esos ojos negros y profundos; pareciera que tuviera que prepararse para lo que se avecinaba; esa cierta intuición que nos conecta con lo desconocido o con lo aún no vivido.

Le gustaría conocer su historia, pero tenía que mantenerse al margen; las protagonistas serían madre e hija, o eso pretendía, sin darse cuenta de que, en más de una ocasión, los secundarios son decisivos en las tramas. Aparecen como para despistar o dar apoyo al protagonista o al argumento y la sorpresa asoma de entre sus mangas; como verdaderos magos de la ficción, dan un giro cuando menos lo esperas o atan los cabos sueltos.

La misma madre de Raquel había estado presente en la historia, pero de una forma secundaria: su figura y el retrato, sus ojos negros y, aquí estaba... haciéndose protagonista de la única forma que no esperaba; había dado por hecho que la madre muerta era ella, la del retrato, y no la segunda esposa de Gerard.

OOOOOO

Raquel repetía sus notas musicales, las combinaba y se perdía en su mundo de sonidos silenciosos, que solo ella escuchaba.

La luna era tan enorme y estaba tan llena... Se reflejaba en el mar, sabiéndose la preferida de la noche; se desnudó y se metió en el mar.

—Ven conmigo, Mario. —Le dejó en la orilla. La misma luna estaba ahí para poder cumplir una promesa. Nadar desnudos bajo su luz—. Tenemos que cumplir esa promesa, ¿recuerdas?

—Sí. —Se desnudó, sin importarle si alguien más podría verlo. Se sentía tan diferente... Lo que te va sucediendo te cambia irremediamente, hasta a la Luna, aunque no lo pareciera.

Se fue metiendo en el agua; estaba templada, casi caliente. Sus sentidos, alerta. Notaba cómo el líquido acariciaba sus muslos, su estómago, su pecho; echó la cabeza hacia atrás para empapar su pelo. No quería olvidar ni una sola de las sensaciones que estaba experimentando su cuerpo, como si el ritmo de sus pensamientos se hubiera calmado para ser más consciente de sus sensaciones y de lo que le rodeaba. Un estado similar a cuando creaba, escribía o pintaba, pero siendo consciente de sí mismo y de Raquel, con una claridad absoluta; de su proximidad física, de la afinidad de sus almas, del camino que estaban recorriendo juntos y de que, de una u otra manera, eso les transformaba a ambos.

—¿Te gustaría ser padre? —Raquel le miraba a los ojos, tan seria... No esperaba esa pregunta, nunca sintió que fuera el momento para serlo.

—No sé, la verdad. No es algo que me haya planteado, y eso que tengo ya mis añitos. ¿Y tú?

—Yo... no sé. Aunque siempre pensé que sería uno de mis roles. A mi padre le encantaría tener nietos.

—Ah... —Sintió una punzada de inquietud—. ¿Y si yo me lo planteara?

—Serías un padre fantástico. —Raquel sonrió con dulzura.

—Y tú una madre maravillosa. —Mario se acercó aún más a ella y la besó en la comisura de los labios—. Que no te quepa ninguna duda.

—¿Tendrías un bebé conmigo? —La morena le agarró por la cintura bajo el agua.

—Sí —lo soltó sin dudarle ni un segundo. Ambos se quedaron sorprendidos y en silencio, ahora no podían verse las caras, puesto que Mario la abrazaba y apoyaba la cabeza en su hombro—. He pasado de no pensarlo nunca en serio a saber que quiero hacerlo contigo.

—¿Y qué prefieres? ¿Niño o niña?

—Una morenaza de ojos azules como tú. —Le mordió la oreja.

—Ja, ja, ja, eso será difícil. Yo no te la puedo hacer a ti.

—Es verdad. —Se quedaron en silencio—. Pero cabe la posibilidad, si la que te quedas preñada fueras tú.

Las carcajadas resonaron por todo el espacio, mientras una nube se interponía entre ellos y la luna, haciendo que pareciera que les guiñara un ojo.

Cuando sientes esa complicidad tan enorme con otra persona que hasta se pueden soltar los miedos sin esperar que te rechacen, sabiéndote aceptada y amada, parece que todo conspira y acompañe en el camino para dar nuevas oportunidades y empujarte a vivir. No es aferrarte a esa persona, es entregarte sin reservas y saberte acompañada en ese viaje que emprendes junto a ella.

—Mañana llegaremos.

—Lo sé.

—¿Sabe que vas a verla?

—No sé si mi padre se lo ha dicho.

—Todo irá bien. —Cogió su mano para sacarla del agua, era hora de descansar.

OOOOOO

Aquel sendero que un día hacía ya treinta años hiciera la madre, hoy lo hacía la hija; caminaba sola y con cierta inseguridad hacia la puerta.

Dolores la reconoció en seguida; de tal madre, tal hija. Su corazón se disparó a mil. Había deseado tanto que aquel momento llegar. Sentía que quería a esa chica, tantas fotografías y cartas enviadas por Gerard para que siguiera la vida de su hija, aunque, la mayoría, no fueran contestadas; incluso, en una ocasión, convenció a su amiga para ir a escucharla a uno de sus conciertos. Era en Roma; fueron a pasar el fin de semana, de la residencia se ocuparían sus otras empleadas. Se negó a ir a ver a su hija tras el concierto, solo se atrevió a observarla mientras salía por la puerta trasera del teatro, reservada a empleados y concertistas. ¿Qué podría decirle?

Después de aquello, no volvió a intentarlo, y tuvo una especie de recaída hacia sí misma; se encerró en su cuarto durante días.

De esas caídas o recaídas no solía hablar; la desesperación puede enmudecerte o hacerte decir lo que no quieres, así que callaba. Era mucho más fácil saber lo que le ocurría en esos momentos o la interpretación que ella misma hacía al salir, a través de conversaciones y referencias indirectas a esa otra parte de ella.

Dolores estaba convencida de que todos tenemos diferentes yos, no solo uno, y que la conciencia, o el alma, o como cada cual quisiera llamarle, se ocupaba de integrarlos o mantenerlos bajo cierto control; solo que a veces se iban muy a los extremos y era difícil mantener el orden. Incluso nos pasamos la vida sin advertir que podemos dirigir nuestra propia obra de teatro y no dejar, como hace la mayoría, que nuestros propios yos la escriban, reaccionando a lo externo y a lo caótico.

En esta ocasión, era Raquel la que entraba en escena; era ella la que iba a verla.

¿Cómo reaccionaría su amiga?

No pudo evitarlo; en cuanto se acercó al porche, la abrazó con tanta ternura que la chica se quedó muy sorprendida. No conocía a esa mujer de nada.

—Qué buenos recibimientos hacen en este lugar —comentó Raquel, algo cohibida.

—Perdona. Creo que opinas lo mismo que una de las residentes y, además, te pareces mucho a ella.

—Sí... Busco a...

—Laura. Lo sé. Te esperábamos, antes o después. Ven conmigo. —Comenzó a andar en dirección opuesta a la casa—. Si no me equivoco, estará junto al acantilado. Le gusta ir allí cuando tiene un rato libre. De normal, me ayuda en la residencia. —Al ver que la chica la miraba algo incrédula, se presentó—. Perdona, no me he presentado. Soy Dolores Ventura, la propietaria de este lugar; Laura me ayuda con las terapias y con las otras mujeres que vienen aquí.

Parecía sorprendida al saber que su madre trabajaba y no era más que una residente del lugar.

—Ah. Yo he venido con mi...pareja, me espera en aquella caravana. —Señaló hacia la entrada de la finca—. ¿Tardaremos en llegar a donde está...ella?

—Pues... si quieres, te lo puedo señalar y yo voy a recibir a tu pareja.

—Voy con usted y vamos todas juntos, si no le importa. —Era evidente que la chica prefería estar acompañada en ese primer encuentro, así que fueron juntas en busca de Mario.

OOOOOO

No podía dejar de mirar aquel paisaje; era espectacular. Invitaba a contemplarlo ensimismada; te mantenía en paz. Hay lugares que te pueden desquiciar y otros traerte la paz. No solo podía ser una reacción a lo que te sucede por dentro; al igual que reaccionamos ante las personas, también lo hacemos ante los lugares o las cosas.

Estaba sentada en un tronco de árbol en una cima del acantilado, a escasos metros del precipicio. La mar en calma aparente y el atardecer haciendo mágico el momento.

Presintió que estaba siendo observada y volvió la cabeza para confirmar su intuición. Tres personas se acercaban a lo lejos. Por sus figuras, parecían dos mujeres y un hombre. Estaba convencida de que una de ellas sería Dolores

Sin darse mucha cuenta, adormecida por el momento de relajación en el que se encontraba, jugó a intentar averiguar, con los ojos entornados, de quiénes se trataba; cuanto más se acercaban, más difícil se le hacía, no podía reconocerlas. Eran muy jóvenes. Sin saber por qué, el corazón reaccionó primero. Se iba encogiendo, algo parecido al miedo empezó a paralizarla justo antes de saber de forma clara quién era una de las figuras que aún no podía distinguir con nitidez.

Sería más fácil si en ese justo momento pudiera transformarse en la parte del tronco que le faltaba a aquel inmenso árbol cortado; mutar para no tener que enfrentarse a ella, verla y no saber cómo explicarle o qué decirle. Tantas veces había pensado en aquel instante y de tantas formas y maneras se había sucedido; los vestidos, las posiciones de ellas, los lugares donde se encontraban, los estados de ánimo, las palabras dichas. Pero el real llegaba a su encuentro, iba a suceder y es lo que tiene la vida: que viene con etiquetas de sorpresas añadidas. Nunca imaginó que Dolores y ese chico desconocido estarían en aquella escena.

El encuentro o reencuentro después de treinta años.

De pronto, no podía esperar más, aún faltaban unos metros y se levantó para ir al encuentro de ellos, aunque solo pensara en una.

Un paso, otro más... tantos pasos dados pensando en ella y, ahora, estaba a solo unos pocos más de poder ver a la mujer en la que se había convertido.

La prensa, internet, los vídeos, las fotografías... Nada como poder recomponer sus pensamientos sobre ella para darles forma y tenerla a su alcance.

Mario se detuvo para observarlas. Ahora sabía cuál era su papel en esta otra historia: pintar el lienzo de aquel encuentro. El fondo sería un remolino de nubes y azules de cielo y mar, y la imagen principal, la del abrazo entre dos mujeres; apenas se verían sus rostros, difuminados por sus melenas fundidas por el viento. El gesto principal, el abrazo; los secundarios, dando emoción a la escena, la posición de las manos sobre los hombros y espaldas, las posturas de ambas, rendidas a la emoción, y, a la vez, inmensamente fuertes.

La magnífica historia de dos mujeres, Laura y Raquel, contenida tras aquel abrazo. Aunque nadie vería a esas otras personas que conformaban la historia, los amigos, Gerard, Dolores, él mismo... Todo un mundo, tantas vidas tras una imagen.

Comienzas el viaje con un propósito o sin rumbo fijo y acabas formando parte de historias que se entretrejen con la tuya. En unas, eres el protagonista; en otras, solo un secundario. No sabía exactamente a dónde les llevaría aquel encuentro con la madre ausente. Ya no parecía importar el negro de sus ojos ni la inquietud que la acompañara. Solo eran interpretaciones; la verdad estaba frente a él y, ahora, esos ojos estaban cerrados por la emoción, al igual que tampoco veía el azul que tanto amaba de los ojos de Raquel. Ahora los azules eran otros, los del fondo de su lienzo.

Y el misterio... El misterio de Raquel Hartman

Ese sería su título, el hilo que entretrejería sus vidas desde el principio.



Tendría que comenzar un nuevo cuaderno para contar la historia que estaba por llegar tras aquel abrazo.

**FIN**